Novela ganadora del XIV Premio Neo 2026

As if it's Your Last

LORENA CIUDAD



neo

As It It's Your Last

LORENA CIUDAD

Plataforma Editorial

Primera edición en esta colección: junio de 2026

© Lorena Ciudad, 2026
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2026

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 979-13-88080-31-9

Diseño e ilustración de cubierta:
Nicole Ariansen Caipo

Realización de cubierta y fotocomposición:
Grafime S. L.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Agradecimientos

Para todos los que alguna vez han tenido miedo de no estar a la altura de sus sueños.

Para quienes hacen la vida más fácil solo estando, que no es poco.

Para ti, porque, dándole una oportunidad a esta historia, formas parte de mi segundo grupo.

Oh-oh, te estoy impresionando.
Oh-oh, salgo en la tele y la radio.
Oh-oh, estoy llorando en el baño.
Lo tengo todo, pero me falta algo.

«Spice Girls», Lola Índigo

Las cosas que repito siempre que me equivoco,
que llego tarde, que no sonrío,
que no me explico, harta de todo,
un poco cabreada porque creo que lo he roto.

«Lo Noto», Cariño

Capítulo 1

Y hoy se cumplen siete años desde la formación de la mítica Girl-lies, la girl band de mayor éxito de nuestro país. Seguro que todavía recuerdan cómo, con sus canciones cañeras y sus faldas vaqueras, se ganaron el corazón de todos los hogares al completo. Ni niños ni mayores podían resistirse a los encantos de estas cinco chicas llenas de talento, sueños y música.

Fue un palo para muchos cuando, hace ahora cerca de un año, confirmaron su separación. Miles de fans tuvieron que esforzarse para contener las lágrimas ante lo que ya parecía la desaparición de un verdadero fenómeno de masas. Pero nuestras «chicas mentirosas» solo pusieron un punto final en su aventura como grupo… para dar paso al inicio de su carrera en solitario. ¿Cómo les ha ido en estos primeros doce meses?

Pues parece que la estela del éxito aún se niega a soltarlas. Sin duda destaca el de Dani, conocida en la girl band como Darku, aunque ya muy bien reconocida por su propio nombre. La rebelde de la formación sigue jugando a ser una chica mala, pero con un álbum propio que vio la luz tan solo tres meses después del cese de Girl-

lies. Sus sonidos van un poco más allá del popular ritmo de la girl band*, por lo que no sorprendió a nadie que otras estrellas jóvenes del panorama* rock *internacional se animaran a proponerle colaborar.*

Pero Dani no ha estado sola en ese renovado estrellato. Su compañera Mili la ha seguido muy de la mano… y no hablamos de lo profesional, precisamente. Si ya protagonizó decenas de titulares cuando abandonó sus sonrisas dulces y su estética cute *por canciones con letras sensuales y ropas con encaje, el verdadero bombazo fue cuando Dani apareció junto a ella en uno de sus videoclips. Y para tocar… no el bajo, como acostumbraba en Girl-lies. Ahora, no solo son dos nuevos rostros conocidos de la música, sino también una de las parejas más mediáticas y populares del momento. La cuenta de Instagram de Mili, que ya roza el millón de seguidores, es tan solo una muestra de lo aclamado que es el romance de estas dos chicas, pues sus fans apenas necesitan unos minutos para viralizar cualquier contenido conjunto que comparten. Su relación fue un verdadero escándalo cuando se dio a conocer, pero ya son consideradas como uno de los referentes sáficos más aclamados de su generación.*

Dani se ha decantado por centrarse a tope en su música. Mili mezcla su música y su perfil en redes sociales. ¿Y Plash? La pelirroja del grupo, la que ocupaba el rol de lista y responsable en Girl-lies, también ha querido ir un paso más allá… sin olvidarse de su carrera musical. Ella, que, como Mili, ha apostado por continuar con el nombre artístico que la vio nacer en la música, parece querer mantener también su rol. Además de estar apostando por música más indie*, alejada del corte comercial de los temas del grupo, presenta cada semana un famoso pódcast de divulgación y*

curiosidades junto al periodista Fausto Gil, quien saltó a la fama gracias a su cuenta de TikTok. Con o sin Girl-lies, Plash sigue siendo todo un cerebrito.

Ahora bien, la industria de la música no es para todo el mundo, y hay quien elige bajarse del barco cuando las cosas se ponen difíciles. Ese fue el caso de Sol, la chica más divertida y pizpireta del quinteto juvenil. En cuanto se anunció el fin de la banda, ella misma publicó en sus redes sociales que abandonaba tanto la música ¡como su vida pública! Apenas una semana más tarde, cerraba todas sus redes sociales oficiales y se le perdía la pista mediáticamente. No dio demasiadas explicaciones sobre su decisión; lo único que hemos podido saber de ella es que estudia Biología. Grado universitario en el que, en realidad, ya estaba matriculada durante su estancia en la banda, por cierto, aunque en el itinerario a distancia. Este dato no se hizo público hasta la separación de la girl band.

Dani, Mili, Plash, Sol…, tan solo una quinta integrante de Girl-lies falta en nuestro repaso a su situación actual. Y es que es la que más interés despierta. Pero aún más incógnitas. Después de todo, quien fuera la líder de la formación musical es la única que aún no ha dado un paso adelante en cuanto a su carrera se refiere. Ruki, ¿a qué estás espera…?

Pero no llego a terminar de escuchar la pregunta del periodista, la frase que iba dirigida directamente a mí, porque Verónica Lazar me quita el teléfono móvil de las manos. Mi mánager me mira con reproche desde la distancia que nos separa, ella de pie y yo sentada en una silla —bastante incómoda, por cierto; aunque igual tiene algo que ver lo de llevar sentada más de cuarenta minutos para que las

estilistas me dejen el pelo a su gusto—. Sé lo que va a decir antes de que deje de fruncir los labios.

—Te tengo dicho que no veas este tipo de programas, Ruki. —Creo que, si hubiera utilizado mi nombre, habría suavizado la regañina. O al menos a mí me sonaría mejor. Más dulce, más familiar. Ella suele llamarme por mi nombre cuando estamos a solas. Únicamente a solas, porque para el resto del mundo soy solo Ruki, aunque ni siquiera sea un secreto: ese, junto a un montón de datos realmente irrelevantes, forma parte de mi página de Wikipedia desde hace años. Quizá mi nombre les parezca más irrelevante que saber que mido uno setenta—. Ni opiniones sobre ti en general. Ya sabes que la gente puede ser muy cruel.

Sí, lo sé. A la gente le gusta que no se me olvide, por eso llevo desde los catorce obligándome a mí misma a no dedicar más de cinco minutos a leer los comentarios de mis publicaciones en Instagram. Leí los suficientes con trece como para sentirme espantada de volver a intentarlo. Pero a veces es como adictivo, ¿no? Cuando quieres gustar, necesitas saber en qué no lo estás haciendo bien para poder conseguirlo.

Aunque ahora sé bastante bien qué tiene a todo el mundo pendiente de mí. No me hace falta escuchar al periodista de ese programa, ni tampoco a los perfiles de cotilleo de TikTok que a veces aparecen en mi «Para ti» por más que corra al siguiente vídeo en cuanto me doy cuenta de que hablan de mí. Sé cuáles son sus preguntas, pero todavía no sé darles respuestas. Ni siquiera me las sé dar a mí misma. Necesito encontrarlas antes de compartirlas, por eso no tengo nada que decir.

Creo que todo era más fácil con Girl-lies. No por lo de no tener que enfrentarme sola a todo, sino por no tener que pensar en mí ni en tener que averiguar nada. En Girl-lies cada una tenía su papel, su rol dentro de un grupo de amigas risueñas y extrovertidas, y solo teníamos que ceñirnos a él. Algo especialmente sencillo cuando hablamos de adolescentes, de chicas que estaban formando su personalidad; a nadie debería extrañar que parte de ellas, de Ruki, Plash, Darku, Mili y Sol, también calase en nosotras mismas. Por eso, en realidad no me refiero tampoco a eso cuando pienso en la sencillez de pertenecer a la *girl band*.

Me refiero más bien a la sensación del «todo hecho». No decidíamos nuestras letras ni escogíamos nuestros sonidos, y ni siquiera planeábamos nosotras la estética que, tras siete años, ya estaba más que definida, tanto colectiva como individualmente. Nosotras solo éramos intérpretes, de canciones y personajes… De canciones y personajes que pasaban a ser parte de nosotras, que nos lo dieron todo, que hicimos nuestros y que habitan bajo nuestra piel, pero también bajo la de todos aquellos que nos brindaron la oportunidad de regalárselos.

Pero no componer —y sobre todo no decidir— era sencillo, aunque a veces jugásemos a imaginar cómo sería si tuviésemos mayor capacidad de decisión.

Irónicamente, yo, que era conocida como «la líder», siempre era la que menos tenía que aportar en esos debates de jóvenes ambiciosas que llegaron a surgir. Seguro que a mis compañeras no les sorprende mi situación actual por eso mismo.

Porque sí, soy la única. Soy la única que no ha dado el paso. No he dejado la música, pero tampoco he aportado nada a la industria

aún. Ni un triste *single*; tampoco colaboración, por supuesto; la discográfica no está por la labor de ligar mi imagen a la de alguien más sin haber sentado primero unas bases individuales. El problema es que es difícil encontrar unas bases que sentar tras un proyecto potente cuando… no tienes con qué seguir, ni qué romper.

Quizá también por eso despierto tanta curiosidad: porque nadie es capaz de prever qué haré.

—No iba a escuchar lo que decían sobre mí —me disculpo rápidamente, y me siento pequeña en mi silla. Y juro que no está relacionado con lo de que se me estén durmiendo los pies—. Solo quería saber qué decían de las chicas; era un especial sobre nosotras.

—Ya no hay un nosotras —dice con simpleza, antes de esbozar una suave sonrisa—. Cariño…, te lo sabes de memoria. —Punto para mi mánager: es difícil no estar al día de la vida de tus amigas cuando solo tienes cuatro y apenas te relacionas con nadie más. Ahora que lo pienso, ¿hace cuánto que no me llama mi madre?

—¿Dijimos que extensiones sí o no?

La mirada de ambas va hacia la estilista junto a mí, que alza en su mano dos mechones de cabello sintético, uno azul y otro morado.

—Extensiones sí. —Es Vero la que responde.

El azul y el morado han sido seña de identidad de Girl-lies desde el principio. En nuestra ropa de eventos musicales y promocionales, en nuestros diseños gráficos para cartelería y redes sociales, en nuestro *merchandising* de papelería y ocio. Pero era eso, parte de Girl-lies, de la parte expuesta de nuestras vidas. Por eso, de la misma manera que en realidad las gafas de pasta son un complemento de Plash, pero no parte de la vida de Emma, yo ya no pongo una mueca

cuando la peluquera del día me da un tirón al colocar las horquillas. Ni siquiera me parece que pesen sobre mi pelo natural como sí me lo parecía cuando tenía trece años.

Alguna vez nos preguntaron en entrevistas por qué no considerábamos teñirnos —pues no era un secreto para nadie que el color de nuestro pelo era de mentira, teniendo en cuenta que no lucíamos así en nuestro contenido cotidiano para redes sociales— y yo, como encargada habitual de hablar en nombre de todas, solo me limitaba a decir que era más divertido. «¡Así no están siempre en el mismo sitio!». Más bien, era una forma de la discográfica de ayudar a generar esa separación entre ser una chica de Girl-lies y ser nosotras mismas. Era «poner la línea» cuando subíamos y bajábamos del escenario, cuando sonreíamos para una cámara y cuando era para el espejo.

Yo ya no soy una chica de Girl-lies —y pronto deberíamos trabajar en profundidad para que deje de serlo en el imaginario de la gente o tendremos un problema, porque lo seré para siempre—, pero todavía no tengo un concepto ligado a mí, algo nuevo con lo que relacionarme. Por lo que la discográfica opta a menudo por recordar que sigo siendo Ruki y que nada ha cambiado, porque a la gente le gusta lo que conoce.

Pero también que cambiaré, porque a la gente se le atraganta lo que ya conoce.

—¿Lo tienes todo a punto para esta noche?

La pregunta de Vero me saca de mis pensamientos, pero solo consigue de mí un leve asentimiento. Sé que mi representante se limitaba a ser retórica: siempre lo tenemos todo bajo control. En plural.

Pero, a decir verdad, eso no evita que esté un poco nerviosa. Vale que en el evento no vaya a haber ni fans ni periodistas —a veces es complicado diferenciar a cuál de los dos grupos les gusta más conseguir una lágrima del nombre del momento—, pero tampoco me parece el mejor plan del mundo el estar rodeada de un montón de compañeros de profesión… Profesión que cada vez parece más factible que deje de quererme.

Es una fiesta privada de la discográfica, algo así como una celebración de lo próximas que están las semanas veraniegas. Los meses previos a septiembre son raros, convulsos y caóticos. Porque están llenos de festivales y conciertos para algunos, pero también son días para ultimar lanzamientos musicales con la amenaza cercana que supone agosto: ese mes en el que no solo está de vacaciones prácticamente todo el país —también el sector que se dedica a la música—, sino en el que el consumo sonoro baja como no lo hace en ningún otro momento del año. Por eso sacar temas y discos antes de que termine julio puede ser una verdadera carrera contrarreloj.

Y por eso tampoco todo el mundo es capaz de hacer un hueco en su calendario para asistir a una cita tan, para algunos, irrelevante. Para esos que ya tienen contactos y presencia, para esos que están tan ocupados que relacionarse con otros cantantes con una copa en la mano es más un incordio que una diversión.

De ahí vienen mis nervios: de saberme la única chica de Girl-lies que esta noche jugará a ser la cantante feliz y risueña con un vestido cedido por una marca. Como si la marca fuese a sacar verdadero rédito de aparecer en un par de mis *stories* y una

publicación de la discográfica, teniendo en cuenta que su coste es de tres dígitos.

—Ya sabes que el *Unknown Car* pasará por ti a las ocho —me recuerda Vero, en referencia a la proveedora de movilidad que siempre opera con todos los miembros de la discográfica, tanto para viajes profesionales como personales; lógico teniendo en cuenta que no es como las demás empresas del sector: los cristales biselados que separan a conductor y pasajeros, junto con el sistema de insonorización de sus paredes, consiguen esa privacidad tan perseguida y codiciada en la industria. Sin poder evitar su impulso perfeccionista, por un momento suelta la carpeta que siempre la acompaña en la mano derecha y coloca tras mi oreja un mechón suelto—. Perfecta.

Apenas cinco minutos más tarde tengo tras de mí una pared pintada de verde chillón y delante a un fotógrafo dándome indicaciones que ya conozco de memoria. Al igual que con las extensiones, el *flash* de su cámara ya no me hace daño a los ojos y el calor de los focos sobre mí me resulta agradable.

En la página web de la discográfica hay siempre un apartado disponible para consultar los artistas acogidos bajo sus múltiples sellos. De cada uno de nosotros puede leerse una breve descripción, una mención a nuestras obras más notables y una fotografía encabezándolo todo. Conmigo llevamos meses retrasando esta sesión, un rato en el que conseguir las instantáneas con las que mostrarme al mundo como cantante. Desde los trece años, mi presencia en la página web era junto a mis compañeras y con el rótulo Girl-lies bien grande. Ahora, Plash, Mili y Dani tienen nuevas fotos que las definen en sus caminos individuales, mientras que yo

llevo meses tirando con alguna de las solitarias que tenía de algún *merchandising* del grupo.

Querían esperar a tener una nueva imagen real que mostrar. Pero la espera se está haciendo un poco larga.

Según Vero, también puede ser una buena estrategia comunicativa: en cuanto alguien note el cambio en la web, se dispararán las teorías sobre que mi proyecto musical está a punto de empezar.

—Lo tenemos —anuncia el fotógrafo, y un par de becarios se lanzan sobre los interruptores de los focos, como si de su velocidad dependiera que no les ordenaran traerme un café. También es bastante raro para mí, pues deduzco que tendrán un par de años más que yo y también varios cursos de formación superiores a los míos; nada difícil teniendo en cuenta que solo pude acabar la ESO.

Y, en apenas un pestañeo, me encuentro a mí misma de camino a una fiesta que me tiene con el estómago del revés. Y, tras un —aún más rápido— suspiro de agobio, me encuentro exactamente como me temía: frente a una amalgama de gente a la que no sé cómo dirigirme, con una copa burbujeante en las manos y unas desoladoras ganas de volver corriendo a mi casa.

Aunque, a quién quiero engañar, tampoco es como si en mi casa fuese a encontrarme mucho mejor después de huir de aquí. Después de todo, la tarde ha pasado por delante de mí sin que apenas me diese cuenta, porque lo único que he hecho ha sido comer unos macarrones precocinados mientras veía *stories*. Y me he agobiado al recordar que yo solo había subido tres en todo el día y me he sacado varios selfis, pero no me gustaba ninguno… y he terminado probando filtros durante horas, mientras Profiterol —mi gato, una

bola de pelo naranja que pesa cinco kilos— corría como pollo sin cabeza por toda la casa después de oír ladrar al perro de una *influencer* en un vídeo.

Bueno, pensándolo bien, sería más sencillo mantener un diálogo con mi gato que con la mayoría de las personas de esta misma sala. Que no se me malinterprete, el problema no son ellas: soy yo. Aquí solo hay cantantes lo suficientemente consagrados como para poder permitirse una noche de diversión sin preocupaciones… o estrellas emergentes que quieren codearse con otros compañeros de profesión para hacer algún amigo en el mundillo. ¿Cómo me acerco a los primeros, sin tener yo la más remota idea de mantener mi éxito a largo plazo, o cómo converso con los segundos sin que piensen que soy una privilegiada porque todo un país ya conoce mi nombre? Mi tercera copa no me ha dado la respuesta a ninguna pregunta aún.

—¡Ruki! Tú eres Ruki, ¿no? —Un chico rubio de ojos claros y sonrisa desbordante se acerca a mí y yo tenso los hombros, como si fuera una niña a la que están a punto de regañar por pillarla en una travesura o haciendo algo que no debía; confieso que me siento así más veces al día de las que podría enumerar, y que lo odio—. Creo que aún no nos conocemos, ¡soy Tomly!

Tomás López Yanes, uno de esos artistas emergentes que decía antes. Sé poco de él, más allá de que verdaderamente su terreno es el de TikTok. Después de que se convirtiera en toda una estrella en esa red social —con más de siete millones de seguidores y un *engagement* superior al treinta por ciento— con sus versiones de canciones de éxito, mi discográfica le fichó y le sacó un *single* que fue un verdadero pelotazo gracias a sus ritmos enérgicos… y al *trend*

de baile que hicieron tanto él como otra tanda de *influencers*. Y todo hacía apenas unos cuatro meses.

Vero me lo contó en una de nuestras charlas aparentemente triviales, explicándome también el peligro de una carrera como la suya: «Corren el riesgo de tener un éxito efímero, volátil. A veces los ascensos tan veloces a la cima son un espejismo. Una canción de éxito es una canción de éxito, no un artista de éxito. Se necesitan muchos éxitos para hablar de verdad de tener un hueco en esta industria». Recuerdo que en ese momento regresó a mi mente la sensación de euforia que nos sobrecogió a todas cuando el primer sencillo de Girl-lies copó las posiciones más altas de las principales listas del país. La euforia, pero también el agobio, pues se nos advirtió de lo mismo que ahora Vero decía de Tomly. Y no con unas palabras mucho más dulces por tener trece años.

Supongo que mi mánager me notó pensativa después de contarme la llegada al estrellato de aquel nuevo cantante, pues no tardó en poner una mano sobre mi hombro. «Por suerte, tú ya tienes un hueco… y muchos éxitos a tu espalda. Ahora solo nos queda conseguir otros cuantos que no sean compartidos. Sabes bien que esta industria no regala nada».

—Sí, sí, creo que sé quién eres —le digo con una de esas sonrisas encantadoras que compongo sin esfuerzo. Veo cómo Tomly parece conforme con mi reacción a su interrupción—. Tú versionaste una de nuestras canciones, ¿no?

—¡Claro, cómo no hacerlo! Girl-lies fue también mi adolescencia; qué ilusión que la vieras. —En realidad no la he visto, pero, sabiendo que versiona temas populares, las probabilidades de que alguno nuestro hubiera caído eran bastante altas. Los años me han

enseñado a ser simpática—. Es una de mis canciones preferidas de «Mentiras de chicas». Bueno, todo ese álbum es increíble… Será el primero, pero tengo debilidad por él.

Qué monada. No, de verdad. Está tan nervioso que no deja de mover las manos, y sus orejas están teñidas de rojo; imagino que sus mejillas también, pero lleva una cantidad de colorete considerable, así que no estoy segura. Salta a la vista que es fan de verdad, que no es un papel para acercarse a mí. O, al menos, no *solo* un papel.

—Sí, «Mentiras de chicas» es una pasada. Guardo muy buenos recuerdos de él —le confieso, porque la verdad aquí está tan sobrevalorada como infravalorada—. Lo que no estoy es muy puesta en qué estás haciendo tú ahora, lo siento.

Antes de que yo haya terminado de encoger los hombros en un gesto de suave disculpa, él ya está haciendo aspavientos para quitarle importancia.

—¡No pasa nada, no te preocupes, de verdad! —dice con vehemencia, pero sin cambiar ese tono de voz calmado que me mantiene al mismo tiempo relajada y alerta. Entonces pone una mano sobre mi hombro y la segunda emoción es la que gana; con disimulo, doy un paso hacia atrás—. ¡Es normal! Con lo ocupada que también debes estar tú, ¿verdad?

Y ahí está. No me pasa desapercibido ni su interés por que emplee de nuevo la sinceridad para responder a su pregunta ni cómo fuerza la entonación de ese «también». Quiere dejar claro que él es alguien, o que puede serlo.

—Bueno, ya sabes cómo funciona este mundo. O lo sabrás pronto —apostillo dando un trago a mi copa. Su contenido baja por mi

garganta tan rápido cuando trago que, por un momento, me arrepiento del movimiento. ¿Se notará desde fuera lo nerviosa que me he puesto?—. A veces la música no deja hueco para la música. Para disfrutar la de otros, quiero decir.

Tomly asiente y su sonrisa sigue ahí, pero yo siento algo distinto. Doy un paso más hacia atrás, poniendo distancia entre nosotros. Me pregunto cuán evidente será echar un vistazo a mi alrededor.

—Es una lástima. Porque de los compañeros también se puede aprender o tomar inspiración, ¿no? —Juro que lo sé, que su tono de voz no ha cambiado y sus palabras no tienen nada raro, pero algo dentro de mí sabe lo que está a punto de decir—. O hasta encontrar a alguien que vea la música como tú y que nazca algo guay.

Directo, tan directo como sutil. Se me escapa una pequeña risa. Vero siempre dice que hay que ser cortés, pero también cortante cuando la situación lo merece. Y Tomly ha empezado cortés y ahora yo debo ser cortante.

—Cuando eso pasa es chulísimo y salen cosas bastante interesantes, pero… nunca conviene forzarlo. —Yo misma sé que eso no es cierto, que el panorama musical está lleno de colaboraciones que son trámites: para mover atención de un artista a otro, para saciar los deseos de sus fans, para conseguir un impacto. Pero ambos sabemos también, como Tomly me ha demostrado, que de cara a la galería lo bonito es presentarlo como algo surgido de una conexión artística—. La verdad es que yo ahora estoy muy centrada en mi propia música. Imagino que también debes estarlo tú…, ¿verdad?

Por primera vez, la sonrisa le tiembla un poco; haberle parafraseado debe haber sido lo suficientemente claro. Y cortés.

—Bueno, pero estas cosas surgen cuando menos las esperas, ¿no?

—Por supuesto, pero para que surjan tienes que juntarte con otros artistas en un estudio. —Creo que en mi explicación sueno suave, porque soy incapaz de impostar un tono paternalista. Quizá porque en realidad me hago pequeña cuando son condescendientes conmigo—. Y yo no estoy muy interesada en eso ahora.

—Qué pena —dice Tomly, que se ha quedado blanco incluso con el maquillaje sobre sus pómulos—. Entre nosotros seguro que podría salir algo guay, conecto mucho con el rollo de Girl-lies…

Esta vez, el contenido de la copa desciende tranquilo por mi garganta, como si ni siquiera le importase que me encontrara en movimiento. Mis pasos ahora no son hacia atrás, sino hacia un lado, en un comienzo ya de despedida.

—Una lástima que Girl-lies ya no exista —bromeo, y mi cabeza hace un gesto que acompaña la dirección de mis tacones—. Ha sido un placer conocerte, Tomly; ya nos veremos por ahí.

Pero entonces sé con certeza que Tomly tendrá un hueco en la industria musical, le cueste más o menos éxitos, porque él también ha entendido ya cómo funciona:

—Sí, ya nos veremos. Igual ya para entonces tu nueva música te ha quitado el apellido Girl-lies.

Y también sabe ser cortante.

Escucho cómo él también se aleja por donde vino mientras finjo que no me ha afectado su comentario sin dejar de caminar. Que no me ha desestabilizado más que el contenido de tres copas y los centímetros que separan mis pies del suelo. Noto el pulso disparado y el repicar de mi corazón retumbando en mis oídos.

No sé si Tomly se habrá sentido humillado con mi negativa a intervenir en su carrera musical, pero desde luego a mí sí que me ha humillado su comentario sobre la mía. Puede que a él le haya dolido que viniera de alguien a quien ha admirado, pero a mí me ha roto por ser algo continuado. La presión mediática me oprime el cuello y siento cómo me cuesta respirar.

Pero no he dejado de caminar en ningún momento. Tampoco ahora que acabo de cerrar los ojos. Tengo que salir de aquí; al menos dejar de ver los techos altísimos bajo los que me encuentro, la marabunta de gente guapísima que sonríe y se codea con iguales por todas partes. Yo no me siento igual a nadie, yo me siento terriblemente sola. En todo.

Mi paseo se ve interrumpido cuando no solo es mi respiración la que tiembla: apoyo mal el tacón derecho y doy un traspié. Por suerte, una mano rodea mi muñeca y sostiene mi equilibrio antes de que toda yo sea la que toca el suelo.

—¡Pero bueno, Ruki, a ver si nos vas a dar un susto! —Reconozco su voz antes de que me dé tiempo a darle las gracias o siquiera mirarlo. Aunque también es verdad que me cuesta unos segundos más de la cuenta conectar mis ojos con los suyos, porque se dedica a repasar mi cuerpo de arriba abajo—. Qué guapa estás, siempre te ha favorecido este color.

Mi vestido es de tela vaquera, muy similar a la de las faldas de tablas que todas llevábamos en Girl-lies —excepto Dani, que, en su papel de rebelde, era la única que usaba pantalones—, y por lo visto tiene razón, y su azul combina conmigo más que el verde de mis iris, porque sus palabras llegan sin que se haya dignado a levantar la

vista del borde de mi escote. Libero de un tirón mi brazo de su agarre y él también *libera* mi canalillo.

Sigue teniendo la misma expresión gamberra de siempre. Hablo de Felipe Torres, un cantante con el que hicimos una colaboración para nuestro tercer disco, cuando la banda en la que estaba se disolvió y la discográfica quería intentar llevar su imagen a un público más comercial que el de aquel grupo centrado en el *indie*. Creo que le salió bien, porque no hace tanto vi un vídeo suyo cantando aquel tema —sin nuestro acompañamiento— en un estadio hasta los topes que también gritaba sus canciones.

—Cuánto tiempo, Torres. —Fuerzo una sonrisa. Lo cierto es que no me apetece nada hablar con él. Ni con nadie, en realidad: todavía parezco sentir el corazón en el fondo de la boca. ¿Este tío se alarmaría mucho si se lo vomitase encima? Seguro que ya tiene *groupies* que le han tirado cosas peores al escenario, y, si no las ha conseguido aún, estoy segura de que le encantaría conseguirlas—. Siento no poder charlar mucho, pero…

Que no se me malinterprete. Evito todo lo que puedo poner excusas, pero hoy ni siquiera siento que darle largas lo sea. La voz de Tomly todavía martillea en mis oídos. Y lo peor es que no es solo la suya. También es la de los periodistas en los platós o cuando hablan conmigo en cualquier evento en el que puedan llegar hasta mí para preguntarme por unos planes que, ellos no lo saben, aún son inexistentes. La de cualquier equipo que se junta conmigo para trabajar y que no consigue sacar de mí ni una sola nota a derechas. La de mi cabeza cuando leo para mí los comentarios que mis fans dejan en redes sociales.

Y la de mi propia mente cuando intento preguntarme por qué no consigo que funcione, por qué no sé qué quiero hacer con mi sueño. La música es mi sueño, pero no sé cuál es mi música. No saber tampoco qué es lo que se espera de mí…, eso no ayuda en absoluto, eso solo acrecienta la presión.

Ruki, la chica de Girl-lies. Ruki, la líder de Girl-lies. ¿Qué va a hacer si no tiene con qué papel continuar, ni con qué personaje romper? ¿Quién es Ruki?

—¿No? ¿Tienes prisa? Llevo buscándote toda la noche. —Vale, eso me sorprende tanto como detiene mis pensamientos. ¿Qué puede querer de mí alguien como Felipe Torres?—. Pero te he visto antes ocupada con el crío ese y… me parecía de mala educación interrumpir. Aunque, entre tú y yo, ese pipiolillo recién salido de internet no sabe cómo funciona este mundo como lo hacemos nosotros.

Me pregunto por un momento si es consciente de que en realidad Tomly es uno o dos años mayor que yo. Porque estoy bastante segura de que sí sabe mi edad; yo sé perfectamente que tiene treinta y uno, once más que yo. Igual que ambos conocemos la cantidad de artistas «salidos de internet» que venden giras nacionales y discos de muy buena calidad musical. No sé por qué estaría mal utilizar las herramientas digitales para darse a conocer en lugar de seguir el complejo sistema tradicional.

—¿Qué querías? —pregunto directa y concisa. A veces ser directa y concisa también es ser amable, en especial si lo haces con una sonrisa y justo después de decir que, en realidad, tienes prisa—. Porque no sé qué podría darte yo —bromeo, pero dejando claro lo que los dos también sabemos: que las conversaciones en eventos

como hoy buscan algo. Y que, siendo sinceros, no es como si yo pudiera conseguirle nada a nadie.

—Bueno, se me ocurren unas cuantas… —Por supuesto, su chascarrillo no me hace reír—. Pero ¿de verdad no tienes tiempo? ¿Ni una copa rápida? —Mi suave sonrisa parece bastarle como respuesta, pues niega con la cabeza—. Vale, vale, aunque prefería una conversación un poco más distendida. Seré claro, entonces. —Espera a que asienta antes de añadir—: Y seamos también francos: ninguno de los dos está pasando por un momentazo reputacional especialmente favorable. —Estoy a punto de contradecirle, aunque cambio de opinión en el último momento: mi imagen pública sí es favorable, solo que ya no está directamente ligada a un concepto musical propio porque aún no lo tengo. Por eso no dejo de crear contenido en mis redes sociales o de hacer promo de diferentes marcas, para que la gente no se olvide de mí y seguir teniendo esa presencia positiva. Otro tema es que necesite hacer música para que nadie se olvide de que lo que soy es cantante. ¿Y Felipe qué ha liado para que hable así de sí mismo? Vero no me ha hablado de él últimamente—. Estaba pensando que quizá podríamos ayudarnos el uno al otro, dejarnos ver un poco por ahí…, darles algo *bonito* de lo que hablar. Como además somos buenos viejos conocidos.

—La verdad es que no sé en qué estás metido para que tu imagen te preocupe, pero no creo que ayude a tu reputación insinuarle a nadie una historia conmigo cuando me conociste con dieciséis años —le suelto a bocajarro. Porque en realidad no siempre hay por qué ser amable, ni siquiera cuando eres una celebridad. Hay salidas de tono que todo el mundo entiende, también en este mundo, como cuando un reportero se mete en exceso donde no le llaman y la

respuesta del artista es borde. O, según Vero, cuando un «gilipollas se está pasando de la raya». Y creo que inventarse una supuesta farsa romántica para liarse conmigo es pasarse de la raya. Porque es evidente que eso es lo que de verdad quiere de mí—. Pero, vamos, que no me interesa, Felipe. *Gracias* por pensar en mí… supongo.

Solo doy un par de pasos lejos de él, pues vuelve a sostener mi muñeca entre sus dedos para impedir que me aleje. Me suelto, con mucha más fuerza que cuando le hice lo mismo a Tomly.

—No me toques.

—Tranquila, Ruki, solo estamos hablando, que cualquiera que te vea… —Suelta una risita—. Se va a pensar lo que no es, mujer.

—¿Y seguro que no lo es?

No sé si es la acusación o el hecho de que se sume a mi negativa, pero Felipe alza una ceja con disgusto y se cruza de brazos.

—Mira, niña —«Ahora soy una niña», pienso para mis adentros, pero siento cómo me hago pequeña. Siempre me pasa cuando me tratan como si lo fuera, me convierto en diminuta de verdad—, no te lo tengas tan creído, ¿vale? Eres muy mona, lo sabe todo el mundo. Pero también sabe todo el mundo que estás a dos telediarios de que dejen de tomarte en serio, así que baja un par de tonitos, ¿sí? La gente se cansa rápido de las *influencers*, sobre todo si no las han descubierto ellos, así que deberías ponerte las pilas rápido con la música o… Yo por lo menos te estoy ofreciendo una historia mientras les das lo que quieren. A la gente le encantan las historias.

Maldigo para mí el haber terminado mi copa con Tomly, porque me encantaría poder ahogar también sus palabras con ella. Porque Felipe no está mintiendo, solo me recuerda lo que yo no olvido ni un solo día. Vienen a mi mente todas las fotos que he sacado, y

eliminado, durante la tarde; también la que les he sacado a los macarrones, de una marca de alimentación que me envió sus productos hace unas semanas…, exactamente igual que el vestido que llevo puesto. Mi vida está llena de apariencias, porque se ha vaciado de música.

Pero esto es pasajero, por eso mismo la discográfica me está presionando más que nunca. Y también por eso las vías que me han dado tanto Tomly como Felipe no son opciones: para comenzar *mi* andadura en la música, *mi* primera gran noticia tiene que ser de *mi* música. Ni colaboraciones que, en lugar de definir mi imagen, la acerquen a otros ni escándalos que la ensucien.

No me sorprendió lo más mínimo cuando se sentaron conmigo y me explicaron, punto por punto —con literalmente un dosier encima de la mesa—, los motivos por los que lo primero que se supiera de mí tras el cese de Girl-lies no debía ser algo del plano personal; no era profesional, me convertía en otro perfil, desviaba el foco de interés sobre mí. Después de todo, en Girl-lies nuestras relaciones siempre habían sido una norma suprema e incuestionable.

O, mejor dicho, nuestras «no-relaciones». Fue algo que se nos dejó claro desde la conformación del grupo: nada de chicos —ni mucho menos de chicas— mientras estuviéramos en la *girl band*. Estaba terminantemente prohibido que tuviéramos relaciones sentimentales y que hablásemos en público de nosotras en esos términos. Para todo un país enloquecido con nosotras, solo podíamos ser artistas musicales, nada de copar la prensa del corazón o dar que hablar fuera del contenido más blanco y familiar posible.

Quizá ese fue el motivo de que lo de Dani y Mili fuera todo un escándalo. No solo era que de pronto dos chicas Girl-lies no hicieran gala de su perfecta soltería, sino que encima la relación era dentro del propio grupo y se abrían al mundo como sáficas. Como mujeres que podían desear y amar. Desear y amar a otras mujeres.

«Lo de ellas fue distinto», recuerdo que me dijo Vero después de aquella charla, como si se le hubiese pasado por la cabeza que yo pudiera mencionarlas para defender que igual no era para tanto entrar en el tema privado; ni qué decir tiene que no pensaba hacerlo, ni siquiera se me había ocurrido. Y tampoco me sorprendió su explicación. Claro que la discográfica había apoyado que Dani apareciese en el videoclip de Mili, el videoclip de una canción de amor, pero también de sexo, y en el que ambas salían compartiendo un beso que llenó las redes sociales durante días. Después de todo, los temas que había sacado Mili antes que ese ya hacían gala de una sensualidad que había dado mucho de qué hablar viniendo de ella, de la chica dulce de Girl-lies. Y la imagen rebelde que Dani había querido mantener se vio aún más acrecentada. Además, pasado el *shock* inicial, ambas se habían convertido en enormes referentes del colectivo LGBT, y eso también había favorecido a la imagen de la discográfica.

Ellas ya tenían música propia, portadas con solo su nombre en ellas, y su historia había gustado a la gente e impulsado sus perfiles artísticos. Mi vida personal difícilmente podía impulsar un perfil artístico inexistente.

Más aún si era Felipe Torres el protagonista de tal vida personal. De verdad que no soy una chica que se lo tenga creído lo más mínimo, pero estoy segura de que solo quiere tantear el terreno para

enrollarse conmigo. Comprobar si estoy tan desesperada como para ceder a un paripé así… cuando los dos sabemos que no sacaría nada de esto. Y eso ni siquiera tiene que ver con la prohibición de mi discográfica, solo con tener dos dedos de frente.

—Felipe, no me interesa. No me interesas. Y a las revistas del corazón tampoco les gustaría verte con una *niña* a la que le sacas once años. —Empiezo a alejarme de él, en especial porque no quiero que vuelva a tocarme—. Solo te has acercado a mí porque te has acordado de que soy guapa.

—Algún día valorarás que *al menos* —pone en la expresión el mismo énfasis que yo al llamarme «niña», como él me ha descrito hace un momento— se te recuerde por ser guapa. Y no creo que sea muy tarde. —Su frase vuelve a golpearme el pecho, y creo que ese es el único motivo por el que no llega a repugnarme que recorra otra vez mi figura de arriba abajo—. Disfruta de lo que queda de noche, Ruki.

Al final, se aleja él de mí antes que yo de él. Y lo hace con la cabeza alta mientras yo soy incapaz de levantar la vista del suelo. ¿Puede todo el mundo dejar de tener esta facilidad para recordarme que estoy en un callejón sin salida y están a punto de pillarme? ¿Puede todo el mundo dejar de tener esta facilidad para hacerme daño?

Noto los ojos llenos de lágrimas, pero no puedo llorar aquí. Levanto la barbilla y pestañeo muy deprisa para aparentar que no pasa nada. Aquí *no* ha pasado nada. La respiración todavía no se me ha estabilizado cuando busco desesperadamente por la sala, incapaz de fijar la vista en un punto claro: la música sigue siendo suave y elegante, por eso la gente no baila y solo conversa por aquí y por

allá, por todas partes; por eso por todas partes hay también camareros con amplias bandejas repletas de copas. Pero eso no me sirve, no quiero tener que hablar con nadie, no quiero tener que mascullar un suave «gracias». No creo que pudiera.

Sin correr, pero con un paso veloz y sorprendentemente firme para mi situación —la de mi hígado y la de mis pulmones—, me dirijo hacia la ostentosa mesa que hay junto a la pared del lado contrario de la sala. Todo el mundo va y viene hacia ella con frecuencia porque está llena de aperitivos, porciones de tarta y más y más copas. Casi me lanzo sobre estas últimas.

Tomo una entre mis dedos y la vacío en apenas un trago. Respiro con profundidad cuando el recipiente ya no tiene contenido y lo dejo de un golpe seco en la mesa. Ni el paseo hasta aquí ni la bebida ni tampoco ese último suspiro han conseguido cambiar algo. No creo que nada pueda hacerlo. Tengo que salir de aquí.

«Tengo que salir de aquí».

Antes de que pueda darme cuenta —como si el alcohol me hiciera ya olvidar mis acciones, aunque sé que en realidad es la ansiedad—, estoy sentada en los escalones de piedra de la salida de emergencia, la contraria a la puerta de entrada al local. Frente a mí solo hay noche, noche y un amplio descampado tras la carretera que pasa por aquí. Esta sala de fiestas está en un polígono a las afueras; mientras venía hacia aquí, por la ventanilla del automóvil solo he podido ver otras naves similares, aunque con diseños muy distintos ya en su exterior: mientras esta es tan ostentosa por dentro como por fuera, dando aires sofisticados y casi palaciegos a un enclave en realidad muy urbanita, las demás se nota a lo lejos que solo son

discotecas de extrarradio, obradores industriales o salones recreativos.

Me duelen los pies, siento el cuello agarrotado y ya he empezado a llorar. En realidad, llevo un rato sollozando. Controlar mi respiración se me sigue atragantando y ya no tengo que fingir estar bien, así que simplemente lo dejo salir todo. Lloro, lloro y lloro un poco más.

Solo cuando me da un ataque de tos me permito utilizar las manos para frotarme los ojos y, cuando me las miro, las encuentro tan oscuras como el cielo.

—Máscara *waterproof* y una mierda —me quejo al aire, pues noto también cómo se me pegan las pestañas. Genial: rota, borracha y fea. Aunque esto último es lo que menos me preocupa, al menos ahora mismo.

Cuando vuelvo a bajar las manos al escalón en el que estoy, me doy cuenta de cómo mi cuerpo se mueve ligeramente hacia los lados sin yo pretenderlo. Sí, por supuesto que cuatro copas iban a tener sus consecuencias. Estoy consciente, pero también por eso soy consciente de que voy medio borracha; lo noté en cuanto el frío me golpeó la cara y me entraron náuseas, pero al menos he conseguido no vomitar.

Y creo que es también por culpa de mi estado que continúo llorando. Porque sigo agobiada, porque todo sigue siendo una putada y porque encima ahora tengo las emociones a flor de piel. Quiero quedarme aquí toda la noche.

Quiero llorar toda la noche.

Quiero no pensar en nada en toda la noche.

—¿Te encuentras bien?

Reconozco al segundo la voz que me habla como masculina, así que no tardo en pensar: «No hay dos sin tres, ¿eh?». Pero, cuando levanto la vista, un chico subido a una bicicleta me mira con gesto preocupado. Tiene el cabello castaño claro —o rubio oscuro, no estoy segura— y lleva una mochila al hombro. Un chico normal y corriente, supongo.

—¿Estás bien? —repite con cuidado y bajando también al suelo el único pie que mantenía sobre un pedal.

Mis labios forman un puchero al mirarlo y, cuando da un paso hacia mí arrastrando su bici, niego con la cabeza sin ser capaz de mentir como se supone que he aprendido a hacer. Él lanza su bicicleta al suelo y corre a sentarse a mi lado.

—Eh, eh, tranquila —dice, y yo noto cómo duda si tocarme o no, si apoyar una de sus manos en mi hombro o no—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Y eso quizá sea lo peor que ha podido decir. Lo que más me hunde.

Noto cómo da un respingo cuando un sollozo más fuerte escapa de mi garganta. Mis hombros se agitan y yo niego con la cabeza mientras siento las lágrimas ya acariciar mis mejillas. Esta vez me paso las manos por toda la cara. Vaya desastre.

Me gustaría decir que no me doy cuenta de cómo me mira solo con lo que atisbo por el rabillo del ojo. La fijeza de su atención sobre mi cara, el nerviosismo que crece en él un poco más. Porque me ha reconocido. Claro que me ha reconocido. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero sí puedo decir que no dice nada, y que me encanta que así sea.

Poco a poco, mi respiración empieza a calmarse. No estoy sola y tampoco me siento sola, aunque este chico no esté haciendo nada.

Solo con que esté aquí ya me encuentro un poco mejor.

—¿Quieres que te dé la mano? —pregunta de repente, y me giro a mirarlo. Está colocado de tal forma que hasta sus rodillas evitan tocarme, y la inquietud es evidente en su rostro, tanto por no saber qué hacer como por mi estado en sí mismo. Me doy cuenta de que sus ojos son marrones y de que tiene el rostro lleno de pecas; sus dedos, que mantiene extendidos hacia mí, también tienen esas mismas motas de color por todas partes. No termino con el espacio entre su mano y la mía, pero digo:

—Sí.

Y eso es todo lo que él necesita para entrelazar sus dedos con los míos. Su piel está caliente y siento levemente la marca que tiene de haber agarrado con fuerza el manillar de la bicicleta. Con su pulgar recorre el mío, y soy consciente de que concentrarme en ese pequeño gesto afloja la presión en mi pecho; también me ayuda verlo, mirar su mano y la mía.

Mientras que sus uñas son muy cortas y se nota que se muerde las cutículas por las heridas que tiene en alguno de los dedos, las mías tienen una manicura perfecta de color violeta brillante y llevo varios anillos de plata. Su muñeca la rodea un sencillo Casio de color negro que me recuerda a las tardes de verano que pasaba con mi abuelo cuando mi madre trabajaba y yo aún era una desconocida.

—Esto siempre consigue que mi hermana deje de llorar —me explica de repente, con una voz tan cálida como temblorosa; creo que me reconforta que, a pesar del nerviosismo, suene así de sincera, amigable. Su pulgar aún acaricia el mío—. Se llama María. Tiene siete años.

—Oh, vaya —digo con una risa suave en los labios—, gracias por la comparación, supongo.

—¿Qué? ¡No, no, no quería decir eso, me refería a que…! —Vuelvo a reír y, por su silencio, interpreto que se ha dado cuenta de que estaba bromeando. Nos sostenemos la mirada unos segundos, hasta que entreabre de nuevo los labios—: ¿Ha funcionado?

Le sonrío antes de volver a frotarme los ojos —esta vez solo con la mano libre— mientras asiento despacio. Por cierto, debería dejar de hablar tanto con la cabeza, porque con cada movimiento noto cómo todo se mueve. Entonces, la vergüenza asciende de nuevo por mi cuerpo.

Por cómo me ha visto este chico. Y no me refiero a mi maquillaje corrido.

—Siento haberte asustado —susurro tan bajo que él se acerca a mí inconscientemente; no me pasa desapercibido el detalle de que mantiene en su sitio las rodillas—. Pero muchas gracias.

He estado a punto de decirle que ha sido de mucha ayuda. Sin embargo, solo ha conseguido que deje de llorar. Y sí, eso hoy ya parece mucho; pero eso: hoy.

—Pero ¿te encuentras bien? ¿Te ha pasado algo? —insiste él, que aún no ha soltado mi mano, y yo tampoco quiero que lo haga. Aún no—. Me llamo Andrés, por cierto.

—Encantada.

No digo nada más porque genuinamente no lo considero necesario. Ni quiero responder a su pregunta ni…

—¿Tú cómo te llamas? —Entonces sí que le miro con sorpresa, con el ceño fruncido y bastante incomprensión. Él también me mira a mí y, en su inseguridad, sé que me conoce y que entiende que mi

mueca viene precisamente de que soy consciente de ello. Pero sé lo que tengo que responder.

Lo que quiero responder:

—Me llamo Olivia. —Andrés asiente despacio y su sonrisa sabe a «encantado también». Y creo que esta parte de la conversación me está calmando como ninguna otra—. ¿Lo sabías?

Saber quién soy y saber cómo me llamo no son sinónimos, pues mucha gente sabe quién soy, pero no mi nombre, aunque no sea un secreto. Y Andrés me lo confirma, porque primero asiente y después niega. Eso me hace sonreír.

—No estaba seguro del todo —confiesa con apuro y capturando con su otra mano la mía; empieza a jugar con mis dedos y yo sonrío un poco más—. Mi hermana era muy fan de Girl-lies y también os he escuchado bastante, pero… me bailan un poco vuestros nombres. Y, bueno, tampoco sabía qué preferías tú.

—Todo el mundo me llama Ruki, en realidad.

—Pero no es tu nombre.

Tiene razón. Sí, tiene razón. Aunque nunca me ha importado especialmente, o eso creo. Nos mantenemos en silencio unos segundos más, hasta que de pronto Andrés suelta mis manos y se aleja un poco.

Le miro y veo que el rubor colorea sus mejillas.

—Perdona.

«Qué mono», pienso; y niego con la cabeza para quitarle importancia.

En medio de un suspiro, levanto la barbilla y miro al cielo. La leve brisa de la noche hace que note cómo mis lágrimas se enfrían sobre

mi piel, pero no me molesto en limpiarlas. Creo que ahora mismo no tengo por qué ocultarlas. Y eso sí que me hace sentir paz.

Cierro los ojos y vuelvo a suspirar.

El silencio que nos rodea, a pesar de estar junto a un edificio en cuyo interior presupongo jolgorio, es bastante relajante. Mi vida a menudo tiene silencios, pero muy distintos a este. Mi casa es silenciosa, más allá de lo que pueda liar Profiterol —siempre hay que desconfiar de los gatos naranjas—; mis sesiones de composición son silenciosas, más allá de lo que pueda proponerme mi equipo —y que nunca llega a nada—. Este silencio, en cambio, no me agobia.

Tampoco me agobia cuando Andrés lo rompe:

—Hace una noche muy tranquila.

Lo miro y veo que él también tiene los ojos en el cielo. Los baja hasta mí y ambos nos sostenemos la mirada; yo sonrío, pero al mismo tiempo esbozo una mueca.

—Agradezco un poco de tranquilidad, la verdad.

Devuelvo la mirada a las estrellas —mentira, no se ve ni una por la contaminación lumínica— mientras Andrés continúa con la suya sobre mí. No es incómodo; noto cómo intenta leerme. Cómo piensa, igual que antes, en qué decir.

O en si debería decir algo.

—¿Quieres hablar?

Ah, soy yo la que debería decir algo. No, claro, en realidad tiene sentido. Supongo.

Es raro, porque yo no hablo mucho con la gente, pero entiendo que él piense que pueda querer verbalizar por qué estoy así. Y creo que… es más raro aún para mí pensar en que quiero hacerlo.

Cuando me preocupa algo, a menudo le hablo a Profiterol, le doy monólogos completos de lo que se me pasa por la cabeza, y sí que suele ayudarme a sacar lo que llevo dentro. Pero Profiterol no me da conversación, como es obvio, y, de alguna forma, creo que eso acaba de marcar una diferencia para mí. O quizá es culpa de las cuatro copas y los dos petardos que llevo a las espaldas esta noche.

«Bien, vamos allá».

Y lo hago. Lo saco todo, de verdad.

—Estoy acojonada —suelto, agarrando con las manos la tela de mi vestido, como si ese toque fuese a darme la fuerza que estoy volcando sobre el tejido—. Y muy agobiada. Porque no tengo ni idea de qué hacer. Quiero hacer música, pero… no me sale. Nunca he tenido que hacer mi propia música y no soy capaz de saber qué decir, ni cómo tengo que sonar. Es frustrante. Es frustrante, pero no sé cómo conseguirlo, no tengo ni idea de hacer música. —Me sorbo la nariz de manera inconsciente, y eso me hace darme cuenta de que he vuelto a ponerme a llorar, aunque esta vez en silencio—. Encima, ni siquiera… ni siquiera me ayudan las expectativas sobre mí, porque… porque es que no las hay. Solo presión por sorprender porque nadie sabe por dónde voy a salir. Emma decidió mantener su imagen de chica inteligente, Daniela también lo de ser una tía rebelde… y Laia mandó a la mierda lo de ser dulce. Yo… yo no tengo nada. Yo en realidad no era nadie. Y me… —Me giro con sorpresa hacia Andrés cuando me obliga a soltar mi vestido para volver a tomar mis manos entre las suyas, esta vez las dos—. Me acojona dejar la música como hizo Luisa; mucha gente empieza a dudar de si no voy a hacer lo mismo.

—¿Luisa? ¿La que desapareció?

—Sí. Sol en Girl-lies, la graciosa —le explico, con el agobio convertido de nuevo en una pelota de llanto en mi garganta, aunque ahora me oprime menos que antes—. Ella eligió apartarse de la música, pero yo no quiero. Yo no quiero dejarlo, Andrés.

Él aprieta mis manos y, decidido, con una seguridad que parece querer transmitirme, asiente.

—Eso es lo importante, ¿no? Tú lo tienes claro. No importa que los demás no.

Pero sacudo la cabeza y me suelto de sus manos. Recoloco mi vestido y enjugo la humedad de mi rostro.

—Pero es que yo no tengo claro nada.

—Sí, sí lo tienes. Al menos, lo más importante —insiste Andrés, y su mirada parece lanzada a la misión de convencerme de lo que él parece ver tan claramente y yo no—. Lo que quieres es la música, y solo tienes que encontrar cómo llegar a ella. Descubrir… cuál es tu música. ¿No?

No digo nada. Sé que este chico solo quiere ayudarme, que se ha preocupado por mí sin conocerme de nada. Pero él no entiende esta industria como la entiendo yo. Como la vivo yo todos los días desde que dejé de jugar con muñecas.

—Yo no…, bueno, yo no sé nada de cómo funciona tu mundo, supongo. —Andrés pone en voz alta lo evidente y yo lo miro. Sigue teniendo en la cara esa expresión que parece mezclar duda, nerviosismo y calma. Las dos primeras como parte de él, la última como algo que quisiera regalarme. Se lo agradezco aún en silencio, por dentro. Es algo bonito. Parece buen chico—. Pero no puede ser tan distinto en lo básico, ¿no? En que a veces se necesita tiempo y… no está todo claro. Mira, yo estudio Ingeniería Informática —me

cuenta, y su rodilla roza la mía cuando se remueve en el escalón—, pero en realidad no estaba seguro de si era lo que quería hacer. Se me dan bien esas cosas y sí que me gustan los ordenadores, pero no lo tenía claro, y mi mejor amigo se matriculó y, pues…, yo también. Y sí que me gusta. Pero Marcos la dejó en segundo.

Se me escapa una carcajada. Andrés me mira reír y yo confirmo que es un buen chico. Que quiere animarme como sea, ya que está claro que no puede ayudar. El optimismo que llena su voz, aun sin ser enorme —y teniendo claro que no me llevará a ningún lado—, expande una sensación cálida bajo mi piel.

—Pero ahora ha encontrado otra cosa. A veces nos equivocamos después de probar… y también hay personas que solo necesitan más tiempo para pensar.

Una sensación que me tranquiliza. Aunque dure poco.

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero yo no tengo más tiempo. —Resoplo casi sin darme cuenta y mis ojos vuelven al cielo otra vez. Porque ese es el problema: no me queda tiempo. Y ni siquiera hablo de que el ritmo de la industria sea frenético, de que se necesite sacar música en determinados intervalos para mantenerte o de que estoy en una situación complicada en la que puede que se olviden de mí o dejen de quererme. Hablo de que la discográfica no está dispuesta a concederme más tiempo—. Ahora me han puesto una fecha límite, ¿sabes? —Se me escapa una risa, más melancólica que irónica. Puedo oír la voz del de la discográfica, ver la expresión seria de Vero. Recuerdo el dolor en mi pecho—. Tengo hasta septiembre. Me quedan los meses de verano para pensar en qué quiero hacer, para tomar decisiones y empezar canciones y que podamos sacar algo en octubre. Si llego a septiembre sin nada, serán ellos los que

me harán las canciones y probaremos con músicas prefabricadas para que yo las cante, como cuando estaba en Girl-lies.

Veo cómo Andrés está a punto de preguntarme sobre el tema, que quiere saber más sobre lo que le acabo de confesar —a él y a nadie más aún; mala idea, por cierto, porque no lo conozco de nada; se nota que estoy un poco borracha, normalmente tengo mucho cuidado—, pero él también ve cómo mis ojos se han vuelto a llenar de lágrimas y no dice nada, solo guarda silencio. Y resulta que eso no es ni más ni menos que lo que yo necesito.

Las miradas cargadas de ilusión de niños y mayores en nuestros eventos con fans llegan a mí de pronto. Cómo a veces eran incapaces de terminar las palabras o de acallarlas, cómo les brillaban los ojos o las sonrisas, cómo me querían. Un rostro, otro más. Una señora, un niño, una adolescente. Sus palabras resuenan dentro de mi cabeza y no soy capaz ni de creérmelas ni de retenerlas conmigo.

Aquí, bajo un cielo vacío, con un universitario completamente desconocido para mí sentado a mi lado y un nuevo llanto silencioso surcando mis mejillas, soy más consciente que nunca de lo perdida que me siento. Pero también noto que… me encuentro más en paz que hace horas.

Como después de bombardear con mil informaciones a Profiterol, pero aún mejor.

—Oye, yo… —Solo entonces noto que, en mi ensimismamiento, Andrés no ha permanecido quieto del todo junto a mí y, con su mochila aún abierta a sus pies, me tiende un pedazo de papel. En su regazo aún sostiene un bolígrafo con el capuchón en el extremo contrario a la punta—. Sé que igual no puedo hacer mucho por ti, pero…, de todos modos, si alguna vez necesitas hablar, puedes

contar conmigo. —No me cuesta relacionar sus palabras con los números garabateados sobre el fragmento de folio—. Cuando quieras, Olivia.

Le miro fijamente a los ojos durante unos segundos. Luego al papel y después a ambos varias veces. Las mejillas de Andrés podrían rivalizar con el colorete de Tomly y le tiembla un poco la mano que sostiene su número.

Aún incrédula, tomo el papel y repaso los números sin parar, tanto con mi mirada como con las yemas de los dedos. Creo que susurro un «gracias» todavía sin detener mis movimientos, pero no estoy segura. Me conmueve su gesto, aunque todavía no lo comprenda bien.

Solo cuando Andrés se pone de pie, levanto la vista hacia él y doblo el papel en varios pliegues. Él, todavía nervioso a juzgar por el color de su rostro y de sus movimientos torpes para colocarse la mochila en los hombros, corresponde a mi mirada.

—Yo creo que debería irme ya, es tarde, pero… ¿Estás bien aquí? ¿Te acerco a algún lado en la bici? —Me enternece un poco más aún su preocupación—. ¿O me quedo un rato más contigo?

Hace el amago de recuperar su sitio en el escalón y yo me pongo en pie para evitarlo. Doy un suave traspié al mezclar la velocidad de mi movimiento y el alcohol que llevo dentro, y es Andrés el que se encarga de que no me dé de bruces contra el suelo, sosteniendo por un momento mi muñeca. Con ambos de pie, y a esta distancia, noto que debe ser apenas unos centímetros más alto que yo, pues con mis tacones quedo levemente por encima.

—No te preocupes, ahora llamo para que pasen a recogerme y… me voy a casa también.

Ambos asentimos, pero Andrés aún no da los pasos que le separan de su bicicleta.

—¿Necesitas que espere contigo?

Entonces niego, él deja una suave caricia en mi muñeca —no recordaba que todavía no me había soltado— y levanta la bici del suelo.

Cuando ya está a punto de ponerse en marcha, sin que yo haya apartado mis ojos de él en ningún momento, me mira una vez más, como si quisiera asegurarse de cómo estoy antes de desaparecer bajo la escasa luz de las farolas. Le sonrío y él hace lo mismo, también con sus palabras:

—Buenas noches, Olivia.

Y, con ese simple deseo, lo veo marchar. Sobre la misma bicicleta con la que apareció de repente y una mochila al hombro con un llavero de un dado icosaedro.

Cuando me quedo sola, me siento como despierta tras una ensoñación, como si nada hubiese pasado, como si acabase de llegar a este pequeño escalón que me ha visto llorar durante no sé bien cuánto tiempo. Pero, cuando saco mi teléfono móvil para llamar a un *Unknown Car*, lo hago con el papelito aún en la otra mano. Con el número de Andrés como prueba de que sí que ha pasado.

Que no he estado sola.

Lo guardo en la funda transparente del móvil, junto a la foto de Profiterol y el cromo de Girl-lies que siempre llevo conmigo, aunque hace tiempo que me duele mirarlo.

Suspiro y pienso que ojalá no tarde mucho en poder meterme bajo las sábanas. Estoy agotada. Sin embargo, me doy cuenta.

Me doy cuenta de que al final he pensado en todo toda la noche. Pero ha dolido menos que llorar —o sonreír— como si nada.

Capítulo 2

Tardo en darme cuenta de que anoche olvidé bajar las persianas exactamente lo mismo que en abrir los ojos. Por eso mis dedos corren a frotar mis párpados. Aunque ni la luz que ahora me molesta —o quizá justo por la luz— me impide reparar en el pequeño fragmento de papel sobre mi mesilla de noche, junto a mi teléfono móvil. Tengo el vago recuerdo de haberlo sacado de la funda y haberlo dejado ahí poco antes de meterme en la cama. Y verlo ahora me da la certeza de que fue real. De que aquello pasó y Andrés existió en medio de mis sollozos.

Un bostezo me acompaña mientras me incorporo y al segundo lo hace también Profiterol, que se sube de un salto al colchón y se acurruca sobre mí. Sonrío y le acaricio la punta de la nariz con el dedo índice, como sé bien que le encanta; su sonoro ronroneo tampoco se hace esperar. Es raro porque esto es habitual. Suelo olvidar bajar las persianas al volver de una fiesta y la mañana siguiente mi gato se hace una bola sobre mí, como si me hubiera echado de menos o quisiera paliar mi resaca con sus mimos. Y ahí

es donde entra la rareza de hoy, pues en realidad apenas noto los efectos de las cuatro copas.

Quizá sea porque estoy demasiado ocupada como para pensar en eso. Mi mente apenas recuerda aquellas bebidas, atareada como está reproduciendo una y otra vez la conversación sobre el escalón de la salida de emergencia. Lloré como una condenada, me sentí una mierda durante horas por Tomly, Felipe Torres y todo el bagaje previo. Pero no siento en mis hombros la tensión de cuando me meto en la cama tras enjugar litros de lágrimas.

De alguna manera, creo que me siento renovada tras la charla con Andrés. Creo que me ha hecho sentir bien sincerarme con alguien. Con alguien que no sea Profiterol.

—Ayer me prestó atención otra persona, amor —le confieso, rascando ahora el hueco bajo su barbilla. El calor de su pelaje ya llega hasta mi cuerpo aun con las sábanas de por medio—. No te vayas a enfadar, ¿eh?

Como si hubiera entendido algo de mis palabras, mi gato abre los ojos y se queda mirándome…, aunque solo por unos segundos: renuncia hasta a mis cosquillas para dejarse caer y buscar el sueño. Me río. Y, antes de que llegue a esconder mis dedos de nuevo en lo que parece un cojín de color naranja, noto cómo mi reloj inteligente vibra en mi muñeca. En la pantalla, veo el nombre de Vero, así que me estiro para alcanzar mi teléfono móvil.

El mensaje de mi mánager es en realidad un audio:

—¡Buenos días por la mañana! Espero que la fiesta de ayer acabase bien…, pero no demasiado bien, ya sabes. No me apetece lidiar con un «Ruki, de Girl-lies, pillada borracha», la verdad. En mi escrutinio matinal de titulares no he visto nada raro, así que imagino

que no me perdí nada problemático. Bueno, en función de lo que tardes en responderme, creo que me haré una idea de cómo estás. —Estoy acostumbrada a este tipo de frases de Vero, pero aún más a la voz de «mamá gallina» que pone a continuación, cuando dice—: *De todas formas, aprovecha que hoy no tenemos nada para dormir como un oso pardo en enero si ves que lo necesitas. Y bebe mucha agua; espero que comieras algo al llegar a casa.* —Se me escapa una sonrisa: veo desde aquí el envoltorio de una barrita de cereales en la papelera junto a mi tocador, justo al lado del disco de algodón desmaquillante con el que me quité lo poco de máscara de pestañas que me quedaba—. *El caso, que descanses y ya me contarás mañana qué tal, qué hiciste. Le eché un vistazo a la gente que iba y antes he cotilleado también unos cuantos perfiles de Instagram que han subido fotos. Había muchos artistas de tu edad, por lo que pude ver. Cuidado con esas cosas, ya sabes. Que teníais bien cantadas las cuarenta cuando estabais en Girl-lies, y me consta que lo teníais bien en cuenta porque sé que tuvisteis vuestras cosas y nunca se enteró nadie…* —Hemos tenido más veces también este tipo de conversación y me hago ya a la idea de lo que va a decir—. *Pero ahora es aún más problemático, en nuestra situación.* —Me gusta que hable en plural, me calma sentirme arropada, sentir que no es solo mío todo esto; aunque también me agobia el saber que afecto a otras personas—. *Así que mucho cuidado con quién te juntas. Y con los desconocidos. Ve con mil ojos. ¡Pero bueno! Que yo sé que eres una chica lista, Olivia, y que esto ya es casi un pódcast y yo soy representante de artistas. Un beso.*

El sonido de besos al aire acompaña también su despedida final. Vero es cercana, siempre lo ha sido con todas nosotras, pero

también tan profesional como para no olvidar ni un solo día de su vida recordarnos cómo hacer las cosas bien. O recordármelo a mí, mejor dicho, que soy de la que más pendiente está por el punto en el que estamos: mis compañeras no la necesitan tanto en muchos aspectos, como el de las relaciones con marcas —no se están moviendo tanto por ahí porque no lo necesitan, solo un poco Laia— o el de contactos con compositores o artistas; sí para formalizarlos, pero no para iniciarlos, gracias a que tienen más idea de con quién sentarse a crear algo, supongo.

Ese es el motivo de que las palabras de Vero resuenen a menudo en mi cabeza, cuando de pronto me quedo sola y me pongo a darle vueltas a las cosas… o cuando me las acaba de decir, como ahora. Pensé mucho anoche en todo el rollo de las relaciones personales a cuenta de lo de Felipe Torres, pero de forma muy distinta a como lo estoy haciendo ahora por Andrés.

Por un desconocido, pero un desconocido que me transmitió más tranquilidad que la que me he labrado sola en mucho tiempo. Un desconocido que se interesó y preocupó por mí, y que lo hizo de verdad. Su rostro, salpicado de pecas y nerviosismo, aparece en mi mente; también sus palabras, decididas a echarme una mano, aunque tuviera pocos recursos para conseguir nada.

Quizá no soy una chica tan lista como Vero piensa, quizá no tengo tanta conciencia real sobre el mundo en el que me muevo como he creído siempre o quizá simplemente estoy muy desesperada. Pero no suelto mi móvil y me estiro también para volver a tener entre mis dedos ese pedazo de papel sobre el que tanto cuidado volqué ayer.



—¡No te lo crees ni tú, chaval, anda! —se mofa de mí PJ desde la imagen que la cámara de su ordenador captura y me muestra en la pantalla del mío—. Vale que ayer acabásemos la hostia de tarde el rol, pero no bebimos nada raro como para que tú ahora digas que te encontraste a una famosa.

Veo también cómo Luis se desternilla de risa en su cuarto, sentado de cualquier manera sobre su silla de escritorio. Supongo que a mí también me costaría creerlo si cualquiera de mis amigos soltase de pronto que se ha cruzado con una cantante mientras volvía a casa en bici —de hecho, oigo a través de mis auriculares cómo PJ bromea con «la estampa» de aparecer en bici si es que aquello fuera cierto —, porque es surrealista de narices pensarlo; también me lo pareció a mí en el momento. ¿Cómo iba a esperarme yo que aquella chica, a la que me había acercado solo porque la vi llorando prácticamente en el suelo, era la misma que coprotagoniza tantos pósteres en la habitación de mi hermana?

Me quedé bastante tieso, para qué negarlo, pero qué otra cosa iba a hacer. Estaba tan triste… Me dio tanta pena cuando encontré sus ojos con los míos y los vi tan tristes. Eso no se lo he dicho a ellos, obviamente. Nadie, ni mucho menos alguien como Olivia, querría que la encontraran en esa situación o que hablasen de ello.

Solo me he limitado a comentar, cuando Marcos ha contado alegremente que se cruzó con su novio de vuelta y que este lo llevó a casa en coche, que con quien yo me crucé sí que es algo

reseñable de verdad. Pero no he dado ni un solo detalle más allá de que estaba en la parte trasera de aquel local de fiestas tan pijo y que intercambiamos un par de frases cuando la reconocí. Y, claro, entre lo superficial de la anécdota y que no le pidiera ni una foto que probase el encuentro, es lógico que mis amigos no me crean.

Pero, bueno, no es para tanto, ni siquiera tenía pensado contárselo a nadie. En realidad, lo que me gusta una mierda es el gesto serio con el que Marcos mira a su cámara, en silencio, desde mi interrupción. Me raya bastante más que él crea que he soltado la primera gilipollez que se me ha ocurrido.

Es raro, todo es muy raro con él últimamente. Porque soy imbécil, más que nada.

Cojo mi teléfono y juego a pasármelo de una mano a la otra mientras escucho cómo PJ y Luis continúan debatiendo entre ellos sobre el concepto «encontrarse a una cantante de éxito en medio de la nada a lomos de una bici al borde de la jubilación». Me pregunto qué pensarían ellos de que le diera mi número de teléfono. Seguro que le quitarían importancia. Pero yo me siento bastante ridículo, si digo la verdad.

Porque obviamente no me va a llamar, y planteármelo es de ser un pringado. Porque igual pensó que quería ligar con ella, y eso es de incluso más pringado. ¿Qué pintaría *yo* jugando a intentar ligar *con ella*?

Creo que disocio, y por eso me pierdo las últimas disputas entre PJ y Luis… y por eso me asusto tanto cuando el dispositivo entre mis manos empieza a sonar con la pantalla iluminada. No tengo el número guardado, por lo que no puedo responder cuando mis

amigos me preguntan por ello cuando les llega también la estridente música —el *opening* de *Hunter × Hunter*— de mi tono de llamada.

—¿Diga? —respondo, dispuesto a despachar educadamente al pobre teleoperador al que le haya tocado llamarme a las doce de un domingo.

—¿Andrés? Soy… Olivia. —«¡¡¡¿¿PERDÓN??!!!», grito en mi cabeza, y me limito a hacer un gesto de despedida a cámara y salir de Discord. Mi cabeza va a toda velocidad intentando dar con alguna otra Olivia que pueda tener mi número de teléfono. ¿Alguna compañera de la uni a la que no tenga agregada y quiera gorronearme apuntes, quizá? No, no me suena, y habría estudiantes mejores a los que pedirles el favor—. Esto, bueno… Este no es mi número de teléfono real, no te lo guardes, pero… ¡No es que no me fíe de ti! A ver…, lo que quiero decir es… En realidad, no tengo ni idea de qué quiero decir.

Estaría genial decir que no estoy flipando, pero definitivamente estoy flipando. Nadie puede estar tomándome el pelo porque solo se lo he contado a PJ, Luis y Marcos —y no les he mencionado lo de que le di mi número— y porque… es ella. Es su voz; podría reconocerla en cualquier parte. Yo y todo el país.

—¿Hola? —Su voz temblorosa interrumpe mis pensamientos—. ¿Andrés?

—¡Estoy aquí, sí! —grito al altavoz; ¿cómo se empieza una conversación telefónica con una cantante de éxito? Me asaltan sus ojos tristes, su monólogo roto. No sé cuánto de Olivia tiene Ruki…, pero está claro que Olivia no es una cantante de éxito—. ¿Cómo estás?

Pruebo mi propia medicina durante unos segundos, lo que me lanza a morderme las cutículas como si llevara tres días sin comer. Cuando me planteo estar a punto de hacerme sangre, vuelvo a oír su voz a través del móvil.

—Bien. O sea, mejor que ayer. Mejor desde anoche. —Asiento, aunque ella no pueda verme, y espero un poco más por si tiene algo que decir. Y así es—: De eso quería hablarte. Creo. Mmm…, a ver. —Oigo ruido, como si estuviera moviéndose—. Ayer me sentí muy bien contigo. De verdad. Nunca había… —Ahora soy yo quien está un poco nervioso; mentira, ya lo estaba antes, desde que reconocí su voz—. No suelo compartir cómo me siento con nadie. Y hoy me encuentro mucho mejor después de haber hablado contigo, de contarte… todo lo que te dije. Por eso, pues… chist, calla. —Lo último me sobresalta, aunque detecto rápido que no iba para mí por cómo cambia el tono y la dirección de su voz. ¿Eso ha sido un maullido? ¿Un gruñido?—. Me preguntaba si podríamos volver a vernos. Tomar algo o… así.

El grito mental cuando dijo antes su nombre no es nada comparado con el que pego ahora —también internamente—, que casi parece clavarse en mi cerebro. Pero ¿esta historia surrealista qué está siendo? ¿Por qué mi plan de anoche fue una partida de rol de cinco horas y media… y ahora podría estar de palique con una famosa? Sí, cinco horas y media; se nos fue de las manos, pero fue divertido.

—Bueno, tendría que ser muy discreto —añade Olivia de pronto, no sé si por completar el silencio de este pringado sin saber qué decir o para dejar claro que no es algo para tirar la casa por la ventana—. En alguna parte muy alejada, que no… vaya a

reconocerme nadie y se… Mira, déjalo. No sé qué estoy haciendo, porque a ver cómo pretendo que…

—Yo sé dónde podemos ir —la interrumpo, cortando ese mismo flujo verbal que también pude presenciar anoche. Creo que controlo mejor mis nervios cuando no quiero que otra persona los pierda—. En plan…, si tiene que ser en un sitio en el que pases desapercibida y al que no vaya mucha gente, yo tengo el perfecto. Bueno, a ver, perfecto, perfecto…, es una forma de hablar. ¿Tenemos el mismo concepto mental de «sitio discreto en el que no te vayan a reconocer»?

Sí que debemos tener una idea parecida del lugar en el que Olivia pase desapercibida, pues tan solo unas horas más tarde, a eso de las seis y media, estoy esperándola sentado en una de las mesas más cercanas al baño de mi bareto friki de confianza. Digo «bareto friki» porque es un local hostelero minúsculo —con aforo para poco más de quince consumidores— con las paredes forradas de estanterías repletas de tebeos de superhéroes, manga de todos los géneros posibles y figuritas de las franquicias más excéntricas que te puedas imaginar; los dos primeros tipos de producto son para consulta de los parroquianos y el último solo para admiración y venta. Tras el mostrador, un hombre de unos sesenta años al que jamás he visto con una camiseta que no tenga dibujitos…, y llevo pisando este suelo pegajoso desde que lo descubrí a los catorce porque organizaba partidas de *Magic: The Gathering* los sábados.

Pero, ahora que los locales de este tipo están de moda y encuentras uno en casi cada calle, este ha caído en el olvido por estar a las afueras y rodeado de…, bueno, nada. Creo que nunca había sido tan consciente hasta este momento de lo lejos que me

muevo constantemente por ser un friki de manual; mi bici creo que sí lo sabe, pobre. Una ventaja, teniendo en cuenta que esto, un sitio casi abandonado, es lo que necesita Olivia. Vaya mierda, en realidad, yo vengo a este cuchitril por gusto, no forzado a no poder moverme por donde me dé la gana.

Justo entonces, mientras reviso que los únicos entre estas paredes somos el dueño jugando al *Battle Royale* al lado de la máquina registradora, un adolescente leyendo manga frente a la balda de la que lo ha sacado y yo con el culo pegado a una silla y los hombros tan firmes como si me fuesen a pasar revista, veo a Olivia cruzar la puerta del bar. Y detecto enseguida cómo se ha esmerado en pasar desapercibida.

A sus gafas de sol de cristal opaco y montura gruesa se unen una sudadera bastante amplia y unos vaqueros. Y su media melena oscura, cortada a capas según he visto en algún póster de mi hermana María, está también recogida en una pequeña coleta alta. El dueño se la queda mirando unos segundos antes de saludarla, pero sé que es por la sorpresa de otro cliente entrando, no por haberla reconocido.

Aun así, no tarda en venir hasta mi mesa, como si este espacio fuese a hacerla sentir segura de verdad. Prácticamente se deja caer sobre la silla frente a mí.

—Perdona por hacerte venir hasta aquí —dice a toda velocidad y, antes de que tenga tiempo de asegurarle que para mí no supone ningún esfuerzo, añade—: Muchísimas gracias de verdad, Andrés.

Me cuesta responder al instante, un poco atontado por lo que siento como un agradecimiento sincero por su parte. Y me gusta

cómo dice mi nombre. En general, me gusta cuando alguien me llama por mi nombre.

—No te preocupes. ¿Qué quieres tomar?

Olivia mira a su alrededor, como si intentara analizar el entorno y deducir desde ahí qué puede pedir; fallo mío no comentarle las opciones, supongo. Con las gafas colocadas aún en el puente de su recta pero larga nariz, sus ojos verdes miran por encima de la montura de pasta. Su perfil es muy bonito. Ella en sí es muy bonita. Me pone un poco nervioso estar sentado aquí, tan normal, con una chica así de guapa. Creo que nunca había estado al lado de una chica así de guapa, en general.

Doy un respingo cuando vuelve a fijar sus ojos en mí por encima de las gafas de sol.

—¿Tú qué vas a pedir? —me pregunta directamente. Me encojo de hombros; aún los siento tensos.

—¿Un refresco… de naranja?

—¿Que sean… dos?

Ambos soltamos una risita nerviosa ante lo ridículo del diálogo y yo la dejo sola un momento para ir a por ello. Cuando regreso a la mesa con los dos vasos, la veo jugar con sus anillos. Está tan nerviosa como yo. Lo pienso un momento y supongo que, de hecho, para ella esto será incluso más raro que para mí.

Masculla un suave «gracias» mientras toma su vaso de mis manos —haciendo que nuestros dedos se rocen en el proceso; me doy cuenta muy bien de ese detalle— y durante unos segundos bebemos en silencio. La bebida está buena y el cosquilleo de las burbujas es agradable, pero ni eso relaja el ambiente. Que el local en sí también esté en silencio, más allá del hilo musical compuesto de bandas

sonoras de películas de acción, tampoco mejora lo obvio de la situación: que esto es muy incómodo.

Porque los dos estamos muy nerviosos, todo es raro y no nos conocemos de nada. Me gustaría preguntarle, darle pie a hablar con algo como «tú dirás», teniendo en cuenta que esto ha sido idea suya, pero al mismo tiempo no quiero presionarla a decir nada si no está cómoda; claramente no lo está, ninguno de los dos. Y tampoco se me ocurre cómo mejorar la situación, qué puedo decir para ayudarla… más allá de rajar de mí mismo.

—Mira, esto… lo siento mucho. Creo que ha sido una mala idea —suelta Olivia de pronto, avergonzada y movida por esa incomodidad y nerviosismo que es palpable que compartimos.

Pero es que en su voz, y sobre todo en su mirada cabizbaja, reconozco la misma tristeza que tenía anoche.

—Apenas me hablo con mi mejor amigo —digo a toda velocidad, como si con ello quisiera retener a Olivia en su silla, pero sobre todo aflojar su malestar con el mío. ¿Quiero que confíe en mí? Pues yo también confiaré en ella—. Se llama Marcos. Y, bueno, tampoco es exactamente que no nos hablemos, pero todo es muy raro con él desde que se echó novio.

Veo cómo Olivia frunce el ceño; cómo lo frunce de *esa* manera.

—No es lo que estás pensando. No es lo que estás pensando, pero ¡para nada! —me apresuro a matizar. Resoplo. De perdidos al río, ¿no? Si empiezo a hablar, tendré que contarlo todo—. En realidad…, no es desde entonces. O sea, no es exactamente por eso, aunque se ha intensificado el… ambiente desde entonces. La culpa fue mía. —Obligo a mis manos a dejar de hacer aspavientos mientras hablo y me fuerzo a contener las ganas de morderme las cutículas; me limito

a repasar el borde de mi vaso con el dedo. Y Olivia me mira en silencio—. Porque le dije que me gustaba.

Su gesto cambia a la sorpresa, con sus ojos levemente más abiertos. Pero no es eso lo que me hace volver a apartar la vista, sino saberme con toda la atención de esos iris verdes.

No me gusta ser el centro de atención. Nunca lo soy.

—Marcos y yo hemos sido amigos desde siempre. Siempre íbamos juntos a clase y siempre nos han gustado las mismas cosas. —A mi mente acude el recuerdo de la primera vez que fuimos a ver una película de extraterrestres al cine, de todas las tardes de sábado que veníamos hasta aquí a intercambiar cartas y de las muchas horas que dedicamos a definir nuestros personajes de rol para también estar relacionados en la ficción—. Y en algún punto, pues a mí me empezó a gustar. Mucho, además —reconozco avergonzado. Porque sonará todo lo natural que quieras, pero es raro cuando te das cuenta de que empiezas a ver a tu mejor amigo de otra manera, y te acojonas de mandarlo todo a la mierda. Aunque supongo que podría haberme acojonado un poco más.

Creo que me quedo un poco pillado de más pensando en esto, porque la mano de Olivia, que también se aferraba a su refresco, avanza por la mesa y coge la mía. Miro nuestras manos y, como ya me pasó anoche, mis ojos se van a la diferencia entre ellas: las mías están tan llenas de pecas como mis mejillas y tengo la piel que rodea a las uñas destrozada, mientras que las suyas son bonitas, con esa manicura tan colorida y sus múltiples anillos. Pero eso no me impide girarla y entrelazar nuestros dedos.

—Marcos es como… supercallado para sus cosas, ¿sabes? Le cuesta mucho hablar de sus movidas, hasta conmigo. Cuando sus

padres se divorciaron, casi no nos contó nada, y eso que él lo pasó regular. Tampoco decía nunca quién le gustaba o así cuando íbamos al instituto. A mí, por ejemplo, bueno, me han educado de otra manera, creo. —Olivia tiene su mirada en nuestras manos, así que soy capaz de seguir con la conversación atento a sus reacciones. No he hablado así de Marcos con nadie más hasta ahora, a pesar de lo que estoy diciendo—. En mi casa siempre nos contamos las cosas; *esto* reconozco que no, pero… nunca les he ocultado que soy bisexual. Creo que por eso tampoco he ocultado nunca con mis amigos que también me gustaban los chicos, porque en mi familia siempre hablamos de cómo nos sentimos.

—Qué guay —se le escapa a Olivia, que aprieta mi mano como si quisiera pedirme disculpas por la interrupción. Yo me limito a devolverle el apretón.

—Supongo que sí…, aunque eso hace también que ahora me sienta un poco mal por no contarles lo de Marcos. Lo de que no estamos bien, quiero decir.

Con su mano libre, Olivia alcanza su vaso y da un largo trago de refresco. Soy consciente en este momento de que nunca había sostenido durante tanto tiempo la mano de otra persona.

—¿Y por qué no se lo dices?

No sé cómo explicarlo, pero creo que me gusta que pregunte. Que yo confiase en ella haría que ella confiase en mí —eso es lo que pensé antes—, darle pie a hablar sin la vergüenza que traía consigo…, pero también ha hecho que yo mismo tirase la primera piedra en el muro que había construido alrededor de todo esto.

—Porque me da vergüenza —reconozco, sin evitar ya morderme las cutículas. Pero Olivia prácticamente me arranca la mano de la

boca y la une a la otra que ya tenía retenida, sujetando ambas entre la suya y la mesa. Los dos nos sorprendemos del gesto y ella se sonroja—. Ya te digo que Marcos nunca contaba nada, y yo tenía claro que no le iba a confesar lo de que él me gustaba, pero un día llegó y de pronto me soltó que era gay. Solo a mí, sin anestesia ninguna.

—Y te envalentonaste.

—Sí.

Los labios de Olivia se transforman en una sonrisa tierna, y eso me avergüenza aún más.

—Pero yo no le gustaba, qué le iba a gustar. —La presión sobre mis manos se intensifica bajo el tacto suave de sus dedos—. ¿Fue hace como medio año? Y ahora todo está bien en el sentido de que, bueno, ya no siento eso por él. Creo que en realidad era más platónico que otra cosa… o que tener la confirmación de que no pasaría nada entre nosotros era lo que necesitaba para sacármelo de la cabeza, no lo sé. Pero todo se volvió un poco raro, claro. Más aún cuando nos dijo que se había echado novio. Al mes o así.

Olivia no hace ningún esfuerzo por disimular una mueca y yo tampoco intento retener la carcajada que su gesto me produce.

—Vamos, que por eso te lo dijo. Porque ya había un chico.

—Eso mismo deduje yo.

—Ay, pobre, Andrés —lo dice con su labio inferior entre sus dientes para no reírse, pero yo vuelvo a permitir salir mi risa.

El ambiente entre los dos es ya completamente diferente y no tiene nada que ver con cómo nos sostenemos los dedos el uno al otro, aunque es algo que lo hace más visual. Algo que hace real lo

que ya parece un intercambio de información. O una amistad. Sí, me gusta más eso.

Pero no quiero ni darlo por sentado ni hacerme ningún tipo de ilusión.

—Estoy bien, ¿eh? Primero, porque tengo más amigos. —Ahora sí que Olivia ríe con ganas—. La cosa está rara entre nosotros, a solas, pero seguimos quedando todos. Somos cuatro. Y mis padres no lo sabrán, pero me llevo genial con ellos y no nos ha afectado más allá de que me sienta un poco culpable por no habérselo contado. Bueno, y mi hermana…, pfff, María es increíble, está loquísima. No, en serio —me apresuro a añadir cuando la oigo volver a soltar una risita—, es un terremoto, nunca te aburres con una cría de siete años al lado.

—Yo soy hija única. Y ahora vivo sola. Con un gato.

—¿Independizada? Qué guay.

Olivia asiente en un suave cabeceo, sin muchas ganas. Pero no quiero preguntar.

Además, ya he dicho todo lo que tenía por decir. Porque no creo que le interese demasiado mi vida universitaria. No hay nada especialmente interesante ahí, eso lo tengo bastante claro.

—Pero también me siento un poco sola —dice Olivia. Y lo sé, no sé por qué, pero sé que ahora es cuando va a volver la Olivia que conocí anoche. La cantante cabizbaja, la chica asustada—. No solo en casa. En general, me siento sola. Creo que por eso me sentí tan bien ayer…, solo suelo hablar así con mi gato. Profiterol. —«¿Profiterol?», pienso divertido. También me hace bastante gracia imaginarla contándole sus secretos a un felino. ¿Lo hará con él acurrucado en su regazo, como los villanos de las películas? Me

obligo a apartar esa imagen de mi cabeza, por muy graciosa que sea y por mucho que también un brillo divertido asome en los ojos de Olivia. Porque ella se merece que la escuche de verdad—. Este mundo te mantiene rodeada de gente, pero al mismo tiempo te aleja de las personas, ¿sabes?

Lo cierto es que no lo sé, no sé nada sobre lo que rodea a Olivia más allá de lo que sale en los medios de comunicación y las redes sociales, pero asiento. En realidad, creo que Olivia no es consciente de ello, pero resulta atrapante escucharla hablar. Hablar desde *su* verdad.

—Es frenético, te mantiene de aquí para allá, trabajando en mil cosas, aparentando en otras tantas… No lo sé, lo cierto es que sí que estoy bastante sola, no es solo una sensación. —Se encoge de hombros, pero también toda ella parece empequeñecerse en su silla; aprieto sus manos entre las mías, como si con ello calmase el suave «ayúdame» que parezco escuchar de su apariencia minúscula—. Cuando estábamos en Girl-lies, apenas nos relacionábamos con nadie más que no fuéramos nosotras, así que… no tengo más amigas. Ni más entorno, en general. No teníamos mucho tiempo para nada más que ir a todas partes juntas. Y ahora, con cada una por su lado…, que hacemos por vernos, ¿eh? Y hablamos a menudo por WhatsApp. Pero no tengo a nadie más, ni sé exactamente cómo hacer amigos.

Olivia mira con exageración a su alrededor, con una mueca en los labios de lo más graciosa, y se me hace imposible no reírme. Ella también lo hace.

—Imagino que no es muy fácil conocer gente cuando, bueno, eres… ¿famosa? —Una de sus cejas se alza ante mi duda, pero no

con altanería: con diversión—. A ver, eres famosa. Claramente famosa. Muy famosa. —Consigo que se ría de nuevo—. Pero no sé si te incomoda o algo así. En plan, que todo el tiempo te recuerden que eres la hostia.

—Guau, la hostia. —Me parafrasea con cara de disgusto—. No creo ser la hostia para nada.

Yo no la contradigo. No lo hago, aunque ser una de las integrantes de la *girl band* de mayor éxito que ha visto nacer este país me parezca ser bastante la hostia, solo por cómo se queda mirando la mesa. Por la seriedad con la que observa la madera, como si estuviese maquinando algo. Juro que soy capaz de ver cómo los engranajes en su cabeza se mueven, giran e hilan sus pensamientos.

Si la mente de Olivia fuera una placa base, estaría echando humo. Y no sé si podría rebajar su temperatura.

—Pero sí que quiero ser la hostia —dice entonces.

Y vuelve a mirarme. Y lo hace con mayor convicción de la que he visto en ella en las no tantas horas que siento conocerla de verdad, más allá de Ruki de Girl-lies, pero sus ojos mantienen ese grito de «ayúdame» que creí ver antes.

Aprieto su mano con fuerza, sintiendo cómo uno de sus anillos se clava en mi piel. Pero no me importa.

—Vas a ser la hostia —le digo con la misma seguridad. Porque estoy seguro de ello: nadie está tan angustiado por algo que no le importa, que no necesita, que no siente que le merece la pena—. Todo el mundo lo va a pensar.

Olivia agacha la mirada durante unos segundos…, pero luego alza la barbilla y sonríe. Y es una sonrisa pequeña, pero con un brillo distinto.

Yo también sonrío, y se siente algo. Se siente un pacto. Ninguno lo ha dicho, pero sé que esto va a volver a ocurrir, que esto va para largo. Que a Olivia le costará hacer amigos todo lo que ella quiera, pero que ahora nosotros lo somos.

—Creo que me tengo que marchar ya. —La sonrisa no se le ha borrado aún cuando pronuncia esas palabras—. Pero… me da un poco igual —confiesa con picardía, y vuelvo a reír. Debajo de esa inquietud y de las capas de filtro que es evidente que su mundo ha colocado sobre ella, también se aprecia que Olivia es una chica divertida. Aunque parece que *todo lo otro* manda un poco más sobre ella y un gesto sombrío no tarda en regresar—. Me acojona no conseguirlo. Tener que dejar todo esto. No dar… la talla. No poder hacer mi música y decepcionar a todo el mundo.

—Pero ¿no hacer tu música te duele por ti o por los demás?

Mi pregunta debe caer sobre ella como una losa, pues se congela por un momento. Sus ojos no miran a ninguna parte y siento la piel de sus mejillas más pálida. Me regaño mentalmente por haber tenido tan poco tacto, cuando…

—Por los dos —responde Olivia. Y sé que está convencida de que lo piensa de verdad. De que es importante para ella no fallar, pero también de que otros no sientan que ha fallado. O, dicho de otra manera, hacer sus canciones y poder regalarlas… estando a la altura que todos han fijado para ella, incluida ella misma.

Ahora no necesito un «ayúdame», porque genuinamente siento que quiero hacerlo. Y quiero que Olivia sienta que puede pedírmelo en voz alta.

No tardamos mucho más en levantarnos de la mesa, pagar al dueño y salir a la calle. En el exterior, Olivia mira a su alrededor un

buen número de veces, se ajusta y reajusta las gafas de sol y sus manos juegan con las mangas de la sudadera. Así, no creo que nadie pudiese imaginar que es una tía que ha cantado encima de escenarios en los estadios de mayor envergadura de este país —y de otros—, que ha firmado discos, vinilos y lo que se le pusiera por delante hasta agotar la tinta del rotulador y que ha tenido, tiene y tendrá a miles de marcas y empresas dispuestas a pagar cifras insultantes a cambio de contenido en sus redes sociales.

Pero yo sé que es una chica capaz de ponerse sobre sí misma un papel en el que hace todo esto. No por nada el cuarto al lado del mío está lleno de *merchandising* con su cara o de productos que llevan tras de sí una publicidad bajo su sello. Si no fuera porque María solo tiene siete años, todos sabemos bien que tampoco me habría librado de haber ido con ella a alguno de los conciertos de Girl-lies, y lo cierto es que ahora tengo curiosidad: ¿por qué no les insistí yo también a mis padres cuando mi hermana preguntó y le dijeron que tendría que esperar a ser un poco más mayor?

Quizá estoy pensando en todas estas cosas no solo porque las despedidas en general me parecen momentos incómodos y aún me pone un poco nervioso el no saber del todo cómo interactuar con Olivia…, sino porque me está abrazando. Y yo a ella, obviamente.

Solo dura unos segundos, pero siento por primera vez eso de que «se para el tiempo». Nunca me había abrazado una chica guapa y famosa. La hostia.

—Nos vemos pronto —dice con las mejillas también arreboladas. Solo eso, nada más. Y sé tanto que es verdad como que me muero de ganas.

Me marcho y dejo a Olivia con el teléfono en la oreja. Exactamente igual que anoche; aunque completamente distinto.

Capítulo 3

Andrés y yo pasamos toda la semana intercambiando mensajes de texto; esta vez sí, con mi teléfono móvil de verdad. Me cagué un poco en el momento y recurrí al de emergencias que tengo siempre guardado por si, bueno, eso, hay una emergencia o qué sé yo… Este mundo te enseña a ser desconfiada.

Pero justo antes de irnos, cuando él hizo el amago de buscar su cartera, dije:

—Espera, ¿tienes un boli? —Andrés rebuscó en su mochila y, cuando me entregó uno, yo utilicé su tinta azul para escribir mi número de teléfono en una servilleta arrugada. Justo entre el típico «gracias por tu visita» y el nombre en mayúsculas del local que había acogido toda nuestra conversación—. Este es el de verdad. Ahora tú también puedes llamarme.

Los nervios se apoderaron un poco de mí cuando le pasé el papel, pero Andrés lo cogió con ambas manos y miró los dígitos de la misma manera que yo había hecho la noche anterior. Casi veía cómo sus ojos castaños repasaban cada número uno a uno.

—Sabes que podrías habérmelo apuntado directamente en mi teléfono, ¿no? O habérmelo dictado. —Noté cómo mis mejillas se coloreaban y estaba a punto de soltar una disculpa avergonzada cuando Andrés me lo impidió—. ¡Que es broma, Olivia!

Pero se guardó la servilleta en la mochila, incluso una vez lo había dejado registrado en su agenda de contactos. Y no hemos parado de hablar desde ese día, cuando él, nada más llegar a su casa, me mandó una foto del dormitorio de su hermana para demostrarme que «no mentía cuando decía que era fan»; yo le respondí con otra de Profiterol subido en la campana de la cocina para demostrarle que «sí, es naranja y, sí, está loco».

No sé exactamente en qué momento eso se convirtió en la dinámica de mi vida. Responder a sus wasaps y mandarle otros nuevos, quiero decir. He visto sus *stickers* de gatitos desde el asiento trasero de cualquier *Unknown Car*, he contestado a sus memes en los descansos entre fotos y reuniones y he charlado con él de cualquier cosa en cualquier rato disponible. Como ahora, que ni con la cámara del ordenador enfocando a mi cara y los rostros de mis amigas ocupando mi pantalla desde sus casas soy capaz de soltar el teléfono móvil.

¿Es algo maleducado? Sí, pero hace tiempo que no me siento del todo cómoda ni con mis amigas. Y esto es aún más difícil de explicar que nuestra facilidad para intercambiar mensajes de texto: nunca había sentido con nadie la confianza que siento con Andrés.

Quizá porque no me conoce y no le conozco, quizá porque me escucha desde la inocencia y el optimismo de quien no sabe nada del universo que me rodea, quizá porque lo hace todo más sencillo el sentir que no le voy a decepcionar.

Aunque sí que reconozco que hoy estoy más pasota que de costumbre con esta conversación que estamos teniendo. Sin duda, los mensajes de Andrés —me habla de la película que él y María ven desde el sofá de su casa— se están sumando a que últimamente no sepa qué decir ni cómo.

—Y entonces me piré —escucho decir a Laia mientras le envío a Andrés un *sticker* de un pajarito gritando: su hermana está cantando el tema de la escena en la que están mientras baila con su peluche, y la imagen me parece una monada—. Que vale que nosotras hablamos de nuestra relación, pero tampoco preguntes eso, ¿no? Ya te daré yo los detalles que quiera.

Levanto la mirada hacia mi amiga —tengo el móvil por debajo de donde alcanza la cámara, tampoco soy tan cantosa— para encontrarme con su rostro todavía molesto por su anécdota. Y debo decir que aún me sorprendo un poco cuando la miro. No porque a su lado esté Daniela, ambas tiradas sobre la cama de matrimonio del piso que comparten, sino porque, a diferencia de su novia, ella aún no se ha puesto el pijama y no me acostumbro a su nueva imagen.

Sé cómo es Laia más allá de Mili; siempre lo he sabido porque la conozco en las distancias cortas, pero han sido muchos años de ver su cabello castaño recogido en moñitos o coletas altas… y ahora no parece el mismo. Siempre suelto y con ese nuevo corte, desenfadado y revuelto. Aunque sigue chocándome más que no la envuelvan los colores pastel: en sus labios aún se aprecia el carmín rojo —aunque casi se vislumbra ya más en los de Daniela—, y su blusa ajustada lleva un encaje negro precioso en la zona del escote.

Cuando se definieron los perfiles que habría en Girl-lies —qué personaje tomaríamos cada una—, la discográfica siempre pensó

que Mili sería la favorita de los más pequeños por la ternura tanto de su apariencia como de su personalidad. Por ser mona. Sin embargo, fue Darku, su actual pareja, quien se llevó toda esa atención, en especial de las niñas, que la admiraban por su carácter echado hacia delante y su sinvergonzonería. En cambio, en los eventos con fans, quienes se volvían locos de emoción con Mili eran los hombres adultos, de unos cuarenta para arriba. Nunca lo hemos hablado, pero creo que, en realidad, fue eso lo que llevó a Laia a pegar el volantazo en cuanto el grupo se separó: ahora, con sus letras y la imagen que proyecta en sus redes sociales, busca su *fandom* en las chicas sáficas, y se nota.

Es guay si te paras a pensar que en Girl-lies no podíamos ser referentes de nada más allá del mensaje del esfuerzo y la lucha por los sueños, que nuestro tono era completamente blanco y familiar, sin poder opinar o reivindicar apenas nada. Ahora Mili habla a las chicas que desean a otras chicas, algo que no solo no pudo hacer antes, sino que tenía que callar que quería hacer y que a ella le habría gustado escuchar en otras cantantes. Y, bueno, lo más importante: que Laia está contenta con esto, que le gusta mucho más esta Mili que tiene mucho más de sí misma.

Daniela, a su lado, finge aplaudirla por su desplante a un periodista y le besa la mejilla, devolviendo a su piel parte de su pintalabios. Si me paro a pensarlo, es divertido saber que estoy viendo en pijama a una tía que consiguió un disco de oro con su primer álbum en apenas semanas. Aunque no sería raro tampoco para nadie que acudiese así a cualquier sitio: Darku, Dani y Daniela comparten bastante lo de ser unas pasotas y divertirse saltándose un poquito las normas. Pero que conste que en las entrevistas

conjuntas ella siempre iba de que era mala estudiante y no cateó una en su vida.

—No os vayáis a poner moñas, que ya os aguantamos suficiente en las giras. —Es Luisa la que lo dice, con un deje divertido que recuerda el papel de payasa al que jugaba siendo Sol. Porque ella habrá dejado la música, pero sigue siendo nuestra amiga, una más en encuentros como este. Ah, y tiene razón: nosotras supimos que estaban juntas mucho antes de que se hiciera público. Vero también la tenía cuando el otro día me recordaba que sabía que todas habíamos tenido nuestras historias.

—Sabemos que por eso te piraste: estaba cantao' que en algún momento también serían dos lapas mediáticamente y no querías tener ningún tipo de relación con la movida. —Ahora es Emma la que habla, mirando a cámara sin gafas de por medio; siempre fueron un complemento para remarcar que Plash era la lista—. ¿Recuerdas la de veces que nos preguntaron por ellas los periodistas, Olivia?

Claro que lo recuerdo. Igual que claro que sé que en realidad la intención de su pregunta es solo que forme parte de la conversación.

—De menuda te libraste —bromeo sin dejar de asentir—. Huiste a tiempo.

Y no estoy segura de hasta qué punto eso es una broma.

—Pues ¿sabéis quién va a huir ahora? —suelta de pronto Daniela mientras se pone de pie—. Una servidora, que tiene ganas de cenar a saco. Y tú te vienes conmigo, princesita. —Me saca una sonrisa automática escuchar cómo continúa tomándole el pelo de la misma

forma que lo hacía cuando estábamos en Girl-lies; Laia también pone los ojos en blanco exactamente igual, pero se deja hacer.

A la pareja la sigue Emma, que dice no haber terminado todavía su parte del guion para el pódcast en el que está. Lo he escuchado alguna vez y es interesante. Pero estoy pensando en él solo para fingir que no escucho a la voz que intenta explicarme por qué debería despedirme también de Luisa y cerrar a la vez la videollamada que nos ha unido a las cinco.

La ignoro.

—¡¿Cómo estás?! —le pregunto, pero mi voz sale tan atropellada que: uno, parece un grito; dos, puedo ver el sobresalto en los ojos de Luisa—. Con tu vida ahora, quiero decir. Siento que… no hablamos mucho de eso. ¿Estás contenta?

Mi amiga me sonríe. Su mirada sigue teniendo ese brillo pizpireto de siempre y su cabello, de un rubio claro que la hacía diferenciarse muy bien de nosotras, está igual de alborotado también, con sus rizos cruzando su rostro continuamente. Ella no los aparta, pero aleja un mechón con un soplido divertido.

—No me puedo quejar. Me encanta lo que estudio y compartir piso se siente como cuando nos íbamos de gira por ahí. Mis compañeras os encantarían.

Eso sigue sorprendiéndome. Luisa, como todas nosotras, debería poder costearse un piso para ella sola. Sí, vale, ahora no está «haciendo dinero»…, pero hemos hecho el suficiente como para vivir holgadamente un tiempo. Luisa decidió dejar todo atrás cuando se hizo a un lado, incluidos los ceros en su cuenta bancaria: son sus ahorros, de los que saca la cifra necesaria con la que aportar su parte del alquiler y con los que colabora también con sus padres,

aunque tampoco mucho porque también están de acuerdo con que lo guarde. De hecho, como cualquier universitaria, pronto se irá a casa de sus padres a pasar el verano, en cuanto termine los últimos exámenes.

—¿Por qué lo dejaste todo? —Y lo suelto a bocajarro porque en realidad ya sé la respuesta. Porque lo repitió en varias ocasiones cuando se decidió el fin de Girl-lies y porque ha resonado en mi cabeza cada vez que un periodista me ha preguntado por ella y yo me he limitado a responder que no era asunto mío. Sin embargo, sigue costándome creerlo.

—Ya os lo he dicho: para mí se acabó la diversión —dice con la misma simpleza de las veces anteriores y añadiéndole un suave encogimiento de hombros—. Para mí la música era algo divertido que hacer con amigas. No tenía sentido seguir sin vosotras ni me veía preparada para afrontar la industria sin vosotras. Y tampoco es como si fuera el sueño de mi vida. O sea, la música tuvo su momento y ya está. Surgió, me gustaba y fin.

—¿Y la biología sí es tu sueño?

Luisa asiente, con una mueca divertida en sus labios. Por mi mente pasan todos esos momentos en los que empezaba a hablarnos de curiosidades que había visto en documentales —o en sus apuntes cuando se matriculó en la carrera—; también le brillaban los ojos, pero de una manera distinta.

—La verdad es que sí. —Su sonrisa se amplía, y me parece escuchar voces en alguna parte de su piso, pero mi amiga las ignora, ni siquiera echa un vistazo fuera de la cámara para buscar a sus compañeras—. Además, ¿cómo trasladas el «ser divertida» a una carrera musical?

Sé que es una broma, pero me siento duramente identificada. Y no me gusta. Se me forma un nudo en la garganta.

—¿No lo echas de menos? La música, los focos…, la gente.

«La gente», resuena en mi mente.

Luisa ni siquiera ha mantenido sus redes sociales oficiales.

—Mmmm, a veces. Pero porque era divertido vivirlo con vosotras. Os echo más de menos a vosotras, en realidad. —Finge un puchero, pero no me río. Aprieto mi teléfono entre los dedos cuando noto que vibra; seguro que es Andrés—. Oye, ¿tú estás bien, Olivia? ¿No tendrás… dudas?

Y no debo estar usando toda la fuerza que creía, pues el móvil se me escurre de las manos y se estampa contra el suelo cuando escucho su pregunta. Lo cual me viene muy bien para huir de ella. Aunque yo no tengo dudas, lo que siento es miedo. Pero eso tampoco se lo digo.

—Patosa —bromea Luisa una vez que me incorporo de nuevo en mi silla y le muestro el dispositivo que he recuperado del suelo—. Si te viera Vero…, con los bailes que nos marcábamos. Yo también tengo que irme, ¿vale? Que me toca a mí recoger el tendedero y, si no, me matan. Pero estoy aquí si lo necesitas, ¿eh?

Me limito a quitarle importancia y salir también de la videollamada. Pero en realidad le doy tanta importancia que lo primero que hago es llamar a Andrés: en su último mensaje me decía que la película con su hermana ha terminado.

Un par de días más tarde, volvemos a vernos en el mismo local a las afueras en el que quedamos la última vez. Andrés termina de sorber por su pajita —un batido de vainilla que me he quedado con las ganas de pedir yo también— antes de hablar:

—Quizá deberías hablar con ella de todo esto. Al final, está fuera de todo esto.

—Tú también lo estás —replico al momento, como si la idea de contarle algo a Luisa me produjera urticaria. No es nada contra Luisa: tampoco podría hablarlo con Daniela, Emma o Laia.

Él rueda los ojos, y da otro sorbo a su bebida.

—Ya, pero ella también ha estado dentro. —Sí, y es algo que no es tan fácil de olvidar. Después de todo, me encuentro a menudo explicándole a Andrés cosas que yo veo obvias o quitándole optimismo a su tono confiado cuando habla de según qué asuntos—. ¿Sería tan horrible si hicieras como Luisa? Quiero decir, está claro que ahora mismo esto no te está haciendo muy feliz.

Huyo tanto de imaginarlo como de responder, y Andrés debe darse cuenta al verme mirar fijamente mis anillos por encima de mis gafas de sol.

—¿Qué significa para ti la música?

En esta ocasión, su duda me hace tomar aire con fuerza por la nariz.

—Es todo lo que sé hacer.

—O igual no.

No siento la frase de Andrés como un ataque, ni siquiera como desaliento. Este chico sabe la angustia que me sobrecoge con todo lo que me rodea, la incertidumbre y presión que siento, lo que me desagrada tener que, pese a todo, dar esa sensación de irreal felicidad. Y también le he contado lo de septiembre. Que, si termina el verano sin tener un proyecto, me quedaré sin contar mis propias historias.

A menudo siento de verdad lo que le he dicho, porque en mi vida no he hecho otra cosa. Empecé en esto muy joven; no era buena estudiante. No sé qué sería de mí si hiciese como Luisa; no sabría qué hacer si me despidiera de la música. Pero, en realidad, cuando he pronunciado esa frase, lo he hecho con el recuerdo en la cabeza de la emoción en la cara de los fans, de sus sonrisas y lágrimas, de sus palabras. A veces me cuesta recordar sus voces, como si me doliera lo lejanas que las siento ya.

Pero quiero alejar ese pensamiento de mi mente, así que prefiero hablar. Con Andrés hablar suele ser más fácil que pensar.

—Mi vida… siempre ha sido la música —empiezo a contarle y, por cómo deja de mordisquear su pajita, sé que intuye que toca historia larga. Yo también he aprendido a leerlo—. En el colegio se dieron cuenta megarrápido de que se me daba bien, que tenía una voz muy bonita cuando cantaba, decían…, y me pasaba el día cantando los temas de las series de la tele y así. Y, como tampoco paraba quieta, me gustaba bailar y era bastante risueña, mi madre creyó que podía funcionar. Siempre le decían que era muy mona, encima. Entonces, mi madre… —Le quito importancia con la mano antes de que pueda decir nada—. Mi madre me crio sola y trabajaba todo el tiempo en lo que le surgiera, así que o no teníamos mucho dinero o no podía pasar mucho tiempo conmigo o ambas cosas. Desde muy pequeña fui a *castings* y pruebas de mil cosas: mi madre intentó potenciar toda esa vena artística, y a mí me gustaba. Me divertía.

Recuerdo las palabras de Luisa. La música para ella era diversión. Para mí también lo era, lo es, pero también está ligada a otros muchos sentimientos. Desde pequeña, he tenido claro que formar parte de la industria musical también conlleva rechazo,

competitividad y el deseo de triunfar. Que la industria es mucho más que querer a la música.

Creo que siempre lo sospeché, pero me quedó aún más claro en un momento muy concreto. Ya no estoy segura de para qué era el *casting*, pero otra niña se puso a llorar y mi madre no me dejó ayudarla. Y ninguna otra niña lo hizo más allá del familiar que, como a todas, la acompañaba. Si ella se iba, era una menos y las demás estaríamos un paso más cerca.

Lo recuerdo horrible. Lo sigo sintiendo horrible. Pero es exactamente así como funciona.

—¿Y así fue como llegaste a Girl-lies? ¿Con un *casting* para jóvenes talentos?

—Sí, exactamente. Como la mayoría de los productos similares, rara vez deberías tragarte el rollito de la amistad —bromeo, con el tipo de anécdotas que nosotras contábamos rondándome la cabeza —. Nosotras también vendíamos ese rollito. Y claro que éramos amigas, lo somos, pero eso vino después. El origen no era el de un grupo de amigas que se dan cuenta de que cantan fenomenal y una discográfica se fija en ellas, obviamente.

—Nunca me había parado a pensarlo, si te soy sincero —reconoce Andrés, que ya ha vuelto a colocar la pajita del batido entre sus dientes. Así, inclinado como está sobre la mesa, con la cara apoyada en las manos y jugando con su merienda, me resulta tierno. Muchas veces al día me encuentro pensando que me parece tierno—. Pero ¿es algo hipersecreto o solo soy yo que no he prestado atención?

—No es hipersecreto, no; se lo puedes contar a tu hermana — comento divertida alcanzando mi teléfono, cuya pantalla brilla con una llamada entrante de Vero.

Andrés guarda silencio cuando me ve descolgar y yo hago poco más que atender a mi mánager y replicar con un sí a todo. Por lo visto, tengo un evento al que ir mañana por la mañana, muy pronto, que no estaba previsto hasta dentro de unos días y ha tocado adelantarlo.

—Este mundo es frenético —le digo a mi ya nuevo amigo nada más ponerlo al tanto de la situación.

—¿Y no te consultan primero? —inquiere él como si nada.

Y, como si nada, apenas unos minutos más tarde, abandono esa silla en la que estaba tan cómoda —y no por el mueble— para regresar a casa sin rechistar.

Capítulo 4

Nunca me ha importado venir a recoger al colegio a María…, aunque el calor que hace hoy no acompaña una mierda, para qué engañarnos. Menos mal que ya está a punto de empezar también con sus vacaciones de verano; lo de que entonces tendré que jugar muchas más horas con ella será problema del Andrés del futuro. Y nos lo pasamos bastante bien juntos, eso también es una realidad. Mi hermana es un terremoto, pero un terremoto divertido.

Este calor me está matando. Miro a mi alrededor y decido refugiarme debajo de un árbol a unos metros de mí, desde donde continúo viendo a través de la verja la puerta por la que saldrá María. Aunque, desde donde estoy ahora, tampoco tardo en darme cuenta de que me llegan retazos de la conversación de un par de chicas que me suenan de vista de otros días. Y no puedo evitar escucharlas cuando oigo el nombre de Ruki.

Ambas miran concentradas su teléfono móvil mientras comentan su contenido y yo pego la oreja. Están siguiendo el directo de un evento en el que está Olivia. Saco mi propio *smartphone* y no me cuesta encontrar —gracias a una cuenta de fans en X— más

información. Es un evento de una marca de joyería que acaba de sacar una línea juvenil cuya campaña encabeza la imagen de Ruki para acercarse a chicas como las que tengo al lado, supongo. La curiosidad me lleva a conectarme también al directo.

He visto a Olivia y a sus compañeras de la *girl band* hablar en público en otras ocasiones, pero nunca en acontecimientos como estos y, ahora que encima la conozco, me apetece verla en uno. No entiendo muy bien de qué hablan porque yo del tema entiendo más bien poco…, pero Olivia está guapísima. Se ha puesto —o le han puesto— un vestido morado muy corto, pero con cuello alto, y lleva cubiertos todos los agujeros de sus orejas con un montón de pendientes, así como también un collar que le llega hasta la mitad del pecho. Tengo bastante claro que no soy el público objetivo de la marca, pero la verdad es que mi atención ya la tienen porque no puedo despegar mis ojos de Olivia, y eso hace que reparar en los productos de la línea sea irremediable.

Creo que nunca me había fijado en lo largas que son sus piernas. Mentira, sí me había fijado.

Vale, esto es… un rollazo. Quiero decir, no me interesa nada todo lo que están contando sobre la historia de la firma y cómo se les ocurrió esta colección y lo diferente que es de la anterior. Los ojos se me van a Olivia por lo guapa que está y también por esto, porque me aburro tirando a bastante. De hecho, a las chicas solo las oigo cuchichear sobre lo mucho que les gusta el vestido de Ruki y sobre qué accesorios de los que lleva son sus favoritos.

Pero entonces, cuando estoy a punto de salir del directo, uno de los periodistas que está cubriendo el evento solicita preguntar también a Ruki. Empieza por cuestiones relacionadas con el evento

en sí —qué es lo que más le gusta de la marca, si le había interesado en alguna otra ocasión o le había llamado la atención ahora por esta nueva línea juvenil…—, pero no tarda en desviarse hacia ella. El periodista le pregunta por sus planes en la música.

Me fijo en cómo Olivia se lame el labio inferior con la punta de la lengua al mismo tiempo que vuelve a subir la mano para colocarse el micrófono frente a la boca, pero una mujer de unos cuarenta años, que hasta ahora esperaba junto a la pared lateral con una carpeta en los brazos, da un paso al frente e interviene. Corta la pregunta, recordando que Ruki no es la protagonista del día, y da paso al periodista de otro medio de comunicación. Asumo que es la tal Vero de la que Olivia siempre habla, su representante.

Mientras me fijo más incluso que antes en Olivia, que se muestra amable y risueña frente a todos…, aunque yo estoy seguro de que por dentro está inquieta, escucho cómo una de las chicas habla más alto con su amiga esta vez:

—¿No puede ella decidir si habla de su futuro? —dice, y su tono suena a reproche—. No sé, no veo para tanto que comentase algo rápido… Ni siquiera le han dado tiempo a que fuese ella la que dijera que no era el momento.

—Bueno, tía, ya sabes…

Tomo aire, fingiendo que no me afecta. Pero me molesta más de lo que lo habría hecho hace unas semanas. Miro de nuevo la pantalla, donde Olivia sonríe de manera perfecta. Brilla tanto que por un momento me olvido y pienso que igual para ella no ha sido para tanto. Quizá se ha molestado más esta chica que ella.

Para cuando veo salir a María del colegio unos minutos más tarde, no solo he abandonado ya el directo del evento, sino que las

preocupaciones han vuelto a mí porque he entrado en las redes sociales y he leído las reacciones a la interrupción de Vero… y cómo tildan a Olivia de niña. Como alguien sin ninguna capacidad para tomar sus propias decisiones profesionales.

Y yo sé bien lo mucho que le preocupa que eso pase. No poder decidir.

En cuanto terminamos de comer y María ya está entretenida jugando sola en su cuarto, me refugio en el mío y llamo a Olivia, que no me lo cuenta en un primer momento.

—He visto lo del evento, o sea, estaba en el directo. —Dudo si decir algo o no, pero decido sacar el tema—. Y he leído un poco sobre lo de Vero.

Un suspiro profundo me llega desde el otro lado de la línea.

—No he visto nada de lo que se ha dicho, ya lo hago bastante poco…, pero me puedo hacer una idea de lo que habrás leído, supongo. —Se hace el silencio para cuando ya llevo un rato maltratando la piel que rodea a mis uñas. Me arrepiento mucho de haber sacado el tema. ¿Y si ella no quería hablar de ello? ¿Y si no tenía ni idea, la he puesto yo sobre aviso y se lo he removido por no callarme? Está claro que soy de poca ayuda, no dejo de ser un pringado que conoce entre cero y nada de los ambientes en los que ella se ha movido durante años—. ¿Podrías venir a mi casa luego?

Su pregunta hace que mi dedo resbale de entre mis dientes y me quedo rígido en la silla.

—Solo si te apetece. No sé, he pensado que, en realidad, es lo más seguro, ¿no?

Las palabras de Olivia tienen sentido, y también su propuesta, pero no lo he visto venir, y mi única reacción ha sido ponerme

nervioso. Creo que tengo que dejar clara una cosa desde ya mismo: no estoy acostumbrado a tratar con personas que podrían potencialmente gustarme. Me explico un poco mejor.

He tenido las amigas justas, poco más que compañeras con las que me llevaba bien y con las que, desde luego, jamás hice un plan fuera del aula; exacto, mi relación más profunda con una mujer es la que tengo con mi hermana de siete años. Y tampoco me he relacionado mucho con chicos más allá de mi grupo de amigos, que lleva siendo exactamente el mismo toda mi vida; por no decir que, como estaba bastante colado por Marcos, mi mente se cerraba otro tanto a algún pensamiento fuera de lo normal para con cualquier otra persona. Esta combinación de elementos —escasa relación con chicas y nulos nervios por estar a solas con alguien— creo que es la que hace que ahora esté al borde del colapso.

Espero que no se me esté malinterpretando porque genuinamente Olivia es mi amiga. Pero ahora mismo estoy un poco tenso y no me voy a avergonzar de admitírmelo a mí mismo.

—¿Andrés? —La voz dudosa de Olivia me devuelve al mundo real —. Es solo una idea, ¿eh?, no pasa nada si…

«Ah, no, eso sí que no —pienso para mí—. Olivia es mi amiga y sobre cualquier otra cosa quiero estar para ella, así que… a tomar por culo».

—Sí, sí, perdona. Me parece bien —digo con una seguridad que no siento. Pero me aclaro la garganta y me permito un poco de sinceridad—: Es que no me lo esperaba.

Olivia me asegura otro par de veces que podemos seguir viéndonos donde los otros días —«O no vernos más»; mira, cuando insinúa esto quiero sacudirla por los hombros— y luego me dicta su

dirección para que la apunte; aunque también me dice que me enviará un wasap con la ubicación exacta por si se ha confundido. Y a mí me sigue pareciendo surrealista. La mayor parte del tiempo ya he conseguido disociar el hecho de que Olivia es una cantante conocida en absolutamente todo el país y parte del extranjero, pero hay momentos en los que esa información me vuelve a asaltar y, claro, me explota la cabeza pensando en la amistad que tenemos.

Aunque la siguiente llamada que entra en mi teléfono móvil tampoco se queda atrás en lo de llevarme al borde del infarto. Es Marcos. Y lo surrealista de verdad es que nuestra amistad haya llegado a un punto tan raro como para que su nombre en mi pantalla me haga dar un bote.

—¿Tienes algo que hacer luego? —me pregunta nada más pasar por los primeros saludos de rigor; hemos hablado tanto por teléfono desde que nos conocemos que mi mente no ha olvidado lo grave que suena su voz a través del altavoz—. Había pensado que podíamos ir a dar una vuelta o algo. Bueno, y también presentarte de una vez a Antón.

Antón es su novio. No sé qué deben pensar PJ y Luis de que ellos lo conozcan y yo no. Sinceramente, con lo incómodo que está todo entre nosotros, no me ha parecido el mejor plan todo este tiempo. No porque me importe; me da igual, en serio. Sino que… creo que podría ser un momento extraño con la tensión en nuestra amistad. ¿Lo sabrá Antón? En plan, le habrá hablado de mí en ese sentido, ¿o no?

—Somos maduros, Andrés, podemos con esto —añade mi mejor amigo (¿aún puedo llamarlo así?) ante mi silencio.

Y sí, estoy de acuerdo, somos maduros —o deberíamos serlo—, pero el día no va a ser hoy. Porque yo ya tengo planes.

—Esto va a sonar a excusa chusta, pero te juro que —empiezo a defenderme de una acusación que aún no he recibido— ya tenía planes para hoy. Ya he quedado.

—¿Con quién?

Es una pregunta bastante lógica. Quiero decir… compartimos amigos. Pero no estoy del todo seguro de si puedo contestarla. ¿Puedo hablarle de Olivia? Mejor que no, ¿verdad?

No sé si se toma mi nuevo silencio como que quiero ocultarle algo o como que no sé qué decir porque me lo estoy inventando, pero le oigo resoplar. Seguro que también ha hecho eso de menear la cabeza de un lado a otro y luego habrá tenido que apartarse el flequillo de la cara con la mano que no esté sujetando el teléfono.

Esto no es *creepy*; hemos sido mejores amigos durante años. Anda, mira, ahora lo he dicho en pasado.

—Mira, Andrés… —Bufa de nuevo y yo sigo dándole vueltas a que me gustaría explicarle por qué no puedo quedar hoy con él y cómo no tiene nada que ver con su novio—. No sé qué te pasa. Quiero decir: no conmigo. Últimamente estás como… ¿ausente? También pasó en el rol, el otro día. Tú no eres de los que está todo el rato con el móvil. Si te pasa algo, yo…, o sea, aún puedes…

Lo que yo decía, que esto sería mucho más fácil si pudiera mencionar a Olivia. ¿Lo del rol? Imagino que se refiere a hace tres días, cuando estuvimos los cuatro echando una partida. Aunque tampoco es como él ha dicho. No estaba jugando con el teléfono en la mano ni muchísimo menos, pero, bueno, igual sí que lo miré alguna vez más de lo que suelo hacerlo. Pero si que yo desconecte

treinta segundos para mandarle un *sticker* a Olivia con el que responderle a algo no afecta a nuestra partida, eso a Marcos no le importa. Vale, puede que esto me cabree un poco. Me molesta ocultar a Olivia.

Aunque, de todas formas, ¿qué diría de ella? Somos amigos, ¿no? Yo creo que es mi amiga, pero no sé si ella pensará lo mismo. O sea, sí, vale, me cuenta cosas que ni habla con sus amigas desde los trece…, eso tiene que significar algo. Pero lo hace precisamente porque no nos conocemos tanto; si no le acojona contármelo a mí, es porque no soy tan importante.

Y luego está eso de que todavía no me he sacado de encima la imagen del vestido morado que llevaba en el dichoso evento. Olivia es muy guapa. Pero yo soy muy poca cosa, aunque no vamos a hablar de esto. De hecho, los silencios entre nosotros a veces son muy cómodos; eso es muy de buenos amigos.

Espera, creo que estoy demasiado callado con Marcos.

—No te rayes, estoy perfectamente —suelto a toda velocidad…, casi tanta como la que empleo en llevarme el pulgar a la boca—. Serán imaginaciones tuyas. Ya hablamos, ¿vale? Que tengo que jugar con María antes de salir, que he quedado. Dale recuerdos a Antón.

—Andr…

Pero ya le he colgado.

Y me arrepiento un poco de cómo he gestionado esta conversación mientras camino hacia la casa de Olivia, porque creo que desde fuera se ha podido interpretar como lo que no era. Juro, y lo hago solemnemente, que no me molesta que Marcos tenga novio. Ni tampoco que me rechazase en su momento. Me molesta más que

los dos lo gestionásemos tan mal cuando pasó, pero eso es algo que reprocharles al Andrés y al Marcos del pasado; esta ya no es mi movida. Al menos, no lo es hoy.

Cuando llego al portal que me indican tanto la dirección que yo he apuntado como la ubicación que está en mi chat con Olivia, lo primero que hago es comprobar mi reflejo en su cristal. No soy ni alto ni bajo, uno setenta y poco. Ni guapo ni feo, mi cara es de lo más estándar, sin nada reseñable más allá de las pecas, porque mis ojos son castaños. Mi complexión también es bastante estándar, tirando más a debilucho que a fuerte, y todo esto de ser un tío del montón también se ha trasladado a lo académico. Sí, siempre he sido buen estudiante, pero sin llegar a la excelencia, sino como uno más en una clase abarrotada.

Me gustaría decir que no sé por qué estoy pensando en todo esto, pero lo cierto es que lo sé perfectamente. Todavía no termino de comprender qué ha visto en mí Olivia para que quiera que seamos amigos —con todos los riesgos que supone para ella— cuando no tengo nada especial. Pero, como no puedo responder a eso, pulso el timbre que corresponde a su piso y permito que su intenso pitido taladre mi cerebro de lado a lado.

Al salir del ascensor en la planta a la que me dirijo, veo cómo la puerta al fondo del rellano está entreabierta y Olivia asoma la cabeza por ella después de que yo dé el tercer paso sobre el suelo de baldosas. Me sonríe, tímida, y correspondo de la misma manera.

Continúo flipando cuando me siento en el sofá de su salón, aunque no estoy seguro de si es por el pedazo de *tour* que me ha hecho por un piso cuya estética es tan moderna como impersonal… o por la cara de mala hostia con la que me mira una bola de pelo

naranja que me ha bufado en cuanto hemos establecido contacto visual.

Nunca me han dado miedo los gatos, pero este me tiene completamente acojonado.

—No está acostumbrado a gente en casa, solo vienen las chicas, y muy poco —me explica Olivia con vergüenza en los ojos mientras se coloca a mi lado, también con la mirada sobre el felino. Profiterol. «Pues no será el nombre por lo de dulce», me contengo de decir en voz alta cuando recuerdo su nombre—. Y siempre se lo cuento todo a él…, que no me da réplica.

Algo similar me dijo en otra ocasión, y sonrío. Sonrío por la imagen de Olivia hablándole a su gato, pero también sonrío por lo de que ahora comparta esos secretos conmigo.

—Le da miedo que le quite el puesto de tu confesor —bromeo, pero Profiterol vuelve a bufarme, con el pelaje del lomo completamente erizado, y mis hombros se tensan—. Estoy de coña, Profi, por favor.

Olivia suelta una sonora carcajada y yo me siento algo así como la persona más graciosa del mundo. Y se produce uno otra vez. Uno de esos silencios cómodos, quiero decir. Noto que está nerviosa de tenerme aquí, en su casa, pero ninguno se esfuerza en llenar de palabras el espacio entre las paredes que nos rodean. Solo compartimos el tiempo el uno al lado del otro mientras miramos a Profiterol, que de un salto se ha subido a un jarrón sobre el mueble del salón y se ha quedado dormido; sí, encima del jarrón, cosas de gatos, supongo.

Tan solo unos minutos más tarde, me encuentro a mí mismo contándole a Olivia mi conversación telefónica con Marcos, aunque

omito la parte en la que quise hablarle de ella y no lo hice. Y, justo después de ofrecerme un refresco de naranja, Olivia me habla también de cómo se siente con respecto a lo que le ha pasado esta mañana. Me habla de que no sabe nada de lo que se dice sobre ella —a lo que yo hice mención en nuestra llamada—, pero que sí que era consciente de que se estaría hablando del tema: porque «siempre hablan» y porque Vero le dijo nada más acabar que no entrara en redes sociales.

Aun así, se nota que le afecta. Incluso sin saber qué se opina, solo con tener la certeza de que se está opinando, Olivia ya no está cómoda. Uno pensaría que una persona siempre expuesta a críticas debería estar acostumbrada a las valoraciones externas, pero… ¿acaso no queremos todos gustar? ¿No nos incomoda saber que no podemos tener el aprecio de todo el mundo?

Le doy la mano de la misma manera que ella supo elegir el momento en el que preguntarme si quería beber algo: como una huida. Como un flotador con el que salvarse de algo que sabemos que no podemos arreglar en este momento.

Los nervios han estado conmigo toda la tarde, desde que Olivia propuso que viniese, pero estas horas han estado llenas de confidencias, sonrisas y bromas, y creo que no hay nada que resulte más cómodo que eso. Me siento a gusto, tranquilo.

—Este es un lugar seguro —dice ella cuando se hace tarde y me acompaña a la puerta, pero devolviéndome ese sentimiento de comodidad que me ha asaltado en su sofá, con ella relajada a centímetros de mí, en vaqueros y con un vaso de refresco en la mano—. Podríamos quedar aquí más veces.

Claro, se refiere a que es más seguro que cualquier otro lugar. Pero sus hombros también están más sueltos ahora que cuando llegué.

—Me parece bien. Aunque no sé si Profiterol estará de acuerdo con nosotros.

Y me marcho. Sin embargo, de nuevo en su ascensor, reconozco que lo hago con un sentimiento agridulce a pesar de todo. Ha sido divertido y me reconforta saber que también ha sido de ayuda para ella tenerme a su lado, pero hoy he sido verdaderamente consciente de lo que significa estar expuesto, el que todos opinen y cómo le afecta a Olivia ser el centro de atención durante horas solo por unos segundos de vídeo.

Soy incapaz de olvidar cómo le temblaban las manos al saludarme, incluso mientras miro las mías ya entre mis sábanas a las doce de la noche.

Capítulo 5

El reflejo que me devuelve el espejo cuando me levanto no me muestra mi mejor versión, precisamente. Tengo bastante mala cara, con los ojos hinchados y una nada despreciable cantidad de ojeras; me ayudó bastante la presencia de Andrés, pero me costó mucho quedarme dormida. Y preferiría decir que fue todo solo por saber que estaban hablando mal de mí —la incertidumbre ha podido conmigo otras veces en este aspecto—, pero esa no es la verdad. La verdad es que no pude mantenerme al margen y terminé buscando mi nombre en internet cuando me quedé sola. O, lo que es peor…, en X.

Es la peor idea del mundo, una idea horrible porque jamás es buen plan buscarse a uno mismo en esa red social. Pero lo hice. No sé si pensaba que me daría algún tipo de paz comprobar que «no es para tanto»; no sé si algo dentro de mí creía que no podía leer nada tan horrible si lo que había pasado tenía poca relevancia. Supongo que a veces no es necesario que algo tenga importancia para ponerse a teclear sobre ello.

Cuando apagué la luz y me tapé la cabeza con la almohada, en lo único que podía pensar era en que me sentía esa niña de la que hablaban los medios de comunicación. Y que me aterraba darles la razón a los de X en septiembre si llegaba al punto en el que mi música tenía mi voz, pero no mi verdad.

Sin embargo, todo eso ahora no importa. Lo que importa ahora es que mi cara no puede tener esta «mala imagen» en este momento. Con ayuda de una esponjita, me aplico mucha base en la cara y rebusco en mi neceser hasta dar con el labial más vistoso de mi colección. Si la atención se la lleva toda mi boca, no quedará nada para la zona que rodea a mis ojos. Y, como si nada, cuando termino de arreglarme comparto en *stories* una foto que le saqué antes a mi desayuno.

Apenas diez minutos y un beso a Profiterol después, estoy sentada en un *Unknown Car* junto a Vero. Mi representante revisa la pantalla de su teléfono mientras mi mirada está fija en la mampara oscura que nos separa a ambas del conductor o conductora que nos lleva a destino. Un destino que me tiene al borde de morderme las uñas.

En realidad es una forma de hablar; nunca me he mordido las uñas. Pero estoy pensando en que Andrés siempre ataca sus cutículas cuando está de los nervios. Creo que pensar en él me calma un poco.

—Es solo una sesión de composición, te has juntado con otros artistas más veces. —«Y mira cómo han terminado», me contengo de replicar, pues Vero no tiene la culpa de que yo sea un desastre—. Aquí están sus usuarios de Instagram; aprovecha para ir siguiéndolos.

Me tiende su perenne carpeta, sobre la que lleva un folio con mucho texto que no me molesto en mirar, porque sé que mi vista debe ir hasta la zona rodeada con bolígrafo rojo. No me equivoco, y hacia la mitad de la hoja están los datos que me ha mencionado Vero.

—Si no sale nada —dice entonces, en referencia a la sesión de composición—, al menos les daremos algo de lo que hablar.

Sé a lo que se refiere. Nunca pasa demasiado tiempo desde que yo sigo a una nueva cuenta hasta que alguien se da cuenta de dicho movimiento *online*. Las teorías sobre el motivo del *follow* estarán servidas en minutos. En casos como el de hoy, siendo también artistas, esas teorías serán jugosas: ¿estaré escuchándolos últimamente como inspiración? ¿Serán gente con la que estoy trabajando? ¿Una colaboración? Y no importa que no vayamos a confirmar ninguna; lo interesante es que haya movimiento mediático, que se hable de mí en calidad de profesional de la música.

El mundo de la música está cada vez más salpicado por las apariencias de las redes sociales, por eso lo primero que hago al pisar el estudio es subir un selfi junto a un micro y haciendo el tonto con un boli y una libreta. Al *fandom* le encantan mis fotos en el estudio, casi tanto como a mi discográfica cuando los tuits sobre el tema no tardan en llegar.

Mientras tanto, yo sigo ansiosa. La última vez que me junté con gente en un contexto como este fue hace dos meses. Acabé llorando tras no llegar a nada, con muchas opciones sobre la mesa y ninguna al mismo tiempo. Vero decidió que había sido suficiente cuando la tensión me hizo perder la capacidad de respirar y ha estado hasta

hoy posponiendo volver a trabajar activamente en música con la excusa de «Ruki está buscando influencias por su cuenta», «tiene un pequeño bloqueo creativo y es mejor no agobiarla forzándola a componer», «le he conseguido unos acuerdos con marcas muy interesantes para su imagen digital; ahora a la gente le gustan los artistas que también son activos en redes, no pasa nada por tardar un poco más en la música si es para labrarle un perfil potente». Imagino que el ultimátum con fin en septiembre y lo que pasó ayer ha precipitado que yo vuelva a estar aquí.

Aunque, por cómo me miran Raquel Monte y Rodrigo Frías —los dos artistas que tengo delante y que son integrantes de un grupo llamado El Mal Día—, creo que Vero los ha puesto sobre aviso de que deben tener un poco de paciencia conmigo. Solo eso explica que sus ojos, cuando están sobre mí, muestren una mezcla entre compasión, cariño y pena. Y lo cierto es que ni siquiera me entristece o cabrea, sino que me avergüenza. Sé que es normal que unos artistas se apoyen en otros para desarrollar sus canciones, en especial si están empezando…, pero no creo que la mayoría necesiten que tiren tanto de ellos como yo.

—¿Cómo te gustaría sonar? ¿Tienes claro qué sonidos quieres incluir, por qué género te quieres mover? —tantea el terreno Raquel, cuyas múltiples pulseras crean su propia melodía con el movimiento de sus manos. Supongo que así son los artistas de verdad: rezuman música en todo lo que hacen—. He traído algunas bases que tenía en mi ordenador por si nos sirven de guía. Tanto para ver si te molan como para descartar lo que tienes claro que no quieres hacer.

Su voz es más grave de lo que esperaba por la sensibilidad que me transmitían las fotos de su cuenta de Instagram y lo suave de

sus rasgos. Tendrá unos treinta años y en el *Unknown Car* me ha dado tiempo a leer en internet que, además de componer para su grupo y ser también soporte de otros artistas, es vocalista y toca el bajo. La envidio, la envidio muchísimo. En Girl-lies era la única que no tocaba ningún instrumento y creo que ahora mismo me ayudaría saber al menos cacharrear con alguno.

Aunque también he descubierto que Rodrigo tampoco toca, pero sí que compone al mismo nivel que su compañera… y forma parte de otro grupo —Mi Amor—, junto a dos chicos más. Es él quien me habla ahora:

—O también podemos hablar antes de las letras —dice, no sé si por mi silencio a la sugerencia de Raquel o porque genuinamente le parece una buena opción el hacerlo así—. Nosotros trabajamos con artistas que prefieren definir primero el tipo de canción, pero otros le dan más importancia a saber qué quieren contar o… Hay muchas maneras de hacer lo mismo. Depende de cada uno. ¿A ti qué te parece mejor?

Me encantaría saber responder a su pregunta. Y a la de Raquel, y a todas las que me imagino que ambos tienen en la punta de la lengua. Pero de verdad que no tengo ni la más remota idea de qué puedo decir. ¿Qué puedo contar? ¿Cómo quiero sonar?

—No lo sé —confieso con un susurro que parece casi un resoplido por haberlo dejado salir a la vez que un suspiro.

Raquel y Rodrigo mantienen su mirada sobre mí apenas unos segundos antes de buscarse el uno al otro. Como si llegasen a un acuerdo tácito solo con los ojos, cuando vuelven a girarse hacia mí, lo hacen al mismo tiempo. Pero me da miedo lo que puedan decir y hablo yo:

—Yo solo quiero… contar cosas —digo con la voz temblorosa y los nudillos blancos de apretar las manos en puños—. Cosas de mí.

Los que son ahora mis compañeros asienten y ella me sonríe.

—¿Se te ocurre algo que quieras contar? Podemos trabajar con lo que quieras y ver qué sale.

—No tiene por qué funcionar desde el minuto uno; a veces es divertido componer algo solo para nosotros, sin pretensiones de que lo escuche nadie. ¿Jugamos un poco con alguna anécdota cotidiana? Igual sirve solo para desbloquearnos el cerebro, o igual nos mola. —Que de pronto parezcan entusiasmados me contagia un poco ese optimismo—. Venga, ¿de qué podemos hablar? ¿Qué hiciste ayer, por ejemplo? —Mis hombros se tensan, pero también los de Rodrigo y los de Raquel, como si se dieran cuenta de que han cometido un error. Me confirman con ello que los tres somos conscientes de que ayer no es el mejor día que tomar como referencia—. Bueno, o durante la semana, a veces no hay nada reseñable en veinticuatro horas.

—Los días son demasiado cortos —intenta aligerar el ambiente ella.

Entonces, medito sobre eso. Juro que lo hago. Pienso en la semana, en mi día a día, en mi vida. Y no encuentro nada. Me doy cuenta de que no hay nada que sienta que pueda contar. Porque no hago nada. Vivo sola, no tengo amigos —porque no puedo hablar de Andrés en una canción— y solo voy a eventos y finjo tener una vida superchula en redes sociales —y eso tampoco puedo decirlo públicamente—. Me hago pequeña en la silla; mido uno setenta, pero de verdad que siento que no llego con los pies al suelo.

Ni a ninguna parte. No llego a nada, no estoy en ningún sitio. No me siento en ninguna parte.

Soy consciente de cómo avanzan los minutos gracias al reloj en la pared, de la misma manera que se nota cómo los ánimos van decreciendo a pasos agigantados. Ellos intentan quitarle importancia a que no sepa qué contar, como si tener la motivación de hacerlo fuera suficiente cuando no sé qué decir. Finjo que no me preocupa —seguro que ellos también lo fingen— y dejo que charlemos sobre la música, sobre géneros y sonidos. En Girl-lies, el éxito nos lo dio el recuperar el casi desaparecido pop *rock* mientras apelábamos a un público genérico: era música comercial, que gustaba a diversos grupos de edad y con ritmos que a todo el mundo le hacían mover los pies. Me gustaba y me gusta lo que hacíamos, pero no estoy segura de si quiero seguir defendiendo lo mismo cuando, además, Dani ya está explotando también ese estilo musical, aunque endureciendo el tono y dejándole más espacio al *rock*.

Mili se ha asentado en el pop, pero dándole un toque extra de sensualidad en las letras y coqueteando a menudo con influencia de otros sonidos, como el reguetón o la electrónica. Y Plash tiene un estilo más íntimo, libre de sintetizadores y con mucha presencia de su voz sin arreglos, haciendo lo que le da la gana bajo la percha del *indie folk*. ¿Por qué han sabido encontrar lo que las define tan bien mientras yo sigo sin tener ni idea de qué camino escoger? ¿Por qué yo no tengo ni idea?

Aunque esto ni siquiera me preocupa tanto, no cuando sigue rondando por mi mente la idea de que estoy segura de que quiero contar cosas, pero no sé cuáles. Creo que no me importa cómo adornarlo, su forma, porque siento que toda la música me gusta. Lo

que quiero es que mis canciones griten que son mías porque yo hablo en ellas.

Sin embargo, no tengo mucho más tiempo para seguir comiéndome la cabeza con eso, porque Vero irrumpe en el estudio con su inseparable carpeta contra el pecho y el teléfono móvil en alto.

—¿Qué tal? —Pero yo sé que sabe la respuesta solo con el barrido visual que hace a la sala, en la que los tres estamos sentados en una mesa con cara de circunstancias—. Tus fans ya han visto tus seguidos de Instagram y los han sumado a la *story*, así que X está cargadito de gente teorizando que estáis trabajando en música. Objetivo mínimo del día, conseguido.

Antes de que pueda darme cuenta, ya estoy de vuelta a mi casa, hasta donde Vero me ha acompañado en silencio después de unas breves y rápidas preguntas de rigor. Para confirmar que no ha ido bien y para asegurarse de que yo sí lo estoy. Solo puedo pensar en lo de «no hacer nada», en esa idea agobiante que me ha asaltado, ese miedo a no saber qué contar porque realmente no tengo nada que contar.

Profiterol me recibe con uno de sus exagerados maullidos desde lo alto de la estantería de especias de la cocina, donde ha decidido que es buena idea espatarrarse. Me limito a acariciarle la barriga después de llenarme un vaso con agua del grifo. Y ya todo eso lo hago con el móvil en la mano y Pinterest abierto. De aquí la gente saca ideas, ¿no? Me dedico durante un rato a saltar de unas fotos *aesthetics* a otras, incluso mientras cocino algo rápido; también mientras me lo como sentada en la mesa de la cocina, con mi gato jugando con los cordones de mis zapatillas.

Ni siquiera lo he pensado dos veces cuando llamo a Andrés por teléfono.

—¿Tienes coche?

Al final llega hasta mi casa en bicicleta. Pero no me importa, porque para entonces yo ya tengo una gorra incrustada en la cabeza y dos hamburguesas bien colocadas dentro de una mochila gigante que alguna marca me envió en algún momento hace meses; irónicamente, creo que era de productos altos en proteínas para después de ir al gimnasio. La parte en la que los dos nos vamos a las afueras de la ciudad a buscar un descampado subidos en la misma bici me la voy a saltar, porque me da vergüenza comentar cómo se me para el corazón en cada desnivel del suelo o cuando Andrés se detiene en un semáforo. Casi tanta como la que me produce el tener que rodearlo con los brazos para no caerme de bruces.

Pero lo conseguimos. Damos con unos cuantos metros de hierba frente a los que solo está la parte de atrás de unas naves industriales antes de que comience la carretera que te saca de la civilización. Y, cuando los dos bajamos los pies al suelo, las mejillas de Andrés están llenas de color, aunque no me pregunto si hay otro motivo tras ello que el esfuerzo de pedalear: estoy muy ocupada mirando sus pecas y pensando que muchas de las responsables de maquillaje que han pasado por mi vida estarían deseando ocultarlas todas.

—Le has echado imaginación al plan —bromea solo cuando ya estamos sentados en el suelo y agarra con las dos manos su hamburguesa. Dice algo sobre que me debe un bizum y yo le quito importancia con la mano. Tiene los labios manchados de salsa

barbacoa y me cuesta un poco desviar la mirada de ellos—. Reconozco que nunca había pillado la bici para irme a tomar por culo a comer una de estas.

Sonrío porque me gusta que los dos estemos haciendo algo nuevo: mi objetivo era conseguirlo para mí, pero, si él también se divierte mientras me ayuda, me gusta aún más la idea. Le acerco el paquete de patatas fritas y juro que se le iluminan los ojos solo de verlas, aunque no suelta su lata de refresco de naranja. Sí, me gusta haber acertado con lo de venir aquí con una mochila cargada de comida basura de mi establecimiento favorito.

—¿Cómo es tu vida? —le pregunto entonces, porque esta es la segunda parte de mi plan—. Qué es lo que haces cada día, quiero decir. Lo que haces en tus ratos libres, qué consideras tus tareas…

Andrés me mira con curiosidad mientras hace desaparecer una patata frita muy lentamente entre sus labios. Veo cómo se piensa su respuesta, aunque con una mueca que me hace sospechar que no termina de pillar mi interés en algo tan banal. Pero es que para mí no lo es. De hecho, para mí es más extraordinaria que banal su faceta de anónimo y estudiante: dejé de ser lo primero a los trece años y lo segundo a los dieciséis. Me produce genuina expectación tanto el saber sobre esas partes de él como el comprobar qué destaca de su vida para responderme, qué considera reseñable dentro de lo cotidiano.

Igual me ayuda a aprender a verlo en mi propio día a día o descubro cómo mirar mi vida de cara a mis canciones.

—Pues… normal, supongo. Cuando tengo universidad, mi rutina es la de ir hasta la facultad por las mañanas y volver a casa a mediodía si tengo la suerte de no tener clases por la tarde. Pista: no me suele

pasar. —Escondo una sonrisa detrás de mi propia hamburguesa. Me gusta mucho cómo habla Andrés. ¿Podría escribir canciones expresándome así?—. Entonces, me quedo a comer en la facultad; tenemos una zona habilitada para eso. Y ya en casa, pues hago los trabajos, estudio… y juego con María. —Andrés para un momento para beber y yo me pregunto si será consciente de cómo se le ilumina la mirada cuando habla de su hermana—. Le saco bastantes años, pero le encanta jugar conmigo. Sobre todo que la peine.

—¿Que la peines? ¿Tú a ella? —pregunto divertida y, durante unos segundos, tengo que esforzarme para no reír, porque me imagino la estampa al contrario, con una revoltosa niña de siete años insistiendo en llenarle el pelo de horquillas.

—Sí. Le hago trenzas o coletas mientras vemos alguna peli. A veces probamos algún tutorial de TikTok y suele ser un despropósito.

Ahora no me contengo y se me escapa tal carcajada que Andrés me mira entre sorprendido y divertido. Y yo decido que me encanta ese gesto: su sonrisa de lado al mismo tiempo que alza ligeramente una ceja y también frunce un poco el ceño.

Nunca he sido una persona considerada graciosa, pero me resulta reconfortante sentir que se lo parezco a alguien.

—Tú no tenías hermanos, ¿no? Y vives sola.

—Eso es.

—Oye, y… ¿cómo es que vives sola? —Su gesto se ensombrece un poco tras la pregunta, justo antes de añadir—: Si no es mucha indiscreción.

Me refugio unos segundos en mi hamburguesa. La verdad es que está buenísima, y la comida siempre lo hace todo más fácil.

—No hay ningún motivo realmente, nada raro ni especial. Solo que, cuando cumplí la mayoría de edad, y con el ritmo de vida que tengo, mi madre pensó que igual era mejor dejarme a mi aire. Podía mantenerme sola y mi agenda solía ser un caos, así que… —Me encojo de hombros, pero Andrés no parece interpretarlo como yo querría; no siento que le quite importancia. Más bien al contrario, pues me mira expectante, como si esperase que continuara hablando. Y eso hago—. No me quejo, creo. Sí que es cómodo no tener que compartir espacios o poner en común planes y eso, pero, bueno… A veces sí que me siento un poco sola. No me importaría volver a vivir juntas; al revés. También ella tenía por fin pareja, y entendí que pudiera querer estar con él.

—Yo no sabría vivir sin mis padres —dice entonces Andrés—. Quiero decir, está chulísimo cuando de pronto se van por ahí de vacaciones un finde, y si se llevan a María con ellos… más aún. Pero no sé si estaría preparado para estar siempre solo. No por madurez o así, más bien… ¿emocionalmente? No sé cómo explicarlo.

—Ya, te entiendo… Todo el proceso de terminar Girl-lies fue complicado; bueno, viví sola el cambio. Llevaba independizada un año.

—¿Estuviste sola entonces? Guau. —«Sí, guau», pienso para mis adentros—. ¿Y nunca se lo has dicho a tu madre? Lo de que te molaría volver a vivir juntas, digo.

Creo que mi silencio es suficiente respuesta. No, no se lo he dicho. Claro que no. Igual que tampoco le dije que estaba asustada con la separación del grupo. Igual que no le he hablado del agobio que siento ahora con mi carrera. Igual que no comparto nada con nadie más. Solo con Profiterol. Y con Andrés.

Doy un pequeño respingo cuando algo me golpea en la rodilla: Andrés ha terminado su hamburguesa, ha hecho una bola con el papel que la rodeaba y me lo ha lanzado. Sonrío y se lo tiro de vuelta. Le golpea en el pecho y finge que le he hecho tanto daño que no solo pone muecas y da gritos, sino que también se tumba boca arriba en el suelo. Me río y él guiña un poco los ojos cuando mira al cielo, pero se queda en esa posición.

Cuando alcanzo el paquete de patatas fritas, vuelve a hablar:

—He sido monitor de campamento varios años en verano —empieza a contarme, retomando el tema inicial sin que se lo haya pedido—. Los niños son divertidos y me lo pasaba genial preparando juegos para ellos o contándoles cuentos cuando nos íbamos de acampada, pero también acababa reventado, la verdad. Aunque no más que cuando María desayuna churros con chocolate. —Vuelvo a reírme y Andrés me señala con un dedo—. No es gracioso, el azúcar altera la química del cerebro de los niños o algo, te lo juro, es una locura… ¿Y en mis ratos libres? Pues tampoco nada del otro mundo. Juego a videojuegos; me encantan los videojuegos. También quedo con mis amigos. Y, no te lo vas a creer, pero… jugamos a videojuegos. —Reímos a la vez y Andrés se acomoda en el suelo, repanchingado como si fuera el salón de su casa—. Aunque diría que jugamos incluso más a rol. Somos una panda de frikis.

No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa, ya que detrás de su frase se intuye una gran cantidad de cariño. Sus amigos son importantes para él; los menciona constantemente. Incluido Marcos, aunque diga que todo es raro entre ellos. Me gustaría preguntarle, pero no quiero incomodarlo; a mí no suele sentarme bien que me pregunten por temas de los que en realidad no quiero hablar.

El papel de mi hamburguesa termina dentro del paquete de patatas fritas cuando acabo con la última y me dejo caer al lado de Andrés una vez que lo he apartado todo a un lado. Noto cómo él me mira por el rabillo del ojo cuando me tumbo, pero no aparto la mirada del cielo.

—¿Sabes que jamás he jugado a rol? Y a videojuegos muy poco también.

Lo oigo reír.

—Vamos, que a poco que diga te sonará a chino y quedaré aún más friki que normalmente. Está bien saberlo. —Pongo los ojos en blanco y él vuelve a reírse—. Yo empecé a jugar a rol con Marcos. Vimos algún vídeo por internet y nos llamó la atención. Es divertido. Aunque es mejor cuando la situación con tu mejor amigo no está como… —Andrés levanta un brazo y finge sujetar un cuchillo a lo *Psicosis* de Hitchcock mientras entona la canción mítica con los dientes apretados—. Tensa, podríamos decir.

—¿No lo habéis hablado? Me has dicho que ya no te gusta, ni te incomoda que tenga novio. Igual podéis solucionarlo solo diciéndoos cómo os sentís. Si sois tan amigos como dices, no suena a que tengáis que dejar de serlo por esto.

Andrés se pasa una mano por la cara y, antes de que su pulgar llegue a estar siquiera cerca de sus labios, ya sé que no tardará en morderse las cutículas.

—Así, en general, no lo he hablado con nadie…, solo contigo. —Siento un calor agradable en el pecho cuando dice eso—. Después de todo, siento que es culpa mía. Que fui un pardillo y tal. No me hace sentir muy cómodo el tema. —Gira su cara hacia mí y me

pongo nerviosa al darme cuenta de que yo ya llevo un rato mirándolo a él—. Tú también me estás siendo de ayuda.

—Eso me hace sentir mejor —confieso en un susurro. Nada me gustaría menos que… que todo esto fuera unidireccional. Que solo yo sintiera en nuestra amistad un amago de cobijo. Me gusta mucho sentir que sí, que soy su amiga, que él es mi amigo.

Nos miramos durante unos segundos más y, como ha pasado en otras ocasiones, no se siente nada incómodo. Al revés.

—Me llama lo del rol —digo de repente, después de que Andrés me explique algunas normas básicas—. Es jugar a ser otra persona.

—Un poco.

Y, de nuevo, nos quedamos en silencio. Como si lo que acabo de decir pesara en el aire, lo hiciera denso. Como si los dos estuviéramos pensando en la implicación de que nos resulte atractivo el concepto. Que me lo resulte a mí.

Cuando el cielo comienza a dejar de estar tan soleado y el primer dígito del reloj de pulsera de Andrés ya ha llegado a cambiar, nos decidimos a recoger lo que casi parece un campamento improvisado. Y ya tenemos todo a punto cuando él tiene una gran idea. Bueno, o lo que nos lleva a ella.

—¿Quieres llevar tú la bici de vuelta?

—No sé montar en bici.

—¿Qué? ¿En serio? —Su cara refleja el mismo gesto de antes, el que está a mitad de camino entre la diversión y la sorpresa. Y sí, es ahora cuando lo de la gran idea—: ¿Quieres intentarlo?

Juro que es divertido. Muy divertido. Andrés me ha dado unas cuantas indicaciones, me ha dejado subir y me ha ayudado a pedalear con él pendiente de agarrarme a mí o a la bicicleta por si

perdía el equilibrio. Ahora me dedico a probar, a avanzar hacia delante. No es difícil, no tanto como pensaba. Y no me da el miedo que pensaba que me daría.

Aunque dura poco, porque no dejo de ser una novata y termino por caerme. Andrés corre hacia mí y me ayuda a levantarme sin dejar de repetir, como un disco rayado, que lo siente y que ha sido una mala idea; pero yo solo puedo reírme.

Juntos, llegamos a mi casa en un *Unknown Car*; él flipa un poco con el concepto, por cierto, ni sabía de su existencia, ni es cliente habitual de taxis o servicios de movilidad similares. En mi caída, me he raspado bastante la rodilla y, aunque ya no me sangra, Andrés continúa igual de pálido ahora, mientras me la cura, que al verla cuando me levanté del suelo.

Y recuerdo protestar siempre cuando mi madre me ponía Betadine en una herida, pero ahora lo encuentro muy distinto. Estoy sentada en la mesa de mi cocina y Andrés ha rebuscado en mi botiquín hasta conseguir lo que consideraba «imprescindible para esta situación». Esto es el poso que le ha quedado de ser monitor, seguro. Pero no me siento una niña mientras me cura. Me siento bien.

Incluso con Andrés tenso porque Profiterol no deja de mirarlo mal desde lo alto de la campana. Aunque imagino que no es solo por eso, y pronto me lo confirma.

—Lo siento mucho, de verdad, Olivia. Es que ha sido una idea malísima. Malísima.

Sigue en el mismo bucle que en el coche, y eso que ya está terminando de ponerme el esparadrapo. Pongo mi mano sobre la suya para detener su movimiento, pero también para frenar la velocidad a la que seguro que va su cabeza. Él me mira.

—Me lo he pasado genial, Andrés.

Yo también le miro y veo cómo su gesto se relaja. Continuamos en esta posición, conmigo en la mesa y él de pie, con mi mano sobre la suya, con nuestros reflejos en las pupilas del otro, hasta que sus hombros también bajan y una pequeña sonrisa surca sus labios. Y los míos.

—Yo también me lo he pasado genial.

Creo que yo podría seguir exactamente como ahora un rato más, pero mi teléfono móvil suena a todo volumen y los tres —Profiterol incluido— damos un respingo. Para sorpresa de nadie, la persona tras la llamada es Vero.

Andrés se aleja de mí y, mientras hablo con mi representante, veo cómo intenta acercar un par de dedos hasta mi gato…, pero también cómo los aparta a toda velocidad cuando recibe un bufido.

—Mañana preparada a primera hora —dice Vero directamente en mi oído, y tengo que contener una risa cuando Profiterol vuelve a bufar y Andrés se acojona al verlo saltar al suelo y echar a correr—. Lo de esta mañana sirve para que los fans teoricen y dar un poco de qué hablar…, pero ya. Ya hay varios medios asegurando que puede ser solo para distraer por las acusaciones del otro día.

No me sorprende en absoluto. Tampoco que no adjunte más mensajes cuando me envía el enlace al perfil de Spotify de la artista que me ha mencionado minutos antes. Por eso, en completo silencio, Andrés me ve compartiendo una de sus canciones en una *story*.

—Voy a estar en el estudio con ella la semana que viene —le explico, porque no pregunta, pero veo los interrogantes a punto de brotar de su cabeza como si fuese un personaje de dibujos

animados—. Así, para cuando suba alguna foto con ella entonces, parecerá que salió de mí trabajar juntas y que me llamó la atención lo suficiente como para dejarme pensando en que sería interesante probar algo las dos.

—¿Y van a llegar a esa conclusión solo por esta *story*?

—La semana que viene sí.

Andrés sigue con su expresión de duda hasta que se le escapa una sonrisa que grita «no entiendo nada» y ambos nos reímos. Y bromeamos sobre «lo difícil y enrevesado» que es todo. Aunque no es solo una broma, en realidad.

Entonces le acompaño a la puerta y siento la misma intimidad que en otros de nuestros silencios anteriores. Con su mirada en la mía y la mía en la suya. Como si no supiéramos bien qué decir, y creo que es verdad que no lo sabemos.

—Buenas noches, Olivia —termina diciendo, a lo que yo solo puedo replicar con un:

—Buenas noches, Andrés.

Compartimos una última sonrisa y, cuando cierro la puerta, me quedo unos segundos apoyada en ella. Unos segundos muy largos. Y no es hasta que me enderezo que escucho también pasos por el rellano, alejándose de mi puerta y dirigiéndose al ascensor.

Capítulo 6

Compruebo la luz un par de veces en la pantalla de mi móvil antes de sacar la foto al *bubble tea*, exactamente igual que están haciendo también mis amigas. Aunque se nota bastante que el local ha sido diseñado teniendo en cuenta la posterior creación de contenido de quien se pase por aquí, porque la iluminación es perfecta desde cualquier rincón y ninguna tiene que forzar un encuadre raro para evitar sombras extrañas. Tampoco cuando nos tomamos las cuatro un selfi grupal.

Una vez que hemos verificado que a todas nos gusta, Luisa vuelve a arrastrar su silla hasta nosotras y a dejarse caer encima. Para las redes sociales, ella no forma parte de la quedada, aunque nunca se pierda una.

La conversación se reanuda también como si nada, como si no hubiera tenido ningún paréntesis, para luego poder compartir en internet una instantánea con la palabra «#publi» escrita en una esquina. De hecho, yo aprovecho para dejar preparadas las *stories* mientras Laia está comentando algo de las referencias que está utilizando para el videoclip de su próxima canción; no siento la

capacidad ni los ánimos de tener nada que aportar y así adelanto trabajo. Estoy terminando de colocar un «en la mejor compañía» sobre la foto con las chicas cuando una notificación hace vibrar mi muñeca y aparece en la parte superior de mi pantalla.

Es Andrés.

Últimamente siempre es Andrés. Y mi sonrisa también aparece siempre con bastante rapidez. El chico me envía una foto en la que se ve una mesa con material que no termino de entender, pero que supongo que es el que usa con sus amigos para sus partidas de rol; me dijo que había quedado con ellos esta tarde. Le respondo con la que yo le he sacado a mi bebida y él me envía un *sticker* del personaje Envidia de *Inside Out 2.* Contengo una carcajada y le deseo suerte en su partida, aunque no estoy segura de si el objetivo del juego es ganar o no.

Su estado permanece unos cuantos segundos como «en línea», pero, justo cuando lo veo cambiar a «escribiendo», la voz de Laia se dirige a mí:

—Olivia, tía, ¿por qué estás tan pegada al móvil? —La pregunta no está hecha desde la molestia, como también demuestran su pose relajada y la manera en la que la pajita de su *bubble tea* está entre sus labios, pero eso no evita que yo dé un respingo—. Últimamente estás como… ausente, ¿no?

—Sí, tú no eres de las que está todo el rato enganchada —añade Daniela, que tiene un brazo alrededor de la silla de su novia y me mira con sus ojos de iris clarísimos cargados de curiosidad.

Y yo no sé muy bien qué responder, sobre todo porque noto toda la atención de Emma y Luisa también sobre mí.

No quiero contarles ni que me incomoda hablar de música… ni que hablo con Andrés.

Así que decido optar por algo que he aprendido a hacer con los periodistas gracias a todos estos años: salir por la tangente. Evitar la pregunta. Hacerme la loca, vaya.

—Qué va, qué va, solo estaba adelantando ya lo de la colaboración de esto. —Levanto el vaso de plástico reciclado que tengo en la mano—. Para dejarlo hecho para subirlo en un rato, ya sabéis. Sin más.

—No, pero es verdad que estás un poco como a otro rollo, no solo hoy —me interrumpe Emma, para quien no tiene ningún efecto mi sonrisa risueña y mi voz suave en una excusa rápida.

Como si quisiera buscar una salida, echo un vistazo discreto a mi alrededor. No me tranquiliza mucho comprobar que la sala del establecimiento en el que estamos es un reservado lleno de *influencers* y otras personalidades que también han querido probar el local de moda o que han sido invitados a ello.

Y tampoco ayuda que Luisa tenga ahora la vista en el suelo mientras mordisquea su pajita. Me recuerda a la conversación que tuvimos cuando nos quedamos solas en la videollamada —¿estará también pensando en ella?— y a que es un gesto que he podido ver en Andrés. ¿Qué le diría a él?

¿Por qué no consigo encontrar las palabras para compartir con otras personas cómo me siento?

—¿Todo bien? —insiste Laia, casi temerosa. Me apresuro a menear la cabeza de lado a lado, queriendo quitarle importancia, aunque soy consciente de que mi rostro no muestra la alegría fingida de otras ocasiones. Por eso fuerzo mi mensaje con palabras:

—Sí, sí. Todo bien. De verdad.

Veo cómo las cuatro se miran entre ellas con preocupación, pero —por fin— dejan de insistir. En realidad, ha sido corta, pero la he sentido como una conversación eterna.

Aunque la tranquilidad es también igual de breve, pues, tras un escueto intercambio de impresiones sobre las bebidas azucaradas que estamos tomándonos, es Daniela la que tiene a bien recordar el incidente del evento.

—Oye, lo del otro día con la marca esa de joyas, ¿qué fue? No entendí bien que lo cortase Vero —inquiere con el ceño fruncido—. O sea, sí que no era el momento para preguntar, pero realmente tampoco era para tanto, ¿no? Se estaban interesando por ti, y eso siempre está bien de los medios.

Me encojo de hombros, aunque los ojos de Emma sobre mí me hacen dudar de si es capaz de ver lo tensa que me siento.

—Tal cual eso, no fue como para que la gente le diera tanto bombo; solo no era el momento. Vero intervino…, ¿cómo podía haber esperado a que lo dijera yo o, incluso, alguien de la marca que no quisiera salirse del evento en sí?

Esto parece que lo salvo mejor, y el resto de la tarde es más similar a la normalidad que nos rodea juntas. Cuando estamos juntas y se forma esa pequeña burbuja de anécdotas que solo entendemos nosotras. Más allá de la música y las conversaciones que podamos tener sobre nuestros trabajos, si algo nos une a las cinco es todo el tiempo que hemos compartido desde que éramos unas crías de instituto. Y, a veces, rememorar con ellas es lo único que me hace sentir solo una chica con sus amigas, solo una chica en sus veinte. Solo Olivia.

—¿Hablamos un momento?

Es la voz de Emma la que me detiene cuando ya tengo un pie fuera del local y, frente a mis ojos, Laia y Daniela caminan ya hacia el *Unknown Car* que las llevará a casa; Luisa continúa dentro del local, haciendo tiempo por si alguien nos reconoce al salir, aunque la puerta de esta sala no sea la misma que la general.

Mi amiga, la que me mira con sus ojos pardos tras unos cristales sin graduar, apenas me da tiempo de mascullar un «claro» antes de soltar lo que quiere decirme:

—Nosotras estamos para lo que necesites, ¿vale? Te lo recuerdo, aunque no creo que se te haya olvidado. —Su voz tiene ese mismo tono que siempre ha usado en su faceta de *mamá gallina*. Porque, más allá de que Plash encarnase el rol de responsable, Emma siempre ha sido bastante resolutiva, paciente, la que llamaba al orden y la calma del resto del grupo. No debería sorprenderme que sea ella la que esté haciendo esto, forzándome a tener esta conversación—. Nos tenemos las unas a las otras, siempre ha sido así. Y siempre lo será. Te entendemos mejor que nadie, Oli.

«Oli». Hacía años que nadie me llamaba así, y algo se aprieta dentro de mi pecho cuando Emma lo saca a relucir. Noto que mis labios tiemblan el uno contra el otro —porque en algún momento he debido decidir fruncirlos— y la congoja me aprieta la garganta.

No quiero llorar ni tampoco sincerarme, pero no sé cómo evitar ninguna de las dos en este momento. Me siento como cuando alguien pronuncia un «¿estás bien?» y no lo estás. Te rompe por dentro más que cualquier otra cosa.

Emma continúa mirándome, y yo a ella, pero no insiste más. Creo que ha comprendido que no estoy bien, pero quiere darme mi

espacio… Por eso se limita a dejar una caricia en mi mejilla y se aleja también hacia el *Unknown Car* que acaba de llegar.

Cuando el mío me deja en mi propia casa, observo con detenimiento las fotos que voy a subir a Instagram como *post*. No porque haya mucho que ver en la foto de mi bebida con tapioca o en la que comparto con las chicas; es en la que estoy sola la que me preocupa. Bueno, tampoco es eso en realidad.

No me preocupa esa foto; no me preocupa ninguna foto. Me preocupa mi propia imagen. La que transmito a los demás, sea en persona o mediáticamente. Me preocupa esa Olivia que ha hecho saltar las alarmas de sus amigas; me preocupa que se me note tanto, que alguien se fije en que no estoy bien. Miro mi sonrisa en la pantalla, dulce y divertida, y me siento una impostora.

Una impostora en una vida de aparente ensueño. Una impostora en una carrera de aparente éxito.

Publico el *post* y también subo algunas más a *stories*, pues es por el doble formato por el que me han pagado desde el local. En la instantánea que elijo con las chicas, pongo una canción de Girl-lies de fondo. Una enérgica, movida, alegre. Quiero dar eso, imagen de felicidad, de unión. Como siempre.

Girl-lies siempre ha sido eso. Yo siempre he sido eso. Aunque haya terminado de dejar a punto la *story* con el móvil silenciado para no escucharme junto a las chicas, no sé desde cuándo me alteran nuestras canciones, pero lo hacen.

Ya estoy cenando —también de una colaboración, pero las fotos de esto las subiré otro día para no sobrecargar de contenido y para que una promo no opaque a la otra— cuando Andrés me escribe. Ha terminado la partida de rol justo ahora porque se ha alargado.

«Como el día que nos conocimos», me dice. No me lo pienso dos veces y le invito a que venga.

La bicicleta de Andrés no tarda más de treinta minutos en estar apoyada contra la pared de mi salón.



Olivia espera una reacción por mi parte ante todo lo que me acaba de contar, que se resume en que sus amigas no son tontas y ya se han coscado de que le pasa algo, vaya. Así que me limito a contestar a su gesto serio expulsando suavemente por la nariz el aire que ni siquiera yo sabía que estaba conteniendo en los pulmones. Cuando esta chica me habla de todo lo que se le pasa por la cabeza, es como si lo demás quedase fuera de una burbuja.

De nuestra burbuja. Siento que mi atención está solo puesta en ella.

—¿Por qué no pruebas a hablar con ellas como lo haces conmigo? —pruebo a sugerir. Porque, más allá de calmarla con respecto a que las demás «lo sepan», tampoco puedo hacer mucho más.

Después de todo, está claro que sacar fuera sus sentimientos la ayuda, ¿no? Al menos cuando soy yo su receptor.

Vamos a correr un tupido velo sobre la vergüenza que me provoca pensarlo, ¿vale? Ahora no tengo tiempo de ponerme colorado.

—Son quienes mejor te conocen —insisto a la vez que asiento para darle peso a mi postura. Ella misma me lo ha dicho mil veces, que rodearse de un grupo reducido de personas de confianza es lo que tiene.

—Ese es el problema.

Me fuerzo a ignorar el pinchazo que me producen sus palabras. A mí no me conoce tanto; yo no la conozco tanto. Por eso se abre conmigo. ¿Dejará de hacerlo cuando hayamos pasado más tiempo juntos?

Hey, Andrés, no es el momento de pensar en eso.

—Van a estar para ti, Olivia. Seguro. También han pasado por lo mismo que tú. —Con mis manos, tomo la suya, esa con la que juega a tirar de un hilo suelto de la funda de un cojín. No es la primera vez que lo hago, y sigue despertándome cierta inseguridad hacerlo ahora (por si la estoy leyendo mal y la incomodo, por si piensa que no debería sentir tal grado de confianza y me odia, por la propia vergüenza que me produce a mí el gesto), pero, al ver siempre cómo se calma y baja de nuevo a tierra, como si mis dedos arrastrasen a los suyos a modo de ancla, me obligo a anteponer ese hecho a cualquier hipótesis. Sus anillos, de plata, están fríos contra mi piel, y yo me limito a acariciarlos—. Quizá no sea fácil al principio, porque no estás acostumbrada a sincerarte con ellas. Conmigo tampoco te abriste tanto hasta que no nos conocimos mejor, y cuando yo también te hablé un poco de mí. Más allá del primer día, claro.

El último apunte consigue sacarle una carcajada, pero noto que continúa dudando, por lo que sonrío. Quiero contagiarle el gesto y, como no estoy seguro de cómo conseguirlo, me limito a componerlo yo por ella.

De todas formas, su mirada dista mucho de la que vi aquel primer día, esa noche en la que el alcohol y la profunda tristeza fueron los que le soltaron la lengua. Y sus ojos ahora no miran igual, no porque el vaso medio vacío que tiene delante solo lleve refresco de naranja,

sino porque se ha permitido soltar lo que le aprieta el pecho y la mente cuando está sola.

Compartirlo no lo hace desaparecer y sé que sigue haciéndole el mismo daño…, pero creo que, de alguna manera, le regala calma el saber que, aun sola, no lo está de verdad.

Veo la duda en su mirada, cómo persiste ahí la posibilidad de ampliar esa red bajo sus pies. Si le ayudaba contarle sus cosas a una bola de pelo que no le podía responder nada, si le ayuda hablarlo con una persona que no la conoce ni a ella ni a su mundo…, ¿cómo le ayudaría el diálogo sobre sus inquietudes con varias personas que tan bien la comprenden a ella y a su contexto? Por un momento, reconozco sentir envidia.

Me asaltan unos leves celos, ya no por dejar de tener exclusividad sobre sus miedos, sino por la conciencia de no ser suficiente y de no poder ofrecerle los consejos que ellas sí podrían darle. Yo solo soy un chico del montón, un universitario que no destaca en su clase, un pringado que pasa las horas muertas en universos medievales inventados o con un mando de videoconsola en las manos.

Aunque son ahora los dedos de Olivia los que están en contacto con mis manos. Y me aprietan por unos segundos, indicándome que tiene una certeza. Una decisión le brilla en la mirada.

Pero no llego a saber cuál es porque un bufido me sobresalta de pronto. Me giro tras recuperarme del respingo solo para comprobar que Profiterol me mira con cara de malas pulgas a apenas medio metro de distancia.

¿Qué coño le pasa a este bicho conmigo? Dios, creo que me mataría si pudiera. Un momento, un momento, un momento… ¿Podría hacerlo? Joder.

La divertida risa de Olivia aleja todos los temores que puede producir el felino.

—Seguro que está enfadado porque me animas a contarle mis cosas a aún más gente que a él. Cada vez se ve más lejos de ser el único.

Sonrío por su broma, pero, sobre todo, por la manera en la que se muerde el labio inferior para no reír más. Por la forma en la que entrecierra los ojos. Por lo guapa que es.

Entonces, Olivia se levanta de golpe de su sitio a mi lado en el sofá, pero yo soy incapaz de apartar mi mirada de ella. De una Olivia que, sin vergüenza alguna, me ha abierto la puerta de su casa con la media melena alborotada y un pijama de verano que, ahora, deja al descubierto sus hombros cuando los tirantes resbalan por sus brazos. De una Olivia que, entre risas, persigue a Profiterol por todo el salón para intentar atraparlo y que juegue conmigo. De una Olivia que consigue al fin abrazar contra su pecho a su gato, pero no contener las carcajadas que continúan saliendo de sus labios.

Y a mí solo me queda decidir que esta es mi Olivia favorita. Admitir que la Olivia que no está preocupada por la impresión que despierta y que no puede parar de reír es la que más me gusta de todas. Aunque no la única.

Cuando estoy a punto de irme, con Profiterol escondido en alguna parte de la casa después de forzarnos a los dos a establecer más que contacto visual y con mi bicicleta ya sobre el rellano de su bloque, vuelve a crearse entre los dos esa complicidad silenciosa que he notado otras veces. A mi espalda, queda un espacio apenas iluminado por la escasa luz que nace del ascensor mientras que,

frente a mí, Olivia, bañada directamente por la bombilla cálida sobre su cabeza, me sonríe de manera incluso más brillante.

No quiero irme, por eso no sé bien qué decir.

—Podrías quedarte a dormir… —insinúa Olivia, y no sé si me pone más nervioso la propuesta en sí o que ella también me quiera a su lado un rato más.

Siento cómo se me cierra la garganta cuando intento no balbucear.

—Es un poco tarde… —dice al mismo tiempo que yo empiezo a excusarme:

—Mis padres me estarán esperando en casa, y no sé qué les podría decir. —Me quedo en silencio, pero recupero sus palabras para añadirlas a mi argumento—. Ya es tarde.

Olivia asiente y yo también lo hago.

La miro y ella me mira a mí. Sus mejillas tienen el mismo color que noto subir por las mías, y sé que no lleva encima ni gota de colorete. La ausencia de palabras no es tan cómoda ahora como antes, pero tampoco siento la necesidad de tener que decir nada. No sabría qué decir.

Entonces, Olivia sonríe un poco más —sí, a mí también me sorprende comprobar que eso es posible— y da un paso hacia delante. No me lo espero cuando posa sus labios contra mi mejilla, aunque tampoco me sorprende. Ahora bien, cuando cierra la puerta, soy incapaz de moverme y siento aún más cómo mi rostro se calienta y el ritmo de mi corazón se acelera.

Buah, me ha dado un beso.

Al otro lado, dentro de la casa, escucho a Olivia hablar a toda velocidad mientras se aleja:

—¡Te tengo que contar una cosa! —imagino que se dirige a Profiterol, más aún cuando añade—: ¡Y no te va a gustar!

Capítulo 7

Todo es igual y al mismo tiempo diferente a la última vez, y no porque la ubicación sea distinta. Las Girl-lies al completo estamos reunidas, pero en el salón de mi casa, que yo misma he propuesto como «base de operaciones». Se ha convertido en un espacio seguro. Mire donde mire, me parece sentir en el aire todas las palabras que he intercambiado con Andrés, el tiempo que él me ha regalado entre estas paredes o los desplantes que Profiterol tiene siempre en su presencia.

Pero me obligo a alejar todo eso de mi mente, porque la picazón regresa a mis labios. Como si recordar el beso que dejé en su mejilla el otro día los hiciera arder.

Mis cuatro amigas esperan en el sofá, conmigo de pie frente a ellas y un mar de nervios en el pecho porque percibo a la perfección que ellas están sorprendidas con el plan de tarde. Con que haya salido de mí el ímpetu por quedar todas y el hincapié que he puesto en que fuera aquí. Daniela mira con curiosidad el vaso de refresco que sostiene entre sus manos, con tanta que podría parecer la primera vez que ve esta bebida, pero sé que es por lo extraño de

que yo tenga varias botellas con ese líquido anaranjado en la nevera. Laia se recoloca todo el tiempo ese flequillo en cortina al que aún no se ha acostumbrado, en un gesto que solo la he visto tener cuando la pueden los nervios. Emma me mira tan fijamente que parece querer analizarme en profundidad, lo que hace que su «Te entendemos mejor que nadie, Oli» rebote con fuerza en mi cabeza. Luisa solo sonríe, como si con su mirada vivaracha quisiera decirme que nada es tan importante.

—Cuando quieras, ¿eh? —me alienta Daniela, lo que hace que dé un respingo, pero también que deje de dar vueltas a los anillos en mis dedos. Ella arruga el ceño justo después de terminar con su trago de refresco—. Mmm, qué raro se me hace, ni sé cuándo fue la última vez que lo tomé sin vodka.

—¿Vodka con naranja? —salta Laia, que mira a su novia como si fuera un bicho raro—. El vodka es con limón de toda la vida.

—Amor, ni que nunca me hubieras visto mezclar un puto cubata.

La carcajada de Luisa resuena por todo mi salón.

—Anda, que cualquiera que os oiga, ni que bebierais tanto ninguna de las dos. —Pone los ojos en blanco y, como si de Profiterol se tratase, se deja caer hacia atrás con suavidad, estirándose en mi sofá mientras un ronroneo sale de su garganta—. Mira, lo de que apenas tomásemos azúcar estaba bien; es lo que más echo de menos de las giras ahora que no tengo a Vero para recordarme que no desayune napolitanas de chocolate cada día.

—¿No se te ha quedado ya la costumbre de comer sano? —Es Laia la que parece sorprendida.

—¿Y si nos centramos? —Para sorpresa de nadie…, esa es Emma.

Solo nuestra «chica lista» ha podido siempre mandarnos callar a todas cuando tocaba. Aunque no estoy segura ahora de que me guste, cuando los ojos de todas se giran hacia mí. Parece que lo que toca es que hable yo.

Juro que también era mi plan. Pero me cago un poco, para qué negarlo.

—Solo quería pasar un rato todas juntas y me pareció buena idea hacerlo aquí. Así no hay que preocuparse de que nos reconozcan, de ocultar a Luisa… o de que a Emma le aguante el wifi. —Ni siquiera mi broma sobre lo mal que le tira a mi amiga internet por culpa de tener mil dispositivos inteligentes conectados a la red hace que los cuatro pares de ojos que me observan se alejen de mí un segundo —. Tarde de chicas, nada más. Sois vosotras las que le estáis dando importancia. Una importancia que no tiene.

Pero tampoco mi hincapié en ese «no» consigue nada. Bueno, solo que Daniela y Laia intercambien una mirada entre ellas, que la mueca en los labios de Luisa sea más de preocupación que una sonrisa y que Emma… haga *eso*:

—Venga, Oli…

Expulso todo el aire que no sabía que mis pulmones contenían. Mi barbilla cae hacia mi pecho a la vez que mi mirada baja al suelo. Pero siento cómo Profiterol se frota contra mis piernas.

Y cómo mis cuatro amigas se incorporan. Están preparadas para levantarse, para venir hacia mí al mínimo gesto que delate que me hacen falta. Están dispuestas a ayudarme si lo necesito.

Entonces exploto.

—He conocido a un chico.

Aunque no por donde creía.

Luisa abre la boca con sorpresa, Emma hace el amago de recolocarse en la nariz unas gafas que no lleva, Laia se muerde el labio para no sonreír y Daniela parece a punto de burlarse de mí por la manera en la que sus ojos brillan con diversión.

—Se llama Andrés —digo, aunque todavía no tengo muy claro qué estoy haciendo. Iba a hablarles de mi problema con la música, de verdad, esa era mi idea. Andrés es en realidad un secreto mucho más grande que cualquier duda.

Y supongo que mis amigas también deben ser conscientes de ello, pues ninguna de las cuatro contiene un gritito de emoción. Profiterol, que no tengo muy claro cuándo se ha colado en el hueco entre la tele y la pared, sale zumbando del salón ante el alboroto.

—Pero ¡sigue hablando, Olivia, por Dios! —dice Laia, que no puede evitar tampoco el hacer mil aspavientos con las manos. Solo la detiene que su novia atrape una de ellas con las suyas, aunque también para agitarlas.

La voz de «mamá gallina» es la que vuelve a elevarse sobre las demás.

—Sí, cuéntanoslo. O sea, ¿de dónde ha salido ese chico?

¿De dónde ha salido Andrés? Es una buenísima pregunta, pero porque no quiero que se vaya. Me reprendo un poco mentalmente por el lío en el que me acabo de meter…, aunque tampoco me arrepiento de haber comenzado. O eso creo.

No. Tengo que confiar más en mis decisiones. Sí, ha sido buena idea. Solo tengo que luchar, defender este embrollo al que me he lanzado yo sola. «Yo sola», pienso para mis adentros.

—Pues… no tiene nada que ver con nosotras. Quiero decir, no está en la industria ni nada. —Laia vuelve a gritar y juro que los ojos le

hacen chiribitas. Siempre ha sido la más enamorada del amor de todas nosotras. Aunque me asusta un poco ligar a Andrés y al amor en la misma frase. Un poco bastante, de hecho—. Pero, aun así, aunque no entienda muy bien cómo funcionamos aquí…, me entiende, ¿sabéis? —Noto mis mejillas arder, y Daniela ya ha optado por taparle la boca a su novia con las manos—. Somos amigos. Siento que puedo confiarle cualquier cosa, siento que es mi amigo de verdad.

—Hombre, gracias por lo que toca —me corta Luisa, aunque su sonrisa es tan pizpireta como siempre y sus ojos están llenos de esa diversión que siempre los desbordaba encima de un escenario.

Daniela le ríe el comentario, pero yo me apresuro a explicarlo:

—Quiero decir… vosotras sois mis amigas, obviamente. Pero nosotras nos convertimos en amigas cuando no teníamos otra cosa, cuando estábamos todo el día juntas, cuando nos entendíamos como nadie más lo hacía. Seguimos en… la vida de las demás, y me encanta, somos amigas *de verdad*, pero las circunstancias nos empujaron a ser amigas aunque ahora lo elijamos. —Contengo la respiración como me gustaría contener lo que estoy a punto de decir, pero de perdidos al río—. Siento que él me elige cada día. Y yo también lo elijo.

—Oye, por favor, esto es precioso, lo quiero —suelta a toda velocidad Laia cuando consigue librarse del agarre de Daniela durante apenas unos segundos.

—Pero ¡somos amigos! —me apresuro a concretar.

No quiero que piense lo que no es. Porque no lo es, ¿no? Mi beso en su mejilla, cómo coge mis manos, la paz que siento en su mirada y en mi propio cuerpo cuando estamos juntos… Somos amigos a

pesar de todo lo que siento entre nosotros, aunque no lo digamos, o precisamente porque no lo decimos. Porque de fondo hay algo más importante que va por delante de cualquier cosa y que fortalece nuestra amistad: cómo me apoya, cómo me escucha, cómo me ayuda.

Pero también está cómo me mira.

Y cómo lo miro.

No sé cómo lo hago, pero termino contándoles exactamente todo esto a mis amigas, que me miran con una mezcla de emoción y temor que refuerza lo que estoy a punto de decir.

—Pero que ya solo nuestra amistad es mucho lío, quiero decir… ya son muchos riesgos, ya es peligroso solo que… seamos amigos. Yo ahora mismo no podría…

Es Daniela la que me interrumpe:

—Tía, tú ve a por todo.

El «eh, eh, eh, eh» del resto no tarda en, a su vez, interrumpirla a ella.

—No te vengas tú tampoco tan arriba —la reprende Emma.

—Eso te iba a decir yo: relaja. —El tono de Luisa es divertido, aunque no consigue camuflar la tensión.

Pero Daniela no se amedrenta lo más mínimo, pone los ojos en blanco y rodea con un brazo los hombros de su chica.

—Vamos a ver, Laia y yo nos pasamos por el forro lo de las relaciones, encima entre chicas, y dentro del propio grupo —dice, apretando a su novia contra sí como si quisiera darle más fuerza a su postura—. La clave no está en no hacerlo, sino en que no te pillen.

Laia, movida más por el ansia de romanticismo que por venir el discurso de su pareja, no tarda en apoyarla:

—En eso Daniela tiene razón, mientras nadie se dé cuenta…

—Bueno, a ver, verdad es, pero… —Luisa, rascándose la nariz y más seria que de costumbre, suele levantarse como la voz de la razón en momentos como este, en especial desde que nos regala la perspectiva de quien lo ha conocido todo y ahora habita feliz la nada; pienso mucho en mi amiga como *anónima*, no puedo evitarlo. Que no me mire mientras habla le da más fuerza aún a su postura, pues siempre que deja a un lado la diversión es incapaz de mantener la mirada en la persona a la que se dirige—. No dejas de estar en una situación complicada, eso es así. En general, siempre vais a estarlo, aunque para ti ahora sea especialmente más delicada. Así que… es aprender a sobrellevarlo todo. —Se encoge de hombros y yo siento, no sin extrañarme por ello, cómo su mensaje me calma: porque, como Daniela y Laia, me anima a dar un paso adelante, pero bajándome los pies a tierra a la vez que edulcora nuestro mundo. Porque sí, es hacer balance, pero ese balance no es sencillo —. Al final, lo importante es que tú seas feliz. Y que pienses en qué cosas te compensan más o menos.

¿Qué me compensa? ¿Andrés es un más o un menos? Soy cantante; en ese plano, él es un claro menos. Pero es imposible que Andrés no sea un más si atiendo a todo lo que me presta, a todo lo que me da sin esperar nada de mí.

Andrés no espera nunca nada de mí, y por eso es tan fácil con él. Me martillea la idea de Andrés como un apoyo para mí, pero aún más las palabras de Luisa y que justamente vengan de ella.

Sobrellevarlo todo. Mi felicidad. Lo que compensa más o menos. A ella le compensaba menos la música; ya no era lo que mayor felicidad le aportaba, no se veía preparada para sobrellevar nada ni pensaba que mereciese el esfuerzo. ¿A mí me lo merece?

—Piensa con cabeza —dice Emma con tono duro y el ceño levemente fruncido hacia mí.

—Ya está esta en su papel —la acusa Daniela, rodando los ojos y sacando la lengua en su dirección.

La mueca en los labios de Plash se dirige ahora hacia ella.

—Lo digo en serio —arremete de nuevo, ignorando cómo Daniela le hace burla. Y no tarda en girarse otra vez hacia mí con la espalda recta y un suave reproche en la mirada; un reproche que es más de precaución y consejo que de bronca—. Discreción, al menos, Oli. No vayas a liarla después de todo el trabajo.

Estoy a punto de responder, ya tengo la boca abierta incluso, pero es Daniela quien, una vez más, se adelanta a cualquiera de nosotras:

—Vamos, hombre, tampoco exageréis. —Como su tono es brusco, Laia se vuelve enseguida hacia ella, pidiéndole contención con un suave puchero en los labios, pero su novia la rodea con un brazo con calma—. No, lo digo en serio. Creo que estáis exagerando. A nosotras no nos ha ido tan mal. —Los ojos de Daniela van de los míos a los de Emma, así que creo que no nota cómo Laia se derrite contra ella por el cariño que rebosan sus palabras—. Que haga lo que quiera. Olivia, haz lo que quieras. Y, si ese chico es lo que quieres, ve a por él.

«Si ese chico es lo que quieres». Las palabras de mi amiga, que hoy parece más gamberra que nunca, resuenan en mi mente una y

otra vez. Llevo meses con dudas sobre lo que quiero, aunque creo que es la primera vez… que estoy segura de la respuesta.

—¿Solo era una preocupación amorosa la que te rondaba? —Los ojos de Luisa me miran con cierta desconfianza. De nuevo, siento cómo se cierne sobre nosotras aquel amago de conversación por videollamada. Pero decido que no quiero dar ese paso hoy.

Tampoco hay que llegar hasta el final el primer día; al menos me he movido de la casilla de salida.

—Sí, era solo… pues eso, que no quiero que todo esto con Andrés… Que me preocupa cómo puedo cagarla en mi carrera, vaya.

—Mira, tía, no quiero yo ser Disney ahora, pero el amor no puede cagarla.

—Joder, pues para no querer ser Disney… —Esta vez es Emma la que interrumpe a Daniela—. Tremendo discurso de peli de princesas; ya solo faltaría que fuera verdad.

Luisa se ríe bastante alto por el comentario y una chispa de vergüenza atraviesa el rostro de Daniela. Es gracioso verla siendo un tomate con esas pintas de tía dura, con su *mullet* de pelo rizado y el *piercing* en la lengua y en la ceja.

—No, coño, que tampoco es eso. Me refiero… a que yo no digo que el amor todo lo pueda ni nada de eso. Lo que quería decir es que, si es de verdad y tan bonito como nos está contando, no puede cagarle la vida. —Con el brazo que no abraza a Laia, señala a Luisa —. Porque es lo que decía ella: sobrellevar y tal. Tu felicidad personal va por delante de todo. Por lo menos para mí, Laia va por delante de todo. —Esbozo una sonrisa cuando veo a Laia contener a duras penas un gritito de emoción—. Y, si supusiera algo en tu carrera, si te generara un problema, podrías arreglarlo, porque

tendrías la felicidad de tu lado, que siempre ayuda a enfrentarse a las cosas. El amor, si es de verdad, es un apoyo que te sostiene cuando hay problemas. Vamos, y qué coño, que no te va a dar los problemas en los que estás pensando, porque todo el mundo lo entiende. Todo el mundo quiere a alguien.

No sé hasta qué punto estoy de acuerdo con la opinión de Daniela. Porque sí considero que el amor debe estar ahí para ti como aliento cuando la vida te va a la contra y veo difícil que alguien no empatice con querer a tu gente a tu lado. Pero creo que también pongo en un punto muy elevado de mis prioridades mi carrera. Mi profesión. Mi arte, aunque aún no lo haya encontrado.

Perderla también supondría un golpe a mi felicidad. Andrés no es lo único que me hace feliz, igual que no lo consiguen solo ellas, Profiterol o mi madre.

Supongo que no todos lo vemos de la misma manera, como tampoco Luisa sintió que la música fuera a darle la dicha que yo sí le confío. No estoy segura de hasta qué punto Daniela está convencida también de sus propias palabras, aunque tampoco tengo tiempo real de pensarlo. De hecho, debería salir ya de mis pensamientos, teniendo en cuenta que ahora es a Andrés a quien tengo junto a mí en el salón, y no sé qué decirle.

Había compartido con él que hablaría con el resto de las Girl-lies sobre cómo me sentía y a mi amigo le sobraron segundos para proponer pasarse luego por si con ellas la cosa no iba bien. Sí, me derretí un poco. Es un sol.

Pero a ellas no les he confiado nada sobre mi música y sí todo sobre Andrés, así que se me complica un poco contarle nuestra conversación. Me acojona explicarle nuestra conversación. Y él mira

el contenido de su vaso de refresco como si estuviese regalándome el tiempo necesario con el que encontrar las palabras para hablar de mis amigas.

Creo que a eso, a ese pequeño gesto de cuidado, amor y respeto, se suman el alegato de Daniela y una leve chispa de valentía tras mi miedo… y por eso agarro también su vaso con mis manos y le beso. Beso a Andrés porque es lo que quiero ahora. Quizá eso sea lo importante y no tantos futuros.

En un futuro encontraré en la música lo que busco; en un futuro mi pasión por cantar mis historias me llenará el alma. O en un futuro me estrellaré por no conseguir desbloquear lo que me oprime el pecho cuando pienso en hablarles a los demás con mis canciones. Pero ahora, en el presente, solo puedo pensar en que los labios de Andrés están fríos por el refresco de naranja y que el cosquilleo que siento en el estómago cuando me devuelve el beso me hace feliz.

Porque Andrés me sigue el beso, amoldando su boca a la mía con suavidad, como si quisiera imprimir con la lengua el mismo cuidado que usa también en las palabras que elige para hacerme sentir bien. Además, una de las manos con las que sujetaba el vaso ha pasado a acariciar mis dedos.

Cuando nos separamos, unos segundos más tarde, ambos nos quedamos callados. Y nuestros ojos se miran con los mismos nervios que reflejan nuestras mejillas coloradas, pero este silencio tampoco grita que lo llenemos, como todos los anteriores. Ahora, es Andrés el que me besa a mí, acariciando mi mejilla en el proceso.

Una nube. No hay nada a mi alrededor, de verdad que no. No existen los medios, la discográfica, ni siquiera los fans. Me siento en una nube hasta que la interrupción llega…, cuando Profiterol salta

sobre mi regazo y tanto Andrés como yo damos un respingo que nos aparta del otro. Desde su posición, mi gato le bufa con su furia habitual; todo el color de las mejillas del chico desaparece por arte de magia.

—Me odia, es que estoy seguro de que me odia.

No puedo no echarme a reír, no lo consigo ni lo conseguiría en un millón de años. El momento es tan Profiterol y tan Andrés que solo me sale dejar fluir toda esa felicidad que se expande por mi cuerpo desde mi pómulo hasta los dedos de mis pies; desde donde él me ha tocado hasta donde noto cómo mi entusiasmo consigue ramificarse.

Andrés también se ríe, pero no es difícil adivinar que la suya es una risa nerviosa. Juro que la mía no lo es: estoy muy tranquila ahora mismo, más que en muchos meses.

Es extraño, quizá otra Olivia, la de hace un rato, por ejemplo, la que aún no ha besado a Andrés, sentiría la presión sobre el punto de inflexión que esto supone. En mí, en nosotros, en todo lo que me rodea y que puede afectarnos o dejarse afectar por nosotros. Pero en este momento no me dejo llevar por eso. En este momento siento de verdad que tengo por fin entre mis manos algo de lo que estoy convencida. Por fin.

Seguimos en silencio mientras Profiterol se calma con mis caricias en su lomo.

Hasta que dejamos de estarlo:

—Me gustas —digo con simpleza, porque no creo que sea necesario nada más.

Lo que sí que no hago ahora es mirarlo a la cara, aunque noto que Andrés sí busca mi mirada con la suya. No tengo por qué atreverme a todo de golpe, ¿no?

—Tú a mí también. —Solo eso consigue que deje de prestarle toda mi atención a Profiterol. El gesto que percibo en el chico a mi lado es el de la pura vergüenza, con las pecas de su cara destacando sobre el tono rojizo que ha adquirido su piel y sus ojos marrones tan inquietos como siento mis propias manos; me sorprende que mi gato no esté quejándose por la presión que ejercen mis dedos en su lomo. Sí, intento llenar mi cabeza de estímulos para acallar un poco el más potente—. Mucho.

Pero nunca he sabido pasar por alto los comentarios bonitos hacia mí porque nunca me los he creído de verdad. Y las palabras de Andrés me aceleran el corazón porque quiero de verdad tomarlas para mí con todo mi ser. Quiero que su verdad sea la verdad.

Sin embargo, como si el síndrome del impostor quisiera golpearme más fuerte que nunca, es en este momento cuando vuelve a mí todo lo que nos rodea. Cuando la burbuja se rompe y, una vez más, me preocupa el futuro.

—Ojalá nosotros, bueno…, pero no estamos en el instituto y somos chavales anónimos. No yo, al menos.

El rostro de Andrés refleja una mueca triste, y no estoy segura de si es porque hoy comprende bien la dificultad de lo que hemos puesto sobre la mesa… o por mi mención a lo que nos diferencia. Me he dado cuenta de que es algo que le duele.

Que, aunque no entienda todos los entresijos de la industria musical, sí que le afecta la existencia de nuestros dos mundos como eso: algo diferenciador. Y amenazante.

—¿Crees que eso lo haría más fácil? —inquiere él. Me limito a encogerme de hombros—. Yo en el instituto estaba enamorado de mi mejor amigo y también era una mierda. Porque lo importante

es… que haya sentimientos de los dos lados. —El color, que aún no había abandonado sus mejillas completamente, regresa con más fuerza que antes y avanza también por las mías—. Y eso lo tenemos, ¿no?

—Y por ahora se nos ha dado bien.

Después de todo, nuestra amistad en sí misma ya era un peligro, un riesgo. Llevamos ocultándonos juntos desde que nos conocemos. La dinámica sería la misma, solo que, en caso de que se nos fuera de madre, Andrés no sería «el misterioso amigo de», sino…

Callo mis propios pensamientos cuando estoy a punto de gritar en voz alta.

Y tampoco lo digo, pero me doy cuenta entonces de que, en realidad, esa descripción para él nunca habría sido posible; el riesgo entre nosotros será siempre de dar que hablar como una posible relación sentimental, demos ese paso o sigamos con nuestra amistad, porque los medios de comunicación siempre presuponen el amor entre hombres y mujeres en la industria. Si Andrés fuera una chica, podríamos comernos la boca delante de un paparazi y seguirían llamándonos amigas.

—No hay por qué frenarlo. —Soy yo la que lo digo, tan nerviosa como él, pero consciente de que soy la que tiene la llave con la que decidir si abrir o cerrar esta puerta. Porque soy yo quien tiene más en juego.

—Yo no quiero hacerlo —interviene él—. O sea, frenarlo, quiero decir.

—Joder, qué susto, Andrés.

Los dos reímos, aunque volvemos a evitarnos la mirada. Pero, cuando volvemos a poner la vista en el otro, notamos que los dos

estamos pensando en lo mismo sin hacerlo. Que los dos queremos besar al otro como conclusión, pero no nos movemos. Yo lo visualizo; él directamente me está haciendo el triángulo, lo de alternar entre mirar los ojos y los labios, quiero decir.

Entonces, para mi sorpresa, Profiterol se baja de mi regazo y se acurruca en el hueco del sofá que aún hay entre los dos. Con su cabeza contra las rodillas de Andrés. Y por la sonrisa que se nos pinta a ambos en la boca, creo que estamos de acuerdo en que este es suficiente acuerdo. Un buen visto bueno.

Reímos y, ahora ya sí, por fin, volvemos a darnos un beso. Espero que no sea una premonición sobre la fragilidad del acuerdo que, cuando nos acercamos más el uno al otro para seguir compartiendo este roce de labios, Profiterol maúlle enfadado por ver reducido su espacio para tumbarse. Espero que se acostumbre a este chico si es que no lo ha hecho ya.

Capítulo 8

Negaré frente a mi abogado que me ha molestado un poco que María haya elegido a nuestra madre para que le haga hoy las trenzas antes que a mí. Así, mientras ellas están en sus «tareas de peluquería» y mi padre se dedica a planchar, yo tengo que conformarme con mirar el móvil distraído, tirado en el sofá. Lo siento, pero es que lo que tenemos puesto en la tele está lejos de ser mi movida.

Porque lo venden como un programa de actualidad de famosos, pero en realidad lo que hace es tener a unos cuantos colaboradores rajando sobre la vida personal de todo aquel personaje mediático que haya hecho algo mínimamente relevante. Carroña televisiva, si me preguntas. Para lo que no tengo respuesta es para por qué no estamos, qué sé yo, viendo los dibujos animados que le flipan a mi hermana; con lo cabezona que suele ser siempre para apropiarse todo el tiempo del mando, hoy no deja de decepcionarme.

—Anda que… ni que nos importase a nosotros esto —dice de repente mi padre mientras mira hacia la pantalla con el ceño

fruncido; un escalofrío me recorre al ver el gesto, porque la verdad es que nos parecemos un huevo al hacer eso.

—Eso pasa por ver estos programas —replico con molestia—. Si la gente no hiciera caso a lo que dicen, pues…

—¿Y el Felipe Torres este es muy famoso? Fíjate que no sé si me suena haber escuchado nada suyo.

Su interrupción me hace rodar los ojos, algo que consigue arrancarle a María una de sus risitas cantarinas. Le saco la lengua y, para cuando regreso la vista a la pantalla antes de enfrascarme de nuevo en mi teléfono, hasta yo noto cómo debo haberme quedado pálido. Porque en el televisor reconozco a Olivia.

Aunque el rótulo la llama Ruki, claro. Y por si verla no era suficiente para ganarse toda mi atención, encima lo que veo me gusta entre nada y menos. La han grabado saliendo de una clínica veterinaria y cargando con un transportín. Parece muy agobiada…, aunque, por lo visto, no lo suficiente como para que varios periodistas decidan que es mejor no pegarse a ella con micrófono en mano. Ella —¿debería seguir llamándola «amiga»?— no les dirige ni una palabra mientras camina hacia el *Unknown Car* que la espera en la acera.

—Este vídeo que están viendo es de hace ya unas horas, de madrugada —explica uno de los colaboradores en plató—. *Y hemos podido acceder a más información de lo sucedido. Por lo visto, Ruki acudió a esta clínica veterinaria cuando su gato ingirió por error un objeto de pequeño tamaño que le imposibilitaba respirar con normalidad. También hemos podido saber que tuvieron que intervenirlo a toda prisa cuando llegaron a la consulta. Pero, por fortuna, el animal ya está fuera de peligro.*

El nudo en mi pecho se afloja un poco cuando escucho que Profiterol está bien, pero la verdad es que me dura poco la alegría.

—*¿Y esto no se podría haber evitado?* —interviene entonces otro colaborador del programa—. *No es que quiera yo poner en duda a Ruki, pero… ¿dónde estaba? Una mascota requiere de responsabilidad, y ella parece que no estuvo lo suficientemente pendiente como para que no pasara algo así.*

—*Bueno, tampoco es eso.* —Ahora, es una periodista la que toma el turno de palabra. Y parece que lo hace para salir en su defensa—. *Le podría haber pasado a cualquiera: a veces es complicado seguirles el ritmo a los gatos traviesos. Además, Ruki reaccionó rápido; si no hubiese sido así, el pobre podría no haberlo contado.*

—*Pero, según nuestra fuente* —el que ha juzgado antes a Olivia vuelve a la carga y yo no puedo evitar chasquear la lengua—, *a la clínica veterinaria Ruki acudió junto a su mánager, Verónica Lazar.*

En plató, se hace el silencio unos segundos. No creo ser el único que nota cómo queda en el aire el reproche de necesitar ayuda. Cómo, de alguna manera, se le reprocha sin palabras a Olivia que tomase la decisión de no arreglar la situación sola.

Para mi suerte o desgracia —no lo tengo claro—, el tema en plató cambia a otra celebridad, algo de que a una *influencer* se le han echado encima sus fans porque ha decidido no enseñar a su hijo. No me da tiempo a pensar en lo mucho que me asquea este asunto también, porque…

—Pero ¿esto es tan reseñable como para que lo comenten en la tele? —pregunta mi madre mientras María elige el coletero que quiere para su trenza; seguro que se decanta por el que tiene

purpurina y un unicornio—. Pobre chica, suficiente tendrá ella con el susto… ¿Ves cómo un gatito necesita mucha atención, ratona?

—No, si mucho criticarlo, pero tampoco lo quitáis —digo elevando la voz. Aunque supongo que no los juzgo: aun no viendo bien estos programas, el morbo a veces hace querer saber qué cuentan.

Quizá por eso mismo desbloqueo mi teléfono mientras reviso en la esquina superior de la pantalla cuál es el *hashtag* del programa. Lo busco y no tardo en ver a personas tras usuarios sin foto criticar a Olivia. Que cómo puede tener un gato con su agenda. Que si se sabe desde cuándo lo tiene, porque a ver qué hacía cuando las chicas y ella se iban de gira. Que qué habría pasado si eso hubiese ocurrido con ella fuera de casa. Me cabreo. Me cabreo mucho.

—Esto es ridículo —suelto en voz alta. Mi padre me llama la atención y, al levantar la mirada del móvil, veo que los dos me miran —. Están poniendo a caer de un burro a… Ruki, y es una gilipollez. —Finjo no ver el reproche en mi progenitor por decir un taco delante de mi hermana y sigo hablando—: Lleva años con ese gato y siempre está superpendiente de él, lo adora. En cuanto va a estar fuera, si no se lo puede llevar o cree que no va a cuidarlo bien, contrata a alguien que se ocupe o lo lleva a una guardería. Tiene literalmente un montón de pasta. Ella…, bueno, lo ha dicho en entrevistas… y eso.

Seguro que lo ha dicho públicamente alguna vez, vamos. Y, si no es así, mis padres no tienen por qué saberlo. Bueno, y que ni que ellos fueran a sospechar la realidad, seamos serios.

¿Te imaginas? «Andrés, cariño, no estarás quedando con Ruki, ¿verdad? Espera, seguro que has estado un montón de veces en su salón con su gato mirándote con cara de asco. Y es incluso más

probable que os hayáis besado, que te haya besado ELLA, además. ¿Sí? ¡Lo sabía!». Evidentemente, no va a pasar.

—No sabía que te gustase tanto Girl-lies como para saber tanto de Ruki.

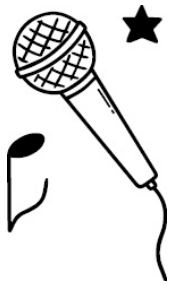
No, claro, la realidad ni se la huele, pero que tú *hayas visto* entrevistas suyas también es raro de cojones, Andrés.

—¡A mí me encantaban! Sobre todo Darku.

Y por esto amo a mi hermana. Tener una hermana de siete años es altamente recomendable a veces.

Me sale genial lo de dejar que María escurra el bulto y todos se olvidan tanto de cómo me he picado con la opinión de cuatro tontos de internet como de que de pronto sabía de una *girl band* más de lo esperado. Apenas tardo en escabullirme a mi habitación y escribir a Olivia para decirle que puede llamarme cuando le apetezca, que he visto lo de Profiterol. Pienso en la bola de pelo naranja gigante y refunfuñona. Le he cogido cariño aun con lo porculero que es, oye. Espero de verdad que esté bien.

Y que lo esté Olivia.



Desde que llegué a casa, no me he separado de Profiterol ni un solo segundo. Es más, solo me he dedicado a mimarlo todo el tiempo… y a llorar. Mi pequeño, mi bebé, mi amor. Ya está bien, profundamente dormido. Pero no puedo dejar de pensar en las últimas horas.

Si le hubiera pasado algo, si lo hubiera perdido… Vero ha intentado quitarme ese pensamiento de la cabeza por algo tan sencillo como que no ha pasado. Mi representante entró en mi salón con un café de mi local favorito y un par de napolitanas de chocolate bajo el brazo tan solo una hora y media después de que lo hiciera yo. Y, de la misma manera que yo no he soltado a Profiterol, ella tampoco se ha separado de mí ni ha dejado de darme su consuelo aun en silencio, con una mano en mi pierna de vez en cuando o jugando con un mechón rebelde de mi pelo.

Cuando mi gato empezó a no poder respirar bien, me agobié; me agobié tanto que no supe qué hacer, y la llamé a ella. Porque nadie me ha salvado nunca de más apuros, nadie me ha cuidado más que Vero.

Sí, todo está bien ahora, pero estoy en bucle. Lo he pasado muy mal, también con los periodistas allí al salir con sus micrófonos preparados; yo solo me quería morir. Mi mánager ha querido quitarle importancia, no solo porque al final ha quedado todo en un susto, sino a esa parte en concreto: según ella, no es algo tan jugoso como para que se le dé coba realmente.

Y a mí, en este momento, no podría importarme menos. Ni siquiera me he parado a pensar en los periodistas desde que cerré la puerta del *Unknown Car*.

Se me eriza la piel al sentir el fuerte ronroneo de Profiterol. Pensar que siempre ha sido tan ruidoso y antes dejé de escucharlo… Lo toco con todo el cuidado del mundo, hundiendo mis dedos en su pelaje muy despacio. Él se encoge y estira con mis caricias a cada segundo sin llegar a mostrarme sus ojos pardos.

Y hablando de ojos pardos: el mensaje que vibra en mi muñeca lleva el nombre de Andrés. No necesito mi teléfono para leerlo porque mi reloj ya me muestra su contenido, pero me lanzo a por él igualmente. Para entrar en redes sociales, alertada por si él sabe lo que ha pasado.

—Vero, soy *trending topic*.

La velocidad de un guepardo tras su presa no es nada comparada con la de mi representante atrapando su propio móvil. Y en menos de lo que dura un parpadeo ya está chasqueando la lengua; Vero me conoce muy bien, pero yo también a ella, y estoy segura de que lamenta no haber visto la reacción de la gente antes…, aunque tampoco es que pueda hacer nada.

En cambio, sí que lo ha hecho por mí estando a mi lado.

Como un impulso, en agradecimiento, cojo una de sus manos con las mías. Cuando me mira, solo niego con la cabeza.

—Ha tenido que filtrarlo alguien de la clínica a los medios o a algún periodista —dice, como si no fuese algo que hemos deducido desde el minuto uno, pero a lo que no le hemos dado ni un momento de nuestro tiempo hasta ahora—. Podrías denunciarlos. Es información privada, nadie tenía por qué compartir el diagnóstico del puto gato de nadie. Son datos íntimos.

Definitivamente, esta es Verónica Lazar. Siempre busca actuar de algún modo, siempre está pensando en planes, agendas y pasos con los que conseguir o solucionar algo. Aunque en realidad no haya manera de arreglar nada o nada que arreglar.

Suspiro con pesar… y vuelvo a negar con la cabeza.

—¿Qué más da? —Se me escapa una sonrisa resignada y me encojo de hombros—. No necesito dinero, que es lo único que

sacaría de ellos, porque nada borra que lo sepa todo el mundo y… sus opiniones. Y sobre eso…, al final, la gente lo olvidará enseguida. Como todo. Como siempre.

Profiterol se revuelve en mi regazo y yo juego con sus orejas, aún con el mayor porcentaje de mi atención volcado en él. Vero solo me mira a mí.

—Como siempre. Aunque yo lo pase mal semanas, o incluso sea algo que vuelva a veces al recordar lo que se ha dicho, todo el mundo se olvida en días.

Estoy acostumbrada, lo tengo interiorizado…, y quizá sea eso mismo y no mis palabras lo que hace que mi representante me mire con lástima. Solo eso. Y ni la juzgo ni la culpo: no puede hacer mucho más que intentar darme consuelo. Lo sé, lo sé perfectamente.

—¿Cómo lo llevas? —Su voz es suave y ahora es ella la que toma y aprieta mi mano. Me limito a escurrir el bulto, encogiéndome de hombros y frotando mi índice libre contra la nariz de Profiterol; mi gato se estira buscando más de ese contacto. Pasan unos minutos cuando Vero vuelve a hablar—: ¿Quién te ha avisado?

No lo pregunta con sospecha, solo con curiosidad, pero yo me pongo nerviosa igualmente.

—Nada, solo… mi madre. Se ha preocupado por mí y por él al leerlo por ahí.

—Hace mucho que no hablo con ella, ¿cómo está?

—No lo sé. También hace mucho que no hablo con ella.

Vero no insiste y yo tampoco añado más sobre nada en general. Unos minutos más tarde, ella se pone en pie y recupera su bolso

gigantesco solo después de dejar una carantoña en la tripa de Profiterol, que refunfuña un poco sin ganas.

—Me marcho. Te llamaré mañana…, que ya suficientes titulares hemos dado hoy.

La resignación es tan evidente en su voz como el color violáceo bajo sus ojos cansados; ni siquiera se ha molestado en usar corrector para las ojeras por haberse levantado de la cama incluso antes de lo habitual. El pensamiento de cuántos cafés sumará a su termo diario pasa por mi mente. Me hace sentir un poco culpable.

No dejo de darle problemas, tanto profesionales como personales. Y eso que no sabe lo de Andrés; creo que le arrebataría una cantidad considerable de años de vida si supiera que en este mismo salón he besado a un chico —y varias veces— con la que tenemos encima.

El recuerdo de los labios de Andrés junto a los míos me asalta y siento que necesito que esté aquí cuanto antes; aunque, en realidad, no está relacionado con sus besos.



—Aprovecha ahora que sigue un poco tontorrón. —Esta es la primera frase que me dedica Olivia cuando me paso por su casa para ver cómo están ella y Profiterol.

Y es curioso, porque la pronuncia cuando llegamos juntos al salón, mientras me señala al peludo, que duerme sobre la mesa del salón; en su línea, vamos, subiéndose a todo lo que pilla, me deja más

tranquilo. Desde la puerta hasta aquí solo hemos esbozado una sonrisa ligera cada uno.

Reconozco que, aunque venía solo con mi preocupación por ella en mente, durante mi viaje en ascensor me han asaltado las dudas. ¿Cómo debíamos saludarnos? ¿Podría darle un beso? ¿Me lo daría ella a mí? Me gusta comprobar que todo es más fácil de lo que pensaba y, simplemente, seguimos estando cómodos cuando somos ella y yo. He sentido el silencio bonito y también la curva de sus labios, aunque el gesto no ocultase su cansancio.

Bajo su atenta mirada, acaricio la barriga de Profiterol con los dedos. Y bajo la mía —muy sorprendida, debo decir—, el felino se baja de la mesa y se acurruca contra mí cuando Olivia y yo nos sentamos en el sofá. Apenas contengo un grito de emoción y ella ríe.

—Al final te cogerá cariño y todo —bromea y, cuando lo hace, apoya su cabeza en mi hombro. Rozo la cabeza del gato con temor…, aunque no con menos del que siento al acariciar el pelo de Olivia. Así, con una mano sobre cada uno de mis acompañantes, pasan un par de minutos; escucho otra vez su risa suave—. Estás tensísimo.

—Perdón —prácticamente escupo, sintiendo cómo el calor sube por mis mejillas. Pero dejo a un lado la vergüenza y me fuerzo a ser sincero—. Estoy nervioso. Bastante.

Olivia se separa de mi hombro y, cuando me giro a mirarla, soy verdaderamente consciente de lo cerca que estamos. Sus ojos verdes son enormes en general, pero aún más a esta distancia. Su nariz casi roza la mía, pero juro que es perfecta. Estoy obsesionado con su nariz; de hecho, cada vez que comparte un selfi es lo primero

en lo que me fijo. Sus labios… No puedo mirarle los labios o me volveré loco si no los uno a los míos.

Regreso a sus ojos, que me esperan, y a duras penas disimulo un bote en el sitio. De verdad que no se puede ser más pardillo que yo, pero tampoco más guapa que ella.

Aunque es en ese momento cuando me doy cuenta. Cuando me doy cuenta de que Olivia mira mis ojos, pero también mi boca, mis mejillas y creo que hasta mis orejas. Me mira con atención por todas partes, y eso me pone aún más nervioso.

De alguna forma, me parece que me gusta su atención porque siento su interés en mí, pero también me asusta… ¿decepcionarla? Creo que, si sigue mirándome así, se va a dar cuenta de que no le gusto tanto. Que no soy para tanto.

Lo único que se me ocurre para romper este momento es cerrar los ojos y darle un beso en la punta de la nariz.

Y eso consigue que ahora sea ella la que me mire tan sorprendida como sonrojada. Pero termina por sonreír.

—Tienes un montón de pecas —anuncia con sencillez antes de besarme. Y no tengo tiempo de procesar cómo me tomo el comentario porque mi cerebro ya no puede pensar en nada más que en su boca.

No sé cuánto tiempo pasa, pero encadenamos un beso con otro durante un rato. Son suaves, dulces, pero también profundos, y mi cerebro se adelanta a que puedan subir de nivel y me cago de miedo. Así que me separo de ella y vuelvo a posar mis labios sobre su nariz; esto vuelve a sacarle la misma sonrisa boba que antes.

—Me sorprende la velocidad con la que los periodistas se enteraron de todo, o sea… ¿Cómo pudo ser? —pregunto después de

una larga sesión de caricias a cuatro manos para Profiterol y mientras Olivia rellena su vaso de refresco por segunda vez.

Ella se limita a encogerse de hombros:

—Siempre se enteran de todo. En serio. Siempre —replica con una sencillez que me cuesta comprender—. Y también el *fandom*, o teorizan sobre nuestros movimientos.

Asiento, porque no sé muy bien qué más puedo decir. En momentos así, solo puedo ser oyente, pues ofrezco más preguntas que respuestas.

—Hace unos meses, le hackearon el móvil a Daniela y le filtraron unos mensajes con Laia. —Noto cómo la sorpresa hace que la piel de mi rostro palidezca—. No fue especialmente grave; o sea, quiero decir: no sacaron nada problemático, como fotos íntimas o datos hipersecretos. Pero era su privacidad, la de las dos. Fueron un par de cuentas de fans las que los publicaron en las redes sociales. Y los medios se hicieron aún más eco al hablar de la filtración, claro, el primero no tardó ni dos horas en hablar del tema.

—Pero… ¿por qué hicieron eso? —Creo que no me sale bien lo de disimular que estoy acojonado con esto. Aún más si pienso en que, hasta yo, que estoy cero puesto en asuntos como este, tengo el leve recuerdo de haberme enterado de retazos de lo que me está contando—. ¿Sus… fans?

—Sí, de las dos, además. —Olivia se encoge de hombros y a mí algo me aprieta el pecho de ver la naturalidad con la que lo cuenta. La normalidad con la que lo ha asumido—. Surgieron rumores de que no estaban bien.

«Y querían comprobarlo», completo para mis adentros.

«Aun a costa de vulnerar su derecho a la intimidad».

—Antes también —recuerdo entonces en voz alta—. En el programa en el que he visto lo de Profiterol. Un par de piezas antes mencionaron algo sobre ellas y su relación.

—Sí, claro. Es frecuente. En cuanto pasan días sin que se las vea juntas, circulan rumores de que están en crisis. Pero también las acusan de estar vendiendo su relación cuando salen en las redes sociales de la otra. —Me río al ver a Olivia poner los ojos en blanco con exageración al relatarme las contradicciones de las opiniones sobre sus amigas, pero ni mi risa aligera la tensión que siento en los hombros—. Algunos hasta dudan a veces de que, bueno, no sea todo un paripé o algo así. Ellas ya se han acostumbrado y pasan de todo eso.

Olivia coge una de mis manos y entrelaza nuestros dedos con parsimonia. Eso sí me calma, sobre todo porque, de alguna forma, lo interpreto como si quisiera decirme que comparte la postura de sus amigas. Me gusta pensar que opina como ellas sobre nosotros.

Aunque, a decir verdad, yo no estoy seguro de qué opino en este momento.

—Emma…, esto solo lo sabemos nosotras, pero… ella tuvo algo con un chico al poco de empezar en el pódcast en el que está. Él formaba parte del equipo, era becario en la productora o algo así, creo. Nunca lo confirmaron, ni hacían vida de pareja en público y eso…, pero se les vio alguna vez juntos y, solo con las insinuaciones, con leves teorías en los medios…, él se agobió un montón. Y terminó alejándose de Emma. Ella lo entendió, claro. —Sus dedos ascienden por mi muñeca y yo estoy seguro de que nota mi vello erizado en su movimiento, o igual precisamente por eso ha tenido ese gesto—. Nadie se va a enterar de lo nuestro, de verdad. Lo estamos haciendo

muy bien, te lo juro. Solo que… está bien que sepas lo que hay. Pero ¡en serio que…! Joder. —Olivia se revuelve en su sitio y ahora soy yo quien toca su piel despacio—. Que yo soy la primera que se niega a que tú pases por lo que yo paso. Esta es mi mierda. Y será solo mía siempre que tú lo quieras.

Estoy acojonado, pero no digo nada. Estoy acojonado, pero Olivia también lo está.

Lo veo en sus ojos tristes y huidizos, en su mandíbula apretada, en sus hombros encogidos. En la fuerza con la que ambos sostenemos las manos del otro.

Una vez más, me siento pequeño a su lado. Yo no tengo todos esos ojos sobre mí, ni los quiero. Pero esos ojos son relevancia, éxito, una muestra del interés de los otros por quién eres tú…, y yo solo soy un universitario un poco friki.

Insto a Olivia a acercarse y nos acurrucamos el uno en el otro. Hablamos bajito, de nada en concreto, como si hablar de la posibilidad de que esto explote nos forzase a no llamar la atención aun cuando el único espectador es un dormido Profiterol.

—Puedes quedarte a cenar —propone después de un rato Olivia, con un tono dulce tiñendo sus palabras y sus manos acariciando mi cuello despacio—… o lo que quieras.

¿Yo había dicho que estaba acojonado? No, perdona: acojonado estoy ahora.

Los colores ascienden sin ningún tipo de freno por mi rostro y siento cómo me inunda la vergüenza. El bochorno. El patetismo.

Y lo peor es que ella parece darse cuenta de que algo no va bien, porque se apresura a quitarle importancia con la mano a su sugerencia.

—No pasa nada si no quieres o si…

—Es que mi experiencia es nula —corro a explicarme antes de que ella pueda sentirse mal por no entenderme. Venga, Andrés, vamos a dejarnos en ridículo un poco más—. O sea, que nunca he tenido pareja, pero tampoco, bueno…, o sea, que tampoco tengo ninguna experiencia. Ya sabes a lo que me refiero. —Lo tiene que saber, vamos, Olivia ha debido leer perfectamente entre líneas, pero, aun así, decido verbalizarlo aún más, por si me había quedado corto en eso de sentirme minúsculo—. En el sexo.

Ella se sorprende, me doy cuenta. No la juzgo, supongo.

Pero su agarre en mi cuello se intensifica. Se vuelve más firme y, no sé cómo lo hace, pero el gesto impide que sea capaz de hacer otra cosa que mirarla a los ojos.

—No pasa nada. Podemos ir todo lo despacio que queramos —dice, y su voz ya no tiene el deje juguetón de antes, pero es más cariñosa si cabe—. En todo lo que queramos.

Y me reconforta, ella siempre lo hace, incluso cuando nuestra conversación es completamente banal. Me gustaría decir que con eso es suficiente, que compartimos el mismo punto en nuestra relación porque los dos estamos dispuestos a acompañarnos el uno al otro…, pero en realidad no estoy seguro de si compartimos el mismo punto. Porque nuestra conversación sobre las relaciones de sus amigas sigue en mi mente, latiendo con fuerza.

Porque no sé bien en qué lado del espectro me encuentro, si puedo defender para mí la forma de verlo de Daniela y Laia… o soy más como el becario de Emma. Y, por si no fuera suficiente con todas estas diferencias entre nosotros, a esto se suma que también

nuestras «vivencias sentimentales» son dispares a la hora de hacerme sentir pequeño a su lado.

Siento repetirme, pero de verdad que me es imposible no percibir a Olivia… por encima de mí. Y, si no fui suficiente para mi mejor amigo, que era el mismo perfil de chaval pringado que yo, ¿cómo voy a serlo para esta estrella?

Porque Olivia es una estrella, solo le falta creerse que no es fugaz. Encontrará la manera de brillar siempre en el inmenso cielo que es la industria musical.

Sí que acepto quedarme a cenar, aunque, cuando Olivia propone pedir algo, yo sugiero que seamos nosotros quienes cocinemos. Y es divertido, tan divertido como comer hamburguesas en un descampado a las afueras o perseguir a su gato por todo el salón en pijama. Es Olivia, Olivia conmigo y yo con ella, lo que lo convierte en divertido.

Solo eso consigue que me olvide de quiénes somos y a quiénes podría interesarles nuestra historia. Esto es lo único que debería importar, y es lo único capaz de acallarlo todo por un rato, incluso el miedo: lo que sentimos cuando solo somos nosotros.

Capítulo 9

La experiencia de comer patatas fritas y una hamburguesa en medio de un descampado fue bastante agradable, pero no se compara a lo que es estar Andrés y yo tirados sobre ese mismo descampado solo mirando al cielo. Solo él y yo. A las afueras de la ciudad y solos. Junto al silencio.

—Estoy taaaan a gusto aquí. —Soy incapaz de no verbalizarlo, pero también de dejar de mirar a las nubes, incluso sintiendo que él se ha girado hacia mí—. Lo relajante que es el sol y… el silencio. No se oye nada. Es que literalmente nada.

Andrés se ríe por lo sorprendida que sueno. Sus dedos atrapan los míos y pienso, una vez más, en lo mucho que me gusta que nos cojamos de la mano.

—También sería genial algo de música —imagina en voz alta, aunque con un tono tan tranquilo que podría pasar por recién despertado. ¿Este matiz tomará su voz por las mañanas?—. Escuchar algo en un altavoz mientras el sol nos da en la cara.

Es bonito. De hecho, lo que plantea es tan bonito que me hace sentir mal. Porque yo no he pensado en música. No he sentido la

necesidad de incluirla en este momento.

Debería pensar más en música. La música debería aparecer frente a mí sin que piense en ella, brotándome de dentro, liberándose de alguna parte de mi cuerpo o mente sin que yo la fuerce. ¿No?

—¿Cuál es tu música favorita, qué te gusta escuchar? —Cuando me hace esa pregunta, sí que le miro. Y que no aparte su mirada de mí, sino que la intensifique al hacerse evidente mi silencio, me hace sospechar que es uno de esos momentos en los que quiere que hable. En los que busca que me abra, que exteriorice en confianza lo que me pasa por la cabeza. Que reformule la frase me lo confirma aún más—: ¿Qué música te gustaría hacer a ti? No tanto en el sentido de cómo te gustaría, aunque también, pero ya me has dicho que aún no… Me refiero más bien a qué música escuchas y dices: «Ojalá lo hubiera hecho yo», «Yo quiero estar detrás de algo como esto, sonar de esta manera tan chula».

—No lo tengo claro porque… nunca he sonado sola. Y siempre he hecho la música que otros pensaban para mí. No sé cuál es la música que mejor sonaría conmigo.

Las nubes están ahí para mí cuando subo mis ojos hasta ellas. Me encanta hablar con Andrés; siento de verdad que me hace sentir mejor y que puedo hablarle de cualquier cosa. Pero eso no cambia del todo que regodearme en mis pensamientos sobre mí me duela un poco.

No sé bien cómo explicarlo, pero, de alguna manera, creo que me cansa físicamente.

—Pero… la cuestión no es qué sería lo mejor para ti, sino qué quieres hacer tú.

El silencio es ensordecedor aquí y se hace aún más evidente ahora, cuando los dos callamos. Sus palabras botan y rebotan por mi mente, como si quisieran recorrer toda zona posible en mi cerebro. Pero no consigo absorberlas.

He construido un fuerte en el que escucho recomendaciones, pero no las interiorizo. Porque no consigo llevármelas a mi terreno, adaptarlas a mí. No lo sé. Vuelve ese cansancio que no me deja pensar.

Soy incapaz de pensar en mí sin que me duela.

—A veces pienso en si no es eso lo que debería hacer, si no debería darme por vencida y ceder a que vuelvan a pensar la música para mí. Ser intérprete de canciones. No habría nada malo en ello, ¿no?

Sin embargo, mi voz suena a desánimo. Mi tono es monocorde, bajo y cansado.

—No, no habría nada malo. Muchos cantantes no componen sus canciones; eso no te haría peor artista. Pero… ¿eso es lo que tú quieres?

No lo digo, nunca me lo permito decir ni pensar demasiado, pero lo que quiero es llegar a la gente. Llegar de verdad.

De nuevo, los rostros de decenas, cientos, miles de fans aparecen en mi mente. Con los ojos llorosos, con sonrisas enormes. Con edad de ir a primaria, adolescentes acompañados de más adolescentes como actividad de grupo, adultos que, aun con su traje de oficina, han hecho la cola tras su jornada laboral. Con una inmensa perorata de palabras llenas de ilusión que lanzarme en el menor tiempo posible para poder también sacarse una foto. Y entonces los oigo;

me he obligado a no pensarlo, pero recuerdo sus agradecimientos y entusiasmo.

Eso es lo que echo de menos. Echo de menos la alegría de la gente, pero no una alegría cualquiera: la alegría con la que me contaban que se sentían reflejados en lo que yo cantaba. Todas esas veces que me explicaban cómo nuestra música les había acompañado en momentos difíciles porque se sentían parte, cómo nuestras letras se relacionaban exactamente con lo que sentían, cómo empatizaban con las historias tras nuestras voces e instrumentos. Cómo conectaban, cómo les llegábamos.

Quiero provocar eso mismo por mí sola con algo que también me salga a mí de dentro, con lo que yo empatice con la misma verdad con la que ellos lo hacían. Con algo que sea mío, no que yo haya hecho mío.

Emocionarlos emocionándome, emocionarme con que se emocionen.

Son ahora mis ojos los que están empañados. Para quitármelo de la cabeza, hablo:

—Lo que sí tengo claro —miro a Andrés y sonrío con dulzura a su gesto serio— es que me gustaría que mis fans se sintiesen con mis canciones como yo en este momento aquí.

Su mirada se dulcifica… y su agarre sobre mi mano se intensifica.

—Transmitirles esta comodidad, calma, libertad —continúo describiendo, sin apartar mis ojos de los suyos; ni siquiera para admirar esas pecas que tanto me gusta contar—. Y verdad. Siento que este momento es de verdad. Con luz real —levanto una mano hacia el sol—, con suelo real —hundo nuestros dedos entrelazados en la hierba—, con alguien a quien quiero de verdad.

No sé cómo he dicho eso en voz alta, ni cómo tampoco he huido de la respuesta de su rostro, pero lo cierto es que sigo aquí y Andrés también. Sus mejillas tienen más color que antes y su sonrisa es más tímida —también la mía—, pero permanecemos aquí. Y ahora.

Su beso llega a mi boca de la misma manera que lo hacen los rayos del sol a mi piel: cálidos, agradables, cariñosos. Y yo le correspondo con una mano en su cuello tan suavemente como las nubes se pasean por delante de la estrella.

—Cuanto más pienso en canciones, más me bloqueo —le confieso más tarde, con mi cabeza apoyada en su pecho y una de sus manos, la del brazo que me rodea, subiendo y bajando desde mi hombro a mi antebrazo—. Me pongo nerviosa solo de pensarlo y soy incapaz de pensar en nada, me quedo en blanco. —Noto cómo los dedos de Andrés, que hasta hace un momento estaban libres, se mueven también a toquetear mi cara—. A veces pienso… muchas veces pienso que en realidad no sirvo para esto. Que en algún momento todo el mundo se va a dar cuenta de que esto no es lo mío. Me siento… una farsante. Como que estoy engañando a la gente.

—Yo creo que eres muy real —suelta Andrés, y yo me muevo hasta que nuestros ojos se miran, verde y marrón enfrentados una vez más. Él se encoge de hombros—. Por eso aún no has podido hacer nada, porque… no te sale de dentro. Y, si no te sale, no te sale. Sacarlo a la fuerza igual sí que sería engañarnos. Sobre todo a ti.

—Andrés, ni siquiera sé cómo quiero sonar, yo… —Chasqueo la lengua y me incorporo de verdad, sentándome en el suelo; incluso así, él continúa acariciando la piel a la que sus dedos sí llegan—. Hace tiempo que apenas soy capaz de escuchar música de otros.

Porque solo lo hago con mi equipo, con gente con la que trabajo, para intentar inspirarme, o buscar referencias o… No disfruto de la música en casa porque me encuentro a mí misma buscando algo que no encuentro.

Durante unos segundos, el silencio completo regresa y, por primera vez desde que hemos llegado, siento que este me agobia, que no lo quiero aquí. No estoy segura de qué espero que Andrés diga, o qué quiero que diga, pero esto también es algo en lo que me había obligado a no pensar. Porque me da miedo.

Entonces, Andrés también se incorpora. Con sus codos apoyados en la tierra, busca en sus bolsillos, en los de los vaqueros. Estoy a punto ya de moverme hasta alcanzar su mochila —por si en realidad ese es el lugar en el que está lo que no encuentra— cuando saca una bola de cables. No, unos auriculares. Los típicos blancos que vienen en la caja del teléfono móvil. Los de escuchar música de toda la vida.

Veo cómo, haciendo acopio de toda la paciencia del mundo, Andrés deshace sus múltiples nudos antes de tenderme uno a mí. En su mirada hay una promesa.

—Vamos a escuchar música. Solo eso. Sin pretensiones de encontrar referentes. Tú y yo, centrándonos solo en si nos gusta o no cada canción. Nada más.

Dudo. Muchísimo. Mogollón. Pero cojo el auricular y me lo meto en la oreja. Porque confío en él y, sobre todo, porque quiero enfrentarme a mis miedos… y él parece decidido a echarme una mano cuando no me atrevo a hacerlo sola.

Y esa sensación me persigue allí donde voy. Me encuentro por las esquinas pensando en lo mucho que me calma saber que alguien

está ahí para escucharme. Que puedo contarle a alguien lo que ronda por mi cabeza y que pueda sentirlo y comprenderme. Pero también me calma el simple hecho de verbalizarlo para otra persona.

Incluso ahora, con Vero revisando su carpeta, termo de café en mano y silencio de sala de espera, pienso en la sensación que me llena cuando vacío mi cerebro al pronunciar en voz alta todo lo que me atormenta. Nunca se me había hecho tan ameno esto de, bueno, hacer tiempo.

Puede parecer que las campañas publicitarias son sencillas, que es echar cuatro fotos a la modelo de turno en diferentes posiciones, pero lo cierto es que no. Lo cierto es que es frecuente que todo el proceso sean muchísimas horas, incluidas las previas a ponerse frente a la cámara. Esto que toca hoy es una sesión de vídeos e instantáneas para una firma de perfume de lujo que en otoño sacará una línea más juvenil.

Exacto, igual que para aquella firma de joyería, la de la rueda de prensa que dio tanto que hablar. ¿Qué mejor para acercar a los jóvenes una marca con imagen de éxito que la ídola joven y exitosa a la que quieren parecerse, a la que envidian? Eso es lo que ellos piensan cuando proponen estas cosas a mi equipo, y también lo que revelan los datos de ventas cada vez que protagonizo un anuncio.

Sin embargo, yo sigo sin ver cuáles son los motivos que despiertan tal envidia. Va en serio. Sí, el dinero está genial, soy consciente del privilegio que es no tener que preocuparte de los dígitos en tu cuenta y de cómo se van a pagar tus gastos. Me refiero a que, bueno, a ver…, yo no me siento alguien genuinamente envidiable. No más allá de la economía.

Aunque tampoco puedo juzgarlos: mis redes sociales e imagen mediática sí son envidiables y radiantes.

—La verdad es que fue todo un acierto comentar lo de que sacarás música después del verano —comenta de repente Vero, haciendo que mis hombros se cuadren de manera automática—. Es comprensible que, si ya de por sí a la firma le gustaba tu imagen, le sumase puntos el hecho de que el lanzamiento de esta campaña coincida con el de tu música: estarás en boca de todos con la expectación que hay sobre ti como artista y serás un perfil muy potente para ellos. —Mi mánager no me mira, pero no me hace falta verme en sus ojos para notarme inquieta—. Además, quiero acordar con ellos ir haciendo algún *spoiler* en redes para ir llamando la atención de la gente. Les dará aún más visibilidad y, por tanto, beneficios, así que podemos pedirles más…

Creo que me falta el aire. El agobio de siempre es más intenso. ¿Qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo queda, teniendo en cuenta que en agosto todo se paraliza y solo contaré conmigo misma para pensar ideas?

—¿Lo de otoño sigue en pie? —la interrumpo sin remedio.

—¿Lo de darte canciones como cuando estabas en Girl-lies? —Vero lo hace todo siempre más fácil entendiéndome al vuelo. No sé cómo consigo asentir—. Sí, la idea es probar por ahí. Canciones prefabricadas con un rollo similar al que teníais. Te dejarían pasarte un poco por alguna sesión de composición para así poder colar tu nombre en los créditos y ya está.

—¿Y pueden obligarme?

Entonces sí, Vero se gira hacia mí… con una ceja alzada.

—¿Disculpa? —No ha sonado brusca, solo sorprendida.

Y lo entiendo, porque no acostumbro a dar indicios de que algo no me parece bien. Ni de nada, en general.

—Yo quiero hacer mi propia música.

—¿Y dónde está? —Vero sigue sin parecer enfadada, pero eso no impide que me quede cabizbaja y callada. Escondida y temerosa tras el único y leve «motín» en siete años de carrera; la resistencia más breve de la historia, supongo. Mi representante resopla—. Cariño, no va a malas, pero es la realidad. Tú ahora no estás llegando a puerto y no podemos esperar mucho más. Ya vamos tarde contigo; no queremos que se olviden de ti. —Aprieta su carpeta contra su pecho y el gesto me recuerda la cantidad de trabajo, planes y esfuerzos que esta mujer hace para mí cada día—. Y tampoco sería nada malo que te dieran la música; grandes canciones de la historia de la música no las compusieron sus cantantes, solo las cantaban.

Lo sé. Lo sé, no infravaloro a quienes interpretan temas que no han compuesto, pero… esta conversación ya la he tenido con Andrés.

—No es lo que quiero.

Como si necesitase prepararse para esta conversación inesperada, Vero se lleva el termo a los labios y pega un trago de café que, de ser una bebida con burbujas, posiblemente le hubiera provocado una arcada. Pero ella, como si nada, se reclina por completo contra la pared, mirándome de lado, y me dedica una de esas miradas que siempre tiene para mí cuando siento que necesito un abrazo.

—Mira, Olivia…, me llamas Vero, lo que solo hace mi marido —empieza a decir, sin deshacer ni un ápice esta posición tan doméstica, cotidiana, desenfadada, que veo también reflejada en su tono de voz—. Por Dios, si te veo más que a mis hijos. Creo que

hasta te he ayudado más con los deberes que a ellos. Jamás querría para ti algo que no sea lo mejor. —Es entonces cuando su mirada se vuelve aún más intensa sobre mí, casi maternal, en ese tipo de gestos que parecen preceder a una regañina, pero en realidad solo buscan asegurarse de que pillas el mensaje—. Jamás.

Verónica Lazar no suele hablar de su vida personal más allá de que todos sepamos que tiene dos niños y que es el padre de estos quien más tiempo pasa en casa —algo no difícil de deducir teniendo en cuenta que tampoco es sencillo imaginar a la mujer frente a mí en cualquier sitio que no sea la discográfica o lugares relacionados con sus estrellas— porque le gusta mantener su privacidad para sí. Pero jamás la he visto contener su carácter cercano, incluso familiar.

Es, fácilmente, la persona más profesional que conozco y no creo que nadie no le tenga cierto miedo a sus regañinas después de una cagada que, al final del día, también le repercute a ella. Y podrá parecer seria, firme, con su porte elegante y comprometido con su labor…, pero, quizá por ese afán de perfeccionismo que también la define tanto, es incapaz de no estar para ti en cualquier momento.

Si a alguien tuviera que confiarle mi vida, siempre sería a ella. No me lo pensaría dos veces, no necesitaría ni dos segundos para pronunciar su nombre.

—¿Recuerdas cuando me ayudaste en mi primera regla?

Se le escapa una risa suave por mi comentario.

—Cómo olvidarlo, estábamos en medio de una gira, teníamos concierto al día siguiente. —Vero finge quitarse una mota de polvo del hombro y yo me río por el gesto. Sí, se sintió toda una situación límite y ella supo solventarla, como siempre—. Me enfrenté antes de lo que yo pensaba a tener que enseñar el mecanismo de una

compresa. Ni siquiera era madre aún; estaba a punto de quedarme embarazada por primera vez.

Eso me hace recordar que pensamos que los meses sin ella podrían ser el fin del mundo. ¿Qué sería de nosotras sin la «protección y vigilancia de mamá Girl-lies», como dijo entonces Daniela? Pero lo cierto es que no llegamos a comprobar si todo se vendría abajo sin Vero, pues, aunque sí que se marchó a su casa, apuró prácticamente hasta las últimas semanas de embarazo, estuvo pendiente del teléfono como si alguien se lo hubiera pegado a la mano y se reincorporó en cuanto la ley se lo permitió. Y la situación se repitió en su segundo embarazo.

En su momento, agradecimos contar con ella, pero ahora soy incapaz de no pensar en hasta qué punto era necesario que se forzase a sí misma a estar para su trabajo en un momento así. De no pensar en la presión que también debe sentir en sus hombros.

Vero me sonríe, con la anécdota aún bailando entre nosotras. Recuerdo un matiz muy concreto sobre ella en voz alta:

—Fui la última.

—Sí, en eso también —bromea mi representante.

Y ambas le dedicamos a la otra una sonrisa llena de cariño.

—Mira, Olivia. En esta industria, lo importante es meter la cabeza, y tú ya la tienes dentro. Eso es un pedazo de paso. Pero también hay que mantenerse, sobre todo cuando se viene de algo tan grande como lo habéis sido vosotras. ¿Te has dado cuenta de lo rápido que ha olvidado todo el mundo a Luisa? No podemos dejar que también te olviden, por eso… por eso hacemos todo esto, joder. —Abre el brazo para señalar a todas partes—. Pero también corremos el riesgo de encasillarte en *influencer*, y no eres eso, no al menos solo eso.

Una vez que la gente te quiera, Olivia, una vez que estés aquí —pone una de sus manos por encima de nuestras cabezas—, ya podrás hacer lo que quieras. Tendrás todo el tiempo del mundo para ser quien quieres ser, para decidirte.

Quizá sea el impacto de Andrés o siempre haya estado dentro de mí, pero no puedo evitar pensar que entonces sí. Entonces sí que estaría engañando a la gente, que les llegaría sin ser yo. Y eso es lo único que tengo claro que quiero ser.

Aunque fue así como empecé.

—Así es como empecé —digo en casi un susurro—, con canciones prefabricadas.

—Exacto, y todo el mundo os quería. Y os quiere. Puedes verlo de esta manera: lo fuisteis todo para ellos porque erais universales. —Vero chasquea los dedos, como si acabase de llegar a una gran conclusión—. Mira, eso igual es un buen consejo para que te relajes y, a lo mejor, consigas llegar a algo por ti sola. Además de relajarte, claro.

No termino de comprenderla, y hasta paso por alto el tono maternal que ha empleado en la última frase.

—Que te relajes, porque, si no llegas, te haremos llegar. Y que pienses en lo que quieren escuchar. En conceptos universales.

De alguna forma, lo siento como la última oportunidad.

Tanto que, en cuanto llego a casa, me siento en mi escritorio con una libreta y un boli. Siento los ánimos de Vero como una nueva oportunidad. Creo poder hacer ambas cosas. Puedo hacer ambas cosas. Ser universal y personal. Tengo que poder. Si hay conceptos con los que todo el mundo puede empatizar, tienen que poder salir

de mí porque yo soy como todos ellos; yo debo empatizar con ellos y compartirlos con la gente.

Vale, bien. Lluvia de ideas. ¿Qué es universal? ¿Qué es lo más universal?

El amor aparece en mi cabeza. Quizá manido por ser protagonista de tantas historias, pero… sin duda universal. Ahora bien: ¿cómo veo yo el amor?

Andrés. Andrés corre a mi mente, siempre con su aliento y calma, con su cara y manos llenas de pecas, con sus caricias suaves.

Pienso en Andrés. Y pruebo a escribir sobre él.

Capítulo 10

Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Jamás en mi vida he estado más nerviosa.

Y, frente a este amasijo de sentimientos haciendo saltos mortales en mi pecho, Andrés espera paciente sentado en el sofá de mi salón. No le he dicho nada, no le he dado ninguna explicación. Solo me he limitado a pedirle que viniera —como otras tantas veces—, he hecho que se colocase ahí y yo me he quedado aquí plantada abrazando mi libreta. Esta libreta que nunca había contenido nada y ahora siento que lo contiene todo.

Fue difícil, dificilísimo, enfrentarme a mirar el color amarillento de sus hojas sin nada que escribir, pero, al mismo tiempo, mucho en mi cabeza con ganas de salir. Sentía en mi mente, como cada día, una ingente cantidad de palabras arremolinándose por todas partes. Y entonces me di cuenta de que no pienso tanto cuando hablo con Andrés. Que no me paro a medir mis sentimientos cuando los transformo en frases que pronunciar en voz alta, así que… hice algo parecido.

Sin pensarlo demasiado, me puse a escribir sobre Andrés. Casi como si fuera una carta para mí, escrita como hablo, siendo texto y no canción. Y entonces lo transformé en canción.

Ahí ya sí me esmeré más. Releí mil veces la prosa para formular los versos. Retorcí las palabras para que sonase más bonito. Reagrupé sentimientos como si, esta vez, se los quisiera cantar a él y no contármelos a mí. Y entonces conseguí formar una estrofa y un estribillo.

Por primera vez en mi vida.

Y por primera vez en mi vida iba a compartirlo.

—He escrito una canción —suelto de repente, y hasta Profiterol da un respingo por ello; por cierto, no me acostumbro a verlo acurrucado contra Andrés—. O sea, no es una canción canción. Es una parte de nada y no sé si está bien. Bueno, en realidad en la música no se puede hablar tan a la ligera de «bien» o «mal». Y tampoco tengo muy claro cómo sonaría porque yo de melodías no entiendo. El caso… que te lo quiero enseñar.

Estoy muy seria, e imagino que ese es el motivo de que Andrés me mire de la misma manera y asienta temeroso. Yo apenas contengo un suspiro. Esto es insoportable, qué angustia.

Al borde de preguntarme a mí misma por qué no me interesaría de pequeña por, qué sé yo, la gimnasia rítmica, me fuerzo a pensar en los rostros de los fans. A imaginarlos con esas reacciones por mis propias canciones.

Sí, eso es en lo único en lo que debo pensar.

—Voy. —Es la única palabra que soy capaz de articular antes de dar los pasos suficientes como para dejarme caer al lado de Andrés.

Él toma mi libreta cuando se la ofrezco y lee para sí mismo mis frases a bolígrafo, sin juzgar que no haya querido leerlas yo: suficientemente duro me está pareciendo compartirlas de esta manera como para verbalizarlas. Hacerlas más reales.

Noto que Andrés está tan nervioso como yo, por eso ríe divertido. En realidad, es la agitación, la inquietud lo que produce su risa.

—¿Puedo ser completamente sincero? —dice tras unos minutos que yo percibo como eternos. Apenas puedo asentir, rígida como estoy, encogida sobre mí misma, con las piernas contra el pecho y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Profiterol se ha hecho una bolita en los escasos centímetros que nos separan, pero me mira a mí por el rabillo del ojo—. No me suena a ti. No creo que tú dijeras algo como esto.

Cuando Andrés calla y me observa, yo también lo miro a él. Me gustaría que siguiera, aunque ya esa frase me afecta, porque…, si quiero contar mis historias, también deberían sonar a mí, ¿verdad?

—Tú no eres… tan rebuscada. Poética, quizá. Ni empalagosa, tampoco. Ni nosotros somos tan felices. O sea… —Sus mejillas se tiñen de color—. A ver…, entiéndeme: yo soy feliz contigo, me refiero…, que no es todo tan mundo de hadas, ¿no? —Tomo su mano y la entrelazo con la mía cuando comienza a morderse las cutículas. Se queda unos segundos en silencio tras mi gesto, pero continúa hablando al verme asentir otra vez—. Quizá es demasiado genérica, como muy… lo que se esperaría de una canción de amor. Se supone que es para mí, pero no me suena a nosotros.

Reflexiono sobre su aportación. Está escrita en segunda persona, como si yo le hablara a él, así que entiendo que la sienta irreal si, siendo el receptor, no nos ve en esas frases. Lo cierto es que,

cuando escribí sin pensar en música, sí que fui a los detalles y me dejé de palabras grandilocuentes —que es lo primero que me ha señalado como alejado de mí—, pero, a la hora de pasarlas a versos, quise esforzarme en que sonase bonito, en crear una metáfora detrás de otra…, al mismo tiempo que creí que era mejor idea no ser tan concreta. La universalidad de la que habló Vero.

Ahora creo que no se refería a eso y que mis versos, además de poder haber salido de cualquier otra persona, solo son un listado de imágenes pedantes que yo, en realidad, nunca diría.

—Perdona. No sé en realidad qué estoy diciendo —la voz de Andrés me devuelve al mundo real; también su apretón en la mano, que aún mantengo pegada a la suya—, si yo no sé nada de música.

—No, no, pero si tienes razón —le interrumpo al mismo tiempo que le devuelvo el apretón—; a mí tampoco me gusta. —Me cubro la cara con la mano libre—. Qué mierda, yo no sé escribir canciones.

Sus dedos dejan de sostener los míos para empezar a acariciar mi piel. Y sus palabras también me acarician a mí:

—A ver, pero tampoco te fustigues tú ahora. Es la primera, es normal, ¿no? —Me sonríe, y lo hace de una forma tan dulce que yo también sonrío con él. Me dejo caer más cerca, pegando mi frente a su hombro, y Andrés no tarda en hundir una de sus manos en mi pelo—. Además, lo importante es que has sido capaz de enfrentarte a ello, de contar algo, aunque no te guste el resultado. No eras capaz ni siquiera de encontrar algo de lo que hablar y ahora has podido hacerlo, has podido escribir sobre una idea e intentar darle forma. Los versos no te convencen, pero… los has escrito. —Me muevo lo suficiente como para buscar sus ojos con los míos. Él corresponde a mi mirada y juega con mi cabello—. Quizá deberías

enseñárselos a alguien de tu equipo, o comentarles de qué quieres hablar, si es que esto es lo que quieres contar.

Compartir todo esto con alguien más. Decirles que quiero hablar de amor, permitir que hurguen en esta palabrería que ahora me hace ruborizar.

—¿Tú cómo crees que hablaría yo? —le espeto, solo para huir de la escena que está creando mi cabeza. O para buscar una salida que mejore la situación ficticia que en algún momento se producirá—. Ya que has estado tan seguro de que no lo hago como ahí —bromeo señalando la libreta con los ojos.

Él ríe también.

—Pues no lo sé, Olivia. Pero no tan *elegante*, supongo. Es como… muy literario. Tú eres más directa.

—Pero la música es literaria, ¿no? Quiero decir, suena bien y eso. Lo bonito es que no suene a como hablamos.

—O no.

Apenas un segundo después de mirarnos a los ojos, los dos estamos inmersos de nuevo en la libreta. Leyendo en nuestra mente mis frases, desgranando esa canción que estoy ya a punto de odiar.

—¿Me ayudas? —Mi voz es temerosa, pero no más que su mirada:

—¿Yo?

Solo me encojo de hombros… y la hora siguiente se basa en él y yo sentados en el suelo, pasándonos el uno al otro tanto la libreta como el boli, riendo a carcajadas por cualquier cosa, ruborizándonos al hablar de sentimientos, besándonos cada dos por tres. Y también la siguiente, y la siguiente.

La luz que entra por el balcón del salón es casi inexistente y yo casi no me he dado cuenta, metida de lleno en escribir, leer y

reescribir las emociones que he plasmado en esta hoja llena ya de tachones. El resultado es mono, pero no empalagoso. Concreto, pero sin ser reconocible. Simple, pero cuidado.

—¿No te suena infantil? —pregunto temerosa porque, aunque ahora sí me siento orgullosa, también me da miedo. Me pregunto si alguna vez dejaré de sentir miedo—. Siempre…, últimamente se me tacha de niña y…

—¿Por eso te esmeraste tanto en que sonase *fino*, como decías?

—Sí…, quería que pareciera como… meticuloso. Que *yo* pareciera profesional, y culta, y… no sé. No sé escribir y no quería parecer tonta, supongo.

Andrés acaricia mi brazo, paseando la yema de sus dedos desde mi hombro desnudo hasta mi muñeca una y otra vez. Me encanta, me encanta que haga eso, que sepa transmitirme sus «estoy aquí», «tranquila», «todo está bien» solo con un gesto tan pequeño. Yo quiero transmitir también tanto con tan poco…

Releo de nuevo lo que he escrito, a lo que Andrés me ha ayudado a dar forma, sugiriéndome ideas o palabras a medida que yo compartía con él los retazos de nosotros que iba queriendo incluir, opinando cuando dudaba de una frase o animándome cuando sentía que no lo estaba haciendo bien. Me gustan —mucho, un montón— estas frases que, por fin, han salido de mí.

Y, si a mí me gustan, me identifico con mi forma de decirlas y creo que llevo hasta otros el mensaje que quiero transmitir con ellas…, ¿qué más importa? ¿Por qué no estarían bien estas expresiones simples si mis sentimientos son verdaderos?

Me muerdo el labio inferior pensando en las opiniones de la discográfica, de la crítica, de los fans. Pero ¿y si no son malas?

—Igual se la enseño a las chicas.

Noto cómo Andrés se sorprende, e imagino que no es tanto por querer hablarles de él —que también, por cómo se tensan sus hombros—, sino por pensar en abrirme con ellas sobre la música.

Pero lo hago. Cuando son mis amigas las que se sientan en ese mismo sofá en el que he compartido por primera vez algo escrito por mí, les cuento que estoy con Andrés, les pido calma cuando chillan ante esa revelación y les digo que ahora toca hablar «de lo realmente importante de verdad».

—¿Qué hay más importante que lo de que te hayas encoñado de un tío? —me interrumpe Daniela, que lleva un delineado gráfico de colores neón porque ha terminado de grabar su próximo videoclip justo antes de venir. Laia, pegada a ella como una lapa, no deja de repetirle lo guapa que está—. ¿Tú sabes el infarto que le va a dar a «mamá Vero»?

—No le va a dar ningún infarto porque no se va a enterar —me apresuro a dejar claro. Abrazo con más fuerza mi libreta y veo cómo Emma se fija en el gesto. Luisa hace una broma, pero no le presto atención—. Tengo un lío enorme en la cabeza con el tema de la música. Y la discográfica me ha dado un ultimátum.

Sé que he utilizado las palabras adecuadas al ver cómo guardan riguroso silencio, pero también detecto que se han acojonado por lo fuerte de mi elección. Me apresuro a concretar a qué me refiero, explicándoles que tengo hasta otoño para entregarles una propuesta original o ellos se encargarán de confeccionar mi música.

—Sería una putada… —dice Daniela, que nunca ha valorado hacer uso del tacto, y yo ahora se lo agradezco más que nunca: me gusta

su sinceridad—. Yo no me imagino ya tirando con las ideas de otros, la verdad.

—Dudo que la discográfica me hubiese ofrecido «Lilit» —bromea Laia en referencia al tema más polémico de su carrera en solitario, aquel en el que su novia hacía acto de presencia para comerle toda la boca y dejar claro quién era el destinatario de sus versos tan cursis como sugerentes—. Aunque seguro que te dejarían meter mano en lo que te propusieran y tal; por lo que dices, no están cerrados a darte libertad creativa.

—Claro, en realidad solo es una ayuda ahora que estás bloqueada —dice Emma, que me escudriña con un nivel de atención altísimo desde que he empezado a hablar—. Quizá deberías valorarlo.

Miro a Luisa, la única que aún no ha pronunciado palabra. Ella solo se encoge de hombros con una de sus pizpiretas sonrisas.

—Eso es cosa tuya, aunque, si te raya tanto…, está claro que es porque ya sabes que no es lo que quieres. Ni siquiera de forma temporal. Que lo que quieres es otra cosa.

Cuatro pares de ojos están sobre mí, como si, acaso, necesitasen que yo me pronunciara sobre el tema, que confirmara para todas ellas cuál es mi postura.

Y creo que ya he dejado durante mucho tiempo que se sobreentienda mi postura.

—Sí, sé que no quiero que me den ellos los temas. Quiero cantar mis propias historias a la gente. —Tomo aire por la nariz con mucha fuerza, tanto que noto cómo mis pulmones se hinchan en mi pecho —. Y he escrito una canción.

Sorprendentemente, no es enseñándosela cuando más vergüenza paso. Es posible sentir más calor en las mejillas, como compruebo

cuando se ríen de mí al explicarles el proceso con todo lujo de detalles, al contarles que Andrés estuvo conmigo en esta segunda versión. Daniela bromea con lo monísimos que debíamos vernos sentaditos el uno al lado del otro para escribir sobre nosotros y el resto ríe con ella. Tengo que pedirles que, por favor, paren cuando Emma tiene un ataque de risa por culpa del verso que hace referencia a que mi gato lo odia.

—Por favor, sois adorables —dice Laia con esa voz que parece destilar azúcar cuando algo le produce ternura—. Con lo gruñón que es Profiterol, me parece superbonito que quisiera acercarse a él aunque le diese miedo. Andrés es el hombre de tu vida.

—Laia, por Dios. —Emma todavía está secándose los ojos con los dedos.

—Mis padres —zanja ella, acompañando sus palabras con un gesto tajante con la mano.

—A mí me gusta mucho —habla entonces Luisa, que me sonríe con tanta alegría como diversión—. Puede parecer simple por el lenguaje y eso, pero creas imágenes muy concretas y es una canción que solo podrías haber escrito tú. En plan…, tiene muchos detalles vuestros, como lo del gato, y eso es guay.

Vale, antes mentía: sí puedo pasar aún más vergüenza.

Por lo visto, soy una persona que lleva regular los halagos hacia su trabajo, porque noto cómo me pican las mejillas del calor que me sube hasta ellas.

—Eso es verdad, mola lo de… personalizarlo. No es una canción de amor, es *tu* canción de amor —añade Daniela, que rodea los hombros de Laia con su brazo cuando dice el primer «amor». Ellas sí que son adorables—. Y es algo que está como en auge, ¿no? Me

suena haber escuchado canciones del palo, jugando con ser sencillas pero siendo como muy profundas en sentimientos y eso.

Antes de que le den o no la razón las chicas que también están metidas de lleno en el panorama musical, Luisa vuelve a tomar la palabra:

—¿Y qué género es? ¿Qué instrumentos le quieres meter?… y tal. —De la manera más escueta que encuentro, les hablo de que no tengo ni idea de cuál es mi sonido, de qué tipo de música quiero hacer porque, en realidad, para mí la clave está más en la letra, en la historia de fondo. Aunque me gustaría transmitir también calma, paz, un respiro; lo que le dije aquella vez a Andrés mientras mirábamos el cielo, he pensado mucho en ello últimamente. Que mis oyentes se vean en mis historias y, a la vez, se lo pasen bien o, al menos, las sientan como una forma de alegrarse el día—. Podríamos probar. Tenías por ahí una guitarra que te regalaron desde un club de fans, ¿verdad?

Antes incluso de que todas me miren a mí para que pueda dar mi opinión sobre la idea, mis amigas se giran hacia Luisa; yo también lo hago.

—¿Quieres hacer música? —Es Emma quien se atreve a preguntar.

—No, quiero *jugar* a la música —puntualiza con esa sonrisa que le llena las mejillas y muestra su colmillo levemente torcido—. Que probemos todas un ratito, por diversión. Ay, por Dios, pero ¿y esas caras de susto? Ni que yo odiase la música o algo, que me piré del mapa solo porque sin vosotras no sería divertido. Y aquí estamos las cinco, ¿no?

En un ataque de amor siempre gracioso en ella, Daniela se le echa encima, tumbándola en el sofá en una especie de placaje.

—Bua, te quiero, tía.

—Laia, tu novia me está aplastando.

Cinco minutos más tarde, la guitarra que estaba muerta de risa en el fondo de mi armario acaba en las manos de Luisa, como cuando todo el mundo la llamaba Sol. Y cincuenta más, los versos a los que di vida con Andrés a mi lado terminan de nacer en la compañía de unas amigas a las que no sé por qué tuve miedo de dejar acercarse.

Descubro lo divertido que es probar a entonar mis frases a diferentes velocidades, con distintos acordes de fondo, en estilos más dulces, cañeros o lentos. Acabamos grabando varias versiones en un montón de audios de WhatsApp para tenerlos guardados en nuestro grupo conjunto, para rememorar lo bien que lo hemos pasado esta tarde… y para tenerlos a mano si a cualquiera de nosotras se le ocurre algo con lo que poder jugar otro día. Porque van a pensar en ello, porque me aseguran que van a estar ahí para mí y están decididas también a ayudarme en todo lo que puedan a encontrar quién soy en la música.

Y creo, de verdad, que ahora sí lo estoy encontrando. Que quizá lo que siempre había evitado, compartir mis emociones con los demás, era justo lo que necesitaba para quitar el primer ladrillo de ese muro llamado bloqueo que yo misma había levantado. Porque callándome con los demás también me estaba callando conmigo.

Porque, negándome a exteriorizarlo con otras personas, también estaba negándoselo a la música. Porque la música es escuchada por otras personas y eso es, en realidad, lo que me frena. Pero… ¿cómo volver a callar cuando el hecho de que Andrés me escuche me hace sentir tan bien? ¿Cómo volver a callar cuando hablar me ha regalado esta tarde que se ha sentido amiga de verdad? Ahora, pensar en

que alguien escuche esta canción y la sienta mía, pero también suya, me provoca un cosquilleo.

Un cosquilleo que se extiende por mi piel y llega hasta mis ojos, que se humedecen como lo hacían los de los fans al confesarme su implicación con las canciones que tenían mi voz. Esta lleva también mi implicación y solo con pensar que pueda despertarla en ellos… me da la fuerza para no parar de hablar nunca más.

Capítulo 11

Vuelvo a estar nerviosa; no sé decir si más o menos que cuando era Andrés a quien tenía enfrente. Le pregunté a Vero ayer cuándo volvería al estudio y se lo tomó como un elevado grado de interés en componer por mi parte, así que en menos de quince minutos consiguió que hoy pudiera volver a reunirme con Raquel Monte y Rodrigo Frías. La última y única vez que nos vimos no sacamos nada en claro, pero ahora tengo una libreta con unas cuantas frases que escribí estrujando mi corazón. Aunque eso no termina de tranquilizarme.

Ambos artistas me miran con sendas sonrisas en la boca, como si estuvieran dándome el tiempo necesario para procesar dónde estoy y cuál es nuestro objetivo. Eso me hace recordar que no he subido ninguna foto. Cuando Vero me contó que sería de nuevo con ellos con quien estaría hoy, dijo también algo como: «Así, si subes algo, podrán teorizar con que hayáis retomado lo de aquella vez… o que funcionasteis tan bien que estáis trabajando en más».

Supongo que puede esperar. Que lo que piensen otros puede esperar.

—¿Puedo deciros de qué quiero hablar y a partir de ahí dar con algo? —sugiero de repente, aferrándome a mi libreta y apretando los pies contra el suelo debajo de la mesa—. Aunque traigo algo escrito, pero me parece una mierda.

Es mentira, porque a mí sí que me gusta. Pero prefiero no dármelas de nada por si creen que no sirve para nada. Prefiero dejar claro que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Claro, eso está genial. Podemos hablar un rato, que nos cuentes…, seguro que mola lo que quieres contar con la canción —me anima Raquel, que juega con un bolígrafo en sus dedos y casi siento el sonido que produce el movimiento.

—Pues… quiero hablar del amor. O sea, sí que está muy manido y eso, que es típico, pero… Al final no hay nada más universal, ¿no?

—Tal cual, empatizamos todos muy rápido, aunque es verdad que precisamente por eso se ha escrito mucho de amor. —Rodrigo me da la razón, pero su tono afable ayuda a que no me desmotive la segunda parte—. Pero es que hay infinitas formas de escribir de amor; ese es el motivo de que parezca que no se agota. ¿Desde qué punto de vista quieres hacerlo tú?

—¿Cuál es la historia detrás? —añade Raquel.

Vale, esto me asusta un poco. Ya no por hablar de mis sentimientos, sino por tener que hablar de Andrés. ¿Hasta qué punto puedo hablarles de él, qué parte de nosotros puedo compartir? La canción que he escrito no es nada que tenga que ocultar; añadí muchos detalles de nuestra relación, pero de los que no necesito tener que esconder, de los que no harían elevar una ceja a nadie. Nadie entendería de ella cómo nos conocimos, quiénes somos, cuál es nuestra vida.

¿Cómo camuflo frente a ellos lo genérico para poder hablar de lo específico? ¿Cómo camuflo frente a ellos que quiero escribir una canción de amor porque estoy enamorada?

—Había pensado en que sea… como si le hablase a esa persona. En plan a un amor imaginario —empiezo a inventarme, intentando alejar de mí la imagen de Andrés que se proyecta en mi cerebro por estar pensando en no pensar en él—. Un amor no correspondido, por ejemplo. O que lleva un tiempo lejos y…

—Desarrolla una idea —me propone Rodrigo—. Coge una y háblanos de ella. Sin presión, esto es un juego, inventa.

Yo sigo hablando mientras ellos toman nota de todo lo que voy diciendo; de cómo, sobre la marcha, voy inventando una ficción a base de retazos de imaginación y películas que he visto. Pero, a medida que añado más y más datos en mi relato de amor, cada vez me gusta menos la idea. Y cada vez estoy más incómoda, porque ya no la siento mía.

Porque podría ser interesante explorar esto, contar la historia de otros, una historia que yo maneje a mi gusto para transmitir un mensaje que me parezca chulo…, pero no es esto lo que quiero hacer. No ahora, al menos.

Me remuevo inquieta en mi silla, aún sin dejar de hablar, pero creo que eso no impide que Raquel se dé cuenta.

—¿Por qué no nos enseñas lo que traes ya escrito? Como nos hemos puesto a profundizar en la idea, no le hemos echado un vistazo a eso.

—Bueno, lo que había escrito no se parece en nada a esto, en realidad —confieso y casi me siento como una niña a la que han

pillado en una mentira. Pero también poniendo a ambos sobre aviso de lo diferentes que son ambas versiones.

Sin embargo, ellos le quitan importancia. Creo que me molesta un poco lo mucho que termina quitándole importancia todo el mundo a detalles de los que yo he hecho un mundo.

Les tiendo la libreta y tanto Raquel como Rodrigo se asoman a ella con genuina curiosidad. Y, mientras él tacha lo que había escrito en sus propios folios y comienza a tomar nuevas anotaciones sin dejar de leer mis versos, ella pronuncia algunos en voz alta varias veces. Imagino que es para hacerse a la idea de cómo suenan, pero eso no mejora la temperatura de mis mejillas. Siento que mi canción, mis sentimientos, yo… soy las respuestas de un examen que están corrigiendo.

Solo espero que no abunde el color rojo.

—Pues creo que lo primero es felicitarte —dice, después de lo que me parece una eternidad, Rodrigo Frías, con un brillo en los ojos que me hace saber que, si bien antes pude pensar que había adoptado un papel más cercano a la amistad que al profesional, ahora es un compositor el que me mira.

—Además de verdad: aquí tienes unas cuantas ideas bastante chulas. —La mirada de Raquel Monte también se tiñe del fulgor de quien se dedica al arte. Y no sé si este renovado entusiasmo me calma más que me impone; mis hombros están tensos—. Creo que se pueden salvar algunas frases tal cual y otras sí que llevan a imágenes potentes, aunque puedan necesitar un retoque.

Retiro lo dicho: me calma. Me calma muchísimo. Escuchar no solo que lo que he escrito, que algo que ha nacido de mí, les parece interesante, sino también que está bien, que funciona, retira un peso

enorme de mi espalda, de mi mente y de mi corazón. Siento que podría chillar y llorar a partes iguales.

—Vale, pues… ¿por dónde empezamos?

No sé si le asombra más mi sugerencia o si ha sido mayor la sorpresa por mis letras.

Probamos a modificar algunos versos, pero también a añadir otros y, sobre todo, a incorporar en ellos diferentes estilos musicales, a intentar dar con el género que sintamos que pide la canción. El que a mí me guste.

Esta parte es más difícil porque, aunque yo me siento más motivada que nunca ahora mismo, les reconozco tanto a ellos como a mí misma que no tengo ni idea de qué quiero hacer en ese aspecto. Que no sé cuál es el género que quiero hacer, ni tampoco cómo debería saber ver qué género le va mejor a cada tema musical.

Así que estoy abierta a probarla con diferentes bases de prueba que han traído preparadas en su ordenador solo para intentar encaminarla a algún lugar. Y lo cierto es que me lo paso bien cantándola, acomodándola a diferentes ritmos, a distintas sensaciones. Cantándola. ¿Me había parado a pensar en cuánto tiempo llevaba sin cantar en serio? Ni me he detenido a dudar antes de, simplemente, hacerlo.

—Creo que para mí es lo de menos —confieso después de que *mi canción de amor* haya sido pop comercial, una balada intensa, el pop *rock* de Girl-lies y también algo un poco más *indie*—. El tipo de canción, digo. Lo que más me importa es que las letras sean mías, que hablen de mí; no me preocupa tanto el estilo. No sé, igual me gustaría probar distintas cosas; en el grupo siempre eran temas

parecidos en ese sentido. Y siempre que yo hable en ellas tendrán mi identidad, ¿no? Serán parte de mí.

—Por supuesto —dice Rodrigo.

—Pienso lo mismo —contesta Raquel casi al mismo tiempo.

Sus sonrisas son ahora muy distintas a las que tenían cuando entré, también a las del otro día. En este momento soy consciente de que ellos también estaban nerviosos, de que también les preocupaba el bloqueo que teníamos delante. Y ahora los tres estamos cómodos.

Estoy cómoda. Por fin. Tengo claro qué me preocupa, qué no, qué quiero conseguir. Y lo quiero, lo quiero de verdad. Sigo teniendo miedo y vergüenza…, pero quiero que eso me importe menos. Quiero confiarles a mis fans mis sentimientos igual que ellos confían en mí para regalarles música.

Quiero que mi música y mis sentimientos sean lo mismo. Que mi música y yo seamos lo mismo.

Cuando Vero nos interrumpe al abrir la puerta del estudio, el ambiente es muy distinto a la última vez que vino a decirnos que el tiempo se había acabado, y creo que ella misma lo nota por cómo nos mira, por cómo se fija en mi manera de sonreír.

—¿Por qué quieres cantar esta canción, Ruki? —me pregunta Rodrigo con voz tranquila mientras yo termino de recoger mis cosas ya de pie—. ¿Por qué ahora te nace escribir sobre esto?

Los nervios vuelven a mí solo con pensar… en que no sé qué contestar. En que no puedo contestar. Balbuceo, con la mirada de mi mánager sobre los tres.

—No tienes por qué saberlo ahora. Precisamente deberías pensar en ello para descubrirlo.

—Pensar en qué te mueve a contar esto con tu música —añade entonces Raquel—, en qué te impulsa a esos versos. Quizá te ayuda a terminar de rematar la letra. O a que sepamos qué género encajaría mejor con lo que quieres transmitir.

Esa idea se queda revoloteando por mi mente unos segundos. ¿Por qué quiero hablar de Andrés en mi música? Quizá… porque quiero hablar de Andrés. En general.

No lo puedo decir, pero tampoco necesito darle muchas más vueltas. Soy consciente de mi contexto, siempre lo he sido; después de todo, llevo años en él. Por eso sé de lo que se me permite hablar y de qué manera. Quizá por eso he estado tan empeñada todo el tiempo en querer cantar mis historias: porque es la única forma de compartir lo que quiera.

Qué curioso es cuando un único detalle desbloquea algo que teníamos escondido durante tanto tiempo, ¿verdad? Cómo algo puede hacernos clic y que de pronto todo tenga sentido aun habiendo estado ahí todo el tiempo. Y qué curioso que sea justo en un momento en el que no puedo compartir este descubrimiento. Qué irónico, más bien.

Quiero cantar sobre Andrés porque quiero hablar de Andrés. Porque no quiero callarlo, pero tampoco quiero contarlo todo de él. Porque quiero decidir qué contar sobre nosotros y la música me permite hacerlo. Elegir hablar o callar; al final, todo en mi vida parece ir de eso.

—Entonces, ¿hoy sales contenta? —me pregunta Vero cuando nos quedamos a solas, ya cobijadas en uno de nuestros frecuentes *Unknown Car*; su mirada está en su carpeta, donde revisa algo, pero su voz me abraza gracias al tono cálido que ha utilizado.

No me pregunta por cumplir.

—Mucho, la verdad —le cuento, que no confieso, pues salta a la vista—. Creo que tenemos una canción. Una idea y buena parte de la letra, al menos.

—Eso está genial, Olivia. —Vero me sonríe, ahora sí con sus ojos en los míos—. Sí que se ha dado bien la cosa esta vez…

—¡Es que mira! —Me giro hacia ella con todo el cuerpo, aunque sin dejar de jugar con mi teléfono, pasándomelo de una mano a otra, como si con ese pequeño gesto pudiese contener toda la marea verborreica que empiezo a sentir en mi garganta—. Tuve una idea el otro día, ¿vale? Quería escribir algo de amor, estuve escribiendo de amor. Pero no estaba muy convencida y se la enseñé a las chicas. —La cara de Vero denota su sorpresa, y no puedo evitar pensar en cómo sería si no hubiera sacado a Andrés de la ecuación. Supongo que la palabra sorpresa se quedaría bastante corta—. Estuvimos jugando con la letra, probando a ver cómo quedaba con diferentes acordes con la guitarra… ¡Fue increíble! Y hoy, ¡a Raquel y Rodrigo les ha gustado bastante la idea! Hemos estado probando otra vez, también hemos grabado algunas versiones… ¡Mira, te enseño alguna de las que hicimos nosotras y luego de ahora! Con ellos no las he escuchado, pero así notas conmigo el cambio.

Presa del entusiasmo y bajo la mirada tan atenta como dulce de Vero, desbloqueo mi teléfono para correr a WhatsApp a por alguno de los audios que grabé con ellas; creo que cuando llegue a casa los subiré al archivo en la nube en el que también hemos alojado los de hoy con el ordenador del estudio.

Nosotras hicimos un montón de versiones, así que elijo una a boleo. Porque la que nos pareció «la buena» es la última, pero, si es

un poquillo peor, quizá mole incluso más el cambio con los arreglos hechos con Raquel y Rodrigo.

Sonrío al oírme canturrear las dos primeras palabras del verso y detenerme para reír.

—Venga, venga, déjate de historias y canta, tontaelculo. —Es la voz de Daniela, y Vero también esboza una sonrisa al oírla—. Venga, y si eso luego se la enseñas a Andrés, que le va a encantar.

Veo la alerta en mi mánager en su forma de fruncir el ceño y yo me quedo completamente rígida intentando decidir si detener la grabación o no, si eso haría más cantoso que el comentario de mi amiga sí tiene importancia. En el audio, canto y se me nota la sonrisa, pero ahora ha desaparecido de mi rostro.

Y también del de Vero.

—Olivia —pronuncia mi nombre de manera tan tajante que hasta contengo la respiración, como si eso fuese a hacerme pasar desapercibida—. ¿Quién es Andrés?

La pregunta cae sobre mis hombros como una jarra de agua fría. Pero no me muevo.

—¿Y por qué le va a encantar una canción de amor tuya?

Las lágrimas caen por mis mejillas sin que pueda controlarlas. Pero no me muevo.

—¿Por qué de pronto estás haciendo una canción de amor?

La ternura desaparece del todo de la voz antes casi orgullosa de Vero. Pero no me muevo.

He sido tan tonta.

Asegurándole a Andrés siempre que nadie se enteraría. Como si el detalle más tonto no fuese a delatarnos en cualquier momento. Como si no se supiera siempre todo. Como si yo fuera especial.

Creo que Vero va a insistir, pero entonces me seco las mejillas con los dedos y me recompongo. Porque siempre he sabido contener mis sentimientos y decir lo que otros quieren oír; siempre ha sido mi especialidad.

—Andrés es mi novio. Es un chico al que conocí…, bueno, da igual. Lo quiero. Mucho, de verdad. Es un chico majísimo, te encantaría. Me ha ayudado un montón, yo… Sé lo que me vas a decir, sé lo que me dijiste. Sé que no debería haber… —Resoplo y apoyo la cabeza en el asiento con desgana; soy incapaz de mirarla a la cara. Pero no he hecho nada malo. No es justo. La miro, me enfrento a su ceño fruncido, a la decepción en la mueca de sus labios, al blanco de sus nudillos apretando su carpeta—. No es nadie, Vero. No es famoso y es una persona cero problemática, un chico normal. Nadie tiene por qué enterarse. *Nadie* va a enterarse.

Mi representante se tapa la cara con las manos unos segundos, resopla con fuerza y me mira de nuevo. Está cabreadísima, no hace falta ni conocerla para darse cuenta de eso.

—¡Esto no es lo que habíamos hablado! Te dejé muy claro que… —Guarda silencio, y estoy segura de que es para contenerse; es tan profesional que no se permite perder las formas ni en un momento como este. Verónica Perfección Lazar. Perdón, estoy muy nerviosa. Si pudiera, abriría la puerta del *Unknown Car* y me tiraría al asfalto en marcha—. Al menos podrías habérmelo contado. ¡Al menos! Para estar prevenida, estar atenta, alerta… Era mejor que al menos yo lo supiera que jugar a ser una niña que hace las cosas a escondidas y…

—¡No soy una niña! —Estoy harta de que todo el mundo diga lo mismo. Cuando actúo y cuando no lo hago. Soy una niña que no toma sus propias decisiones, pero también soy una niña cuando

tomo la única decisión que me ha hecho feliz en los últimos meses. Una chispa de enojo y orgullo se prende en mi pecho—. ¡Y te recuerdo que tú no eres mi madre, Verónica!

No sé si le duele más mi rabia, que con mi observación la aleje o el haber dicho su nombre completo por primera vez en años. Pero una sombra de dolor atraviesa su rostro y, por un momento, siento cómo se empequeñece.

Quizá me envalentona ver cómo hasta alguien como ella puede hacerse pequeña o simplemente… estoy muy cansada. Quizá unas veces eliges hablar o callar y otras solo lo haces sin que nada más importe.

—Tú no eres mi madre y al final del día soy yo la que lidia con toda la mierda que conlleva este mundo —espeto. Tardo unos segundos en darme cuenta de que las lágrimas han vuelto a mis mejillas, que, por cierto, siento ardiendo tanto como el malestar que me sacude el pecho—. Soy yo la que llega a casa sola, la que llora en casa sola, la que sola lee toda la mierda que le dicen y de la que no se libra ni en casa porque está en todas partes cuando coge el móvil. Porque todo el mundo tiene algo que decir y yo no puedo. Porque soy yo la que siempre está feliz, aunque esté de puta pena. —Los ojos de Vero están húmedos y pienso en que nunca la he visto llorar. Pero en mi espejo sí he visto lágrimas—. Y por fin… por fin he encontrado a alguien que me hace feliz en medio de todo lo malo que tengo en este momento… por culpa de la música. Alguien que me ha devuelto la ilusión y las ganas de seguir luchando por esto.

—¿Qué insinúas, Olivia?

Ahora, mi representante parece muerta de miedo, lejos de toda esa rabia que la ha inundado al principio. Porque se ha dado cuenta

y yo también lo he hecho.

—Sí, estaba empezando a…, con muchísimo miedo, te lo juro… —Esbozo una sonrisa triste—. Estaba empezando a pensar en la posibilidad de dejarlo todo. Me aterraba… Bueno, me aterra. Intentaba no hacerlo, no pensarlo. Pero… es que es muy difícil, Vero. —La voz se me quiebra, y mi representante acoge mis manos con las suyas, algo que me recuerda tanto a Andrés que me quiero morir. No por no tenerlo aquí o algo parecido, sino por pensar en que todo podría haber sido más sencillo si alguien se hubiera acercado a mí así antes; aunque reconozco mi parte de culpa en tampoco haber dejado que nadie lo hiciera—. Me encanta la música, pero es muy difícil lidiar con lo demás. Y no estaba consiguiendo hacer música, y eso lo estaba volviendo todo aún más difícil…

No puedo hablar más, porque ahora ya no lloro: sollozo.

Vero me abraza. Me aprieta contra sí y creo sentir un beso en el pelo, pero estoy muy ocupada intentando calmar mi respiración. Mi representante me susurra consuelo con un tono que me recuerda al de mi madre cuando me despertaba en mitad de la noche por una pesadilla. Sí, a veces me siento en una pesadilla, y sí, a veces creo que necesito a mi madre.

—Por favor, mantenlo todo en secreto. —Los labios de Vero me hacen cosquillas en la oreja cuando me habla directamente al oído, sin dejar aún de acariciar mi espalda—. Al menos hasta septiembre, hasta que saquemos una canción. —Me aprieto más contra su pecho, asustada por la mención al final del verano, aunque con menos miedo que en otras ocasiones por pensar que aún es posible tener algo mío para entonces—. Ya veremos cómo lo gestionamos cuando llegue el momento, pero que por ahora no lo sepa nadie.

Vero se separa de mí muy poco, lo suficiente como para que yo sea capaz de contener las ganas de lanzarme de nuevo hacia ella. Me sonríe con una mezcla de pena, lástima y cariño y besa mi frente. Vuelve a abrazarme y yo me aferro a ella.

Cuando llegamos a mi casa, Vero sube conmigo, llora conmigo unos minutos más y, también conmigo, apaga el wifi para alejarme de internet hasta, al menos, el día siguiente.

Capítulo 12

¿No es como una sensación horrible cada vez que tienes que buscar en Google si una palabra se escribe así o asá porque siempre siempre SIEMPRE se te olvida? Me gusta pensar que, si llevo bien Ingeniería Informática, debe ser porque no soy del todo tonto, pero en momentos así lo pongo en duda. ¿Cómo coño no voy a poder memorizar si ermita lleva o no «h»? Bueno, es un mal ejemplo porque una vez leí por qué no lleva «h», aunque le pegue muchísimo. Me estoy yendo por las ramas.

Es que no consigo concentrarme. Mi madre está leyendo una revista aquí al lado, en el sofá, y yo corrijo un cuaderno de verano de María sentado en la mesa del salón. O eso intento, parece ser, porque soy incapaz de comprender los enunciados y de decidirme con sus respuestas.

—¿Ya se te ha olvidado la ortografía de Primaria? —La voz de mi madre rompe el silencio que nos rodeaba y me doy cuenta de que está mirándome, aunque no estoy seguro de cuánto tiempo lleva haciéndolo; al parecer, lo suficiente como para darse cuenta de que hace unos minutos que no avanzo con el boli rojo.

Me encantaría reírle la gracia; en serio, es básicamente mi humor. Pero es que tengo la cabeza en otra parte hasta para eso.

Soy incapaz de concentrarme en cualquier cosa porque no dejo de pensar en que Olivia me llamó llorando ayer por la tarde. Si no estaba en medio de un ataque de ansiedad, estaba en el borde, asomada al precipicio. Y yo no pude ir a ayudarla porque no podía contárselo a mis padres y huir del plan de tarde familiar en el que estábamos; suficiente que su llamada me pilló en la toalla con ellos tres yendo a por un helado y no en la piscina con la mocosa jugando a las aguadillas.

Y lo peor es que, en realidad, podría ser aún peor. Porque no es solo que pueda sentirme culpable o inútil, es que lo que me ronda es el porqué. Olivia me contó que Vero lo sabe. Y Olivia estaba rota por haberla decepcionado.

Me costó sacar las fuerzas para intentar convencerla de que eso no era así, teniendo en cuenta que yo estaba acojonado también…, pero ella de pronto me confesó que lo peor era que, aun estando aterrada y triste, en parte sentía calma. El mundo no había acabado, el cielo no se había abierto y Vero ni siquiera le había dicho que tuviera que romper conmigo.

Pero ella sí que había antepuesto el compartir su miedo y su rabia con Vero a dejarse a sí misma de lado con tal de pedir perdón y dejarse solucionar. Porque no había nada que solucionar, porque no había hecho nada malo.

—Es que estoy un poco espeso —le confieso a medias a mi madre pasándome una mano por los ojos… y terminando con la cutícula del dedo índice entre los dientes.

—Ay, no hagas eso —me regaña, como lleva haciendo los últimos veinte años sin éxito alguno—. ¿Dónde tienes la cabeza últimamente?

Su mirada es inquisitiva y me dice mucho más que su tono suave. No pregunta por preguntar: piensa de manera genuina que me pasa algo y no es nada del momento, es premeditado. Es algo que ha pensado antes de hoy.

Ignoro el pinchazo en el pecho —y su regañina— y solo me encojo de hombros.

—Sin más, como siempre. Como este verano voy más a mi aire por no estar de monitor, pues… no sé. Hace calor y me voy dejando llevar. Solo estoy espeso porque esto —levanto el cuaderno de verano de María— es un coñazo. Y encima hace calor. Oye, yo me aburría rápido de estas historias, ¿no? ¿Cuánto crees que le durará a María la motivación de hacer los ejercicios?

—Estás saliendo más que otras veces —dice mi madre, ignorando todas y cada una de mis palabras. Creo que es algo que entenderé cuando tenga hijos. Lo de elaborar todo un discurso previo e ir con él hasta el final fingiendo que nadie me habla de vuelta, digo—. ¿Siempre que sales es con los chicos?

—Claro, no tengo más amigos —replico con tanta simpleza como diversión en mi voz. En el instituto, mi padre solía mencionar que igual era buena idea apuntarme a alguna extraescolar o así para que ampliase mi círculo; que conste que los dos adoran a mi grupo, pero cierto es que es limitado.

Ella continúa mirándome con ese deje de sospecha en sus ojos azules. Sí, mi madre tiene los ojos azules y yo he tenido que conformarme con el color marrón estándar.

—¿Has conocido a alguna chica? ¿O a algún chico? —Hago una mueca, esperando que sea suficiente para que corte de una vez, pero parece que mi diversión no la sacia—. ¿Todo bien con Marcos? Hace mucho que no pasa por casa.

Golpe bajo. Golpe bajísimo.

En mi casa siempre hemos hablado, por lo que mi cuelgue con Marcos es un poco el elefante rosa en la habitación: todos saben de su existencia, pero no es un tema recurrente. No es un tema en general, solo alguna mención rápida o un breve chascarrillo por el bien de la comedia familiar. Porque una cosa es tener confianza con tus padres como para que salir del armario no sea un drama —ni siquiera una conversación propiamente dicha— o que sepan que te gusta tu mejor amigo, el que casi vive en tu habitación desde los doce. Y otra es que necesiten estar al día de todos los detalles.

Declararte y que te rechacen no lo llamaría yo un detalle, pero da la suficiente vergüenza como para retrasarlo un tiempo, y se ha ido transformando en meses. No estoy orgulloso, debo decir.

Menos aún desde que tengo más secretos que odio tener que guardar.

—Qué va, qué va, como siempre. —Le quito importancia con la mano antes de añadir—: Se ha echado novio.

Veo cómo no tarda en formarse en el rostro de mi madre una mirada de lástima. Me limito a repetir el mismo gesto.

—No pasa nada, todo bien.

¿Ves? A eso me refería. Vuelve el pinchazo en mi pecho y no se va esa sombra en los ojos de mi madre. Porque me encantaría poder decirle la verdad.

Me encantaría poder contarle que yo también tengo novia. Hablarle de Olivia. A mi madre le encantaría Olivia. Llevo días pensándolo, pero ahora odio que piense que estoy despistado porque tengo el corazón roto… cuando la realidad es que lo que me tiene así es precisamente sentirlo lleno, pero no poder compartirlo.

Esto lo he hablado con Olivia alguna vez al contarnos sobre nuestras familias y sus dinámicas, dejando fuera que me hace un poco de daño el tener que ocultársela a ellos. Yo siempre he sido muy abierto con mi familia dentro de la discreción que puede generar mi timidez ante según qué cosas. En casa siempre hemos hablado de cómo nos sentimos, valoramos el compartir lo que nos pasa para poder apoyarnos entre nosotros y somos una piña de sinceridad.

Quizá por eso yo también me abrí a Olivia cuando ella se abrió a mí: porque necesitaba hablar con alguien de lo de Marcos, porque está en mi naturaleza sacar las cosas y no me estaba permitiendo hacerlo. Porque hablar lo había arruinado todo; si me hubiera callado con Marcos, seguiría hablando con él cada día.

Pero eso nunca fue así antes con mis padres. Y me gustaría que volviera a ser como entonces; tampoco tuvo nada de malo lo que pasó con Marcos, fue paranoia mía darle tanta importancia; la vergüenza y hablarlo con Olivia, me hizo verlo más claro. Sobre todo… que son mis padres joder. Que todo ha ido siempre rodado con ellos, que siempre me han animado a todo, a que no había necesidad de guardar secretos, a que podía contar con mi familia siempre…, y ahora no puedo darles LA noticia del siglo.

Salvado por la campana, los pasos acelerados de María llegan desde su cuarto hasta aquí, delatando que su siesta ha terminado.

Aunque no mucho tiempo dura la calma.

—¿Tengo tío? —grita subiéndose encima de mí a lo bruto—. Estáis hablando de novios.

—No estamos…

—Cariño, si Andrés tuviera novio, no sería tu tío —me interrumpe divertida mi madre—. Tío es el hermano de tus padres.

—Entonces, ¿qué es mío tu novio? —insiste la canija que, ya acomodada en mi regazo, da saltitos.

Esto no me gusta.

—No tengo novio, María.

—¿Y por qué no?

Me quito a mi hermana de encima, que se queja cuando sus pies tocan el suelo e intenta encaramarse a mis piernas cuando me levanto también. Protesta porque no puede, y yo la ignoro. No me gusta que mi madre no nos mire divertida, como siempre hace.

Sé que sigue pensando en lo de Marcos y creerá que esto no me parece gracioso porque me afecta. Y no tiene nada que ver con eso.

Dios, sería increíble poder bromear sobre Olivia con María. A María le encantaría Olivia incluso más que a mi madre. Se pondría a dar grititos por toda la casa y querría convertirse en su mejor amiga, que Olivia le presentase al resto de Girl-lies y demostrarles cómo se sabe todas sus canciones.

«¡Y cuando salieron estas no había nacido, me quedaban tres meses dentro de mi mamá!», les diría, abrazada con orgullo a su disco de *Mentiras de chicas*, su primer álbum.

Me estoy agobiando. Y en realidad tiene poco que ver con que María no deje de parlotear sobre mi vida amorosa.

—Pues la hermana de mi amiga Laura ya ha tenido tr…

—No me importa la hermana de tu amiguita, María —le espeto, y soy consciente también de cómo mi voz ha sonado cabreada.

—Andrés… —Me reprocha con la mirada mi madre. Y no me gusta. No me gusta no decir nada, que no me entiendan y no poder explicárselo.

—¡Dejadme en paz! —grito y, aunque no la empujo, María da un salto hacia atrás como si lo hubiera hecho. Las dos me miran sorprendidas y yo finjo que no me doy cuenta de que me tiemblan las manos—. ¡No entendéis nada, y tampoco os importa!

Me largo a mi habitación y cierro la puerta de un portazo. No sé si es más de película adolescente eso o el echarme a llorar sin haber soltado aún el pomo. De la rabia, porque enseguida me siento culpable.

Yo no guardo secretos. No me enfado. Y, sobre todo, no grito para que la gente se calle cuando no puedo hablar, porque siempre he hablado.

Prácticamente salto a la cama y escondo la cabeza en la almohada. Ahogo un grito de frustración y saco el móvil. Escribo a Olivia, pero pasan los minutos y no me responde. Joder, me estoy agobiando aún más.

No sé si me quedo dormido mordiéndome las cutículas o me muerdo las cutículas hasta quedarme dormido. El caso es que en algún punto cierro los ojos y desaparezco…, hasta que noto movimiento a mi lado y regreso.

Es María, que intentaba acurrucarse a mi lado con todo el cuidado que podía reunir —es decir, ninguno— para no despertarme. Su mirada encuentra la mía mientras yo me froto la cara y bostezo.

—¿Qué haces aquí? —susurro, y no tardo en sentir la boca pastosa.

—¿Estás enfadado conmigo?

Su voz es tan aguda como siempre, pero la emplea en un tono mucho más bajo del habitual. Le acaricio el pelo con los dedos y la atraigo hacia mí para envolverla con los brazos. Ella se hace una bola contra mi pecho.

—Claro que no —murmuro contra su frente, que beso varias veces. Sonrío cuando María contiene un resoplido: siempre se queja de que la bese si llevo un par de días sin afeitarme. La aprieto más contra mí—. Hoy te aguantas.

—Eres tonto —se queja, pero también me abraza con más fuerza.

Río y, al mismo tiempo, aprovechando que no me ve, lloro en silencio de lo mucho que la quiero. Juntos, nos quedamos dormidos.

Y no sé cuánto tiempo pasamos así, pero sí sé que yo sí consigo salir de mi cuarto sin que ella se entere. Cazadora en mano, camino hacia el salón, donde veo a mi madre con la misma revista de antes. Como si nada hubiera pasado.

Pero ha pasado.

—Voy a salir, he quedado.

Por eso mismo, porque ha pasado, veo cómo ella hace el amago de preguntar algo, pero al final no pronuncia palabra más allá de un «pásalo bien». Se lo agradezco porque no podría contarle la verdad —fuese cual fuese la pregunta—, y me jode precisamente por ser consciente de que no puedo contarle la verdad.

Pedaleo hasta la casa de Olivia y no dejo de pensar en la cara de mi madre al contarle lo de Marcos, en el susurro de María queriendo saber si estaba enfadado y en la curiosidad que imagino ya en la

mirada de mi padre cuando vuelva esta noche. Porque para entonces ya lo sabrá. Porque mi madre se lo habrá contado. Porque nos contamos las cosas.

Quizá todo eso es lo que ayuda a que, cuando Olivia me abre la puerta, la imagen que encuentro en ella me haga sentir tan culpable. Está destrozada. El pelo le cae de cualquier manera por la cara, tiene los ojos rojos, ojeras y la mirada triste. Ni siquiera le doy importancia a que, en lugar de un pijama, lleve parte de lo que presupongo que sería su ropa de ayer: solo una camiseta de una marca que me comentó el otro día que quería aparecer en alguna *story* que compartiese desde el estudio. Sin rastro de vaqueros o, al menos, calcetines. Nada más.

Y yo solo puedo abrazarla una vez que cierra la puerta, rodeando su cintura y dejando que llore en mi hombro. Nunca, jamás en la vida, había tenido delante a una chica en bragas… y no podría generarme más tristeza ese hecho en sí. Esa dejadez y desencanto que la abraza incluso más fuerte de lo que yo lo hago.

Me siento culpable porque yo podré haber discutido con mi madre —y ni siquiera ha sido una discusión—, pero ella ha estado a punto de mandarlo todo a la mierda. De que todo se le fuera a la mierda, mejor dicho.

Cuando yo mismo sirvo para ambos un vaso de refresco de naranja, me regaño mentalmente por pensar en ello. Porque serán niveles distintos, pero lo mío también es importante. Al menos, lo es para mí. Pero lo dejo a un lado y me fuerzo a estar por ella.

—Lo han acelerado todo —dice Olivia solo después de que le bese varias veces la frente y de haber probado ella varias veces su refresco—. Para sacar música cuanto antes y no correr el riesgo

mucho más tiempo, para que enseguida lleguemos al punto en el que nosotros podamos dar más igual. —Su tono de voz es tan bajo que me inclino hacia ella para escucharla bien—. Vero me ha programado una semana intensiva de composición… en la que está incluido que los compositores con los que he estado trabajando, Raquel y Rodrigo, ya estén trabajando por su cuenta para adelantar material que luego cerraremos juntos en el estudio. Para que yo trabaje ya sobre algo y no al revés.

—O sea, que te están colando lo de la música prefabricada.

—Algo así…, pero con mayor implicación mía de la que se preveía si esto pasaba en septiembre, en la situación normal. Esa es la teoría, vaya. —Bebe de nuevo y yo desvío la mirada a mi vaso, en silencio, porque no sé ni qué decir. Este es el verdadero motivo por el que Olivia está así, no es solo que nos hayan pillado, es que ya está sufriendo la primera consecuencia: ahora que estaba consiguiendo algo, ahora que estaba aprendiendo y sintiéndose cómoda con la música, toca regresar a lo que ella había temido desde el principio, de lo que había querido huir—. Al menos ya tenemos una canción avanzada y sí es mía, que con el lío de ayer no te lo conté, pero les gustó mucho lo que hice el otro día por mi cuenta…, aunque ahora estarán ellos por la suya haciendo diferentes arreglos musicales. Supongo que me prepararán una maqueta con distintas versiones y yo tendré que cantar las voces para la que más me guste y dar alguna idea más. Ah, tampoco te lo dije, pero ayer canté en el estudio y me lo pasé muy bien. Fue divertido.

Siento un pinchazo en el pecho y algo se rompe dentro de mí. Esto es horrible. Una puta mierda. Ya es septiembre, aunque en realidad solo queden semanas para que comience agosto.

Y lo peor para mí es… que sé que no puedo decir nada. Que no puedo decir nada que la consuele, que no hay palabras que la vayan a calmar porque no podemos hacer nada contra esta decisión. Tampoco ayuda, de alguna manera, saberme responsable.

¿Cómo algo tan pequeño como yo puede haber hecho esto, causar algo tan grande?

Sin bufido que le preceda, Profiterol se sube de un salto al sofá y se acurruca entre los dos… y nos lame las manos por igual cuando se las dejamos cerca.

—He discutido con mi madre —le confieso solo un buen rato después, con los dos en silencio agasajando a un gato que claramente es mucho más feliz que nosotros hoy. No sé si lo hago solo para distraerla, para llevar a Olivia a otro lugar, o si está relacionado con el hecho de que no me gusten los secretos; quizá sean ambas—. Bueno, más bien le he gritado. Y a mi hermana también.

Sin embargo, lo que sí que me callo es cómo me siento al respecto. Solo le digo que me estaban preguntando por mis habituales salidas y por Marcos y que me he agobiado. Pero noto que tampoco hace falta que lo haga: igual que yo sé leer entre sus líneas, Olivia ha aprendido a leer entre las mías, y veo en sus ojos la culpa que he sentido en los míos.

Vuelven a temblarme las manos y, como antes, lo ignoro para tomar las suyas entre las mías y apretarlas. Y acariciarlas, y besarlas. Profiterol reclama sus cuidados con un gruñido y yo le imito.

Olivia sonríe, pero ni nosotros ni mis dedos son suficientes para borrar nada. Igual que mi propia presencia aquí hoy:

—Igual es mejor que te marches ya y pases tiempo con tu familia.

Sé lo que valora ella el núcleo familiar que yo sí tengo, sé lo que se preocupa por mí igual que yo por ella y sé que no puedo hacer nada. Me duele no poder hacerlo.

Aunque, cuando la abrazo en la puerta, pega sus labios a mi oreja y dice:

—Gracias por venir, siempre me hace sentir mejor estar contigo. Te quiero.

Mi mirada se nubla y mi abrazo se hace más fuerte.

—Yo también te quiero, Olivia.

La beso y, cuando me marcho, tengo la extraña sensación de sentirla más lejos y más cerca que nunca.

Capítulo 13

Normalmente, prefiero utilizar las escaleras antes que el ascensor —por eso de que puedo escuchar si alguien más entra o sale y acelerar o reducir el paso para no cruzarnos—, así que no me supone ningún esfuerzo extra el bajar estos familiares escalones con la vista fija en la pantalla de mi teléfono móvil. Lo he ignorado bastante los últimos días, por lo que se me empiezan a acumular los mensajes sin contestar. Por ejemplo, el grupo con las chicas tiene varias notificaciones pendientes en las que tampoco ahora pienso fijarme.

No les he contado aún nada de lo de que Vero se ha enterado de todo. Estoy acojonada con la posibilidad de dar un nuevo paso en falso y me he callado hasta lo de que a Raquel y Rodrigo les gustó mi canción. En general, he guardado mucho silencio desde ese día.

Tampoco he respondido todavía a Andrés, a pesar de que le he leído mientras desayunaba. Y le sigo leyendo, una y otra vez, ahora desde el *Unknown Car*. Su mensaje entró en mi teléfono móvil a primera hora de la mañana, conmigo entre las sábanas, y venía a ser algo tan sencillo como un «¿qué tal?» y desearme un buen día.

Pero también me contaba, como si quisiera justificar los dígitos que acompañaban a su texto, que no podía dormir. Yo no puedo parar de leer, una y otra vez, esa frase.

Porque es la prueba fehaciente de que todo ya está salpicando a Andrés para mal, de que mi mundo ya está haciéndole daño como hasta ahora solo me lo hacía a mí. Quizá es egoísta tenerlo a mi lado. Quizá debería estar con alguien como él, alguien como lo que era Marcos, un amigo con sus mismos gustos.

Yo nunca fui buena estudiante, jamás he probado esos juegos que tanto le gustan a él. Él, que va en su bici a todas partes cuando quiere, libre, mientras yo me muevo conducida por otros para no llamar la atención.

Solo cuando dejo de leer —una y otra vez— su mensaje es cuando me doy cuenta de que estoy llorando a mares, de que las lágrimas me ruedan por las mejillas. Me lamo los labios y saben a sal. Se me escapa un sollozo… y luego otro. Es injusto. Muy injusto. ¿Y si desapareciera? ¿Cambiaría algo que hiciera como Luisa? Pero yo quiero cantar. Solo quiero cantar.

Cantar y, con ello, volver a hacer conectar a la gente con mi voz, con nuestros sentimientos compartidos, conmigo. Es injusto que poder hacer eso implique toda esta mierda. Porque, sí, la atención que recibo es signo de que importo, de que soy relevante, de que hay quien se interesa por mí. Pero ¿hasta qué punto eso puede condicionar toda mi vida?

El automóvil se detiene en un semáforo en rojo y miro por la ventana. Aun con lágrimas en los ojos, soy capaz de distinguir que estoy a punto de llegar al estudio. Dios, no. Joder. Con ayuda de la cámara interior del móvil, me limpio la cara, llena de humedad y con

evidentes signos de haber estado llorando por aquí y por allá. Hurgo en mi bolso y no paro hasta encontrar una máscara de pestañas, que me pongo a toda prisa gracias a la práctica acumulada, sin que importe estar ya en movimiento.

—Gracias, hostia —mascullo con desesperación cuando doy también con algo incluso mejor: colorete. Me lo aplico directamente con los dedos en cantidades industriales para disimular que tengo las mejillas rojas por el esfuerzo de los sollozos.

En tiempo récord, parezco preparada para una nueva sesión de composición. De hecho, apenas he devuelto el maquillaje al fondo del bolso y he sacado mi tarjeta de crédito cuando el coche se para de nuevo. Y esta vez de manera definitiva.

Tomo aire y pulso la pantalla del datáfono para confirmar mi método de pago. Por supuesto, no es para esto para lo que necesito respirar.

Aunque se me corta la respiración antes de lo que podría esperar: solo he dado un par de pasos lejos del vehículo cuando escucho, a mi espalda, que alguien me llama. Cuando me giro, me encuentro con la ventanilla del conductor bajada y al hombre al volante mirándome.

—¿Te encuentras bien?

Me quedo… ¿Confusa? ¿Descolocada? No lo entiendo. O sea, ¿qué?

—Sí, sí…, claro —respondo al instante con un suave cabeceo, aunque reconozco que sin la típica sonrisa hasta los ojos que emplearía en otras circunstancias. Todavía no entiendo muy bien esta *circunstancia*—. Perdone, pero…

—Estabas llorando.

El señor, que rondará los cincuenta y tantos, me mira tan atento como serio y su voz es tan firme como cálida. Me quedo en blanco. Y los ojos se me llenan de lágrimas, pero intento retenerlas quedándome callada y pestañeando a toda prisa.

Soy débil cuando alguien me pregunta si estoy bien o me da un abrazo muy fuerte. No sé cómo explicarlo, pero me siento como si eso fuese exactamente lo que acaba de ocurrir.

—Mira, no sé qué te pasa ni me quiero yo meter en tus asuntos, claro está… —continúa hablando el conductor con ese mismo tono amable que ha utilizado también antes. Al mismo tiempo, saca una mano por la ventanilla y me ofrece un caramelo; lo acepto, pues yo también me he dado cuenta de cómo ha sonado mi voz al hablar después de forzar la garganta con mi llanto—. Pero imagino por dónde irán los tiros. —Sus ojos se alejan de mí y, tan solo durante unos segundos, se fijan en la localización detrás de mí, cuya puerta yo estaba a punto de cruzar—. Es difícil, ¿no? Ser artista.

Artista. Esbozo una pequeña sonrisa, más triste que feliz, y asiento.

—Sí que lo es —reconozco, pasándome una mano por la nariz.

—Pero si lloras es que te importa. —Había empezado a jugar con el caramelo dentro de mi boca, algo así como cuando Andrés se muerde las uñas, pero me detengo en cuanto el hombre dice eso—. Eso, o que igual ahí no es.

De alguna forma, me recuerda a Andrés. A Andrés preocupándose por mí sin conocerme de nada. Pero también a Andrés sugiriéndome qué tan malo sería hacer como Luisa, preguntándome por qué esto es importante para mí.

Muerdo el caramelo con fuerza.

—Es más bien lo primero, sí.

Algo debe cambiar en mi mirada, porque el conductor sonríe.

—Entonces seguro que solo es un mal día. —Asiente y yo le imito porque siento que es una despedida—. Ojalá mejore.

—Igualmente —respondo por inercia justo antes de que la ventanilla vuelva a subir.

Apenas un gesto con la mano después por parte de ambos, me quedo sola en la acera. Y sigo sorprendida por esta breve conversación, pero sus palabras se repiten en mi cabeza. Un mal día. En realidad, son muchos días; están siendo muchos días. Pero…

Pero puede ser solo eso, días, una mala racha. Tiene que serlo. Necesito que lo sea.

Cierro los ojos, tomo aire de la misma manera que hace unos minutos y, ahora sí, entro en el estudio.

Para mi desgracia, la extraña calma que me ha producido mi último pensamiento dura poco, pues Vero no tarda ni medio minuto en abordarme. Me conduce hasta una sala vacía en la que nunca había estado, pero que está frente a mi estudio, y se cruza de brazos nada más cerrar la puerta.

—Llegas tarde. Por poco, pero tarde —admite ella misma con ese ceño fruncido que siempre decoraba su rostro cuando alguna de las cinco Girl-lies hacía alguna chiquillada durante nuestra gira debut. A menudo me hace sentir así de nuevo, como si tuviera otra vez trece años y solo hiciera cuatro meses desde que escuché mi voz por primera vez en la radio—. Espero que no tenga nada que ver con, bueno, ya sabes…

Mi mánager relaja los brazos solo para unir las dos manos frente a mí, casi como si fuese a ponerse a rezar.

—Por favor, te lo pido, te lo imploro, Olivia: ten muchísimo cuidado. Extrema toda precaución con él.

—Vero, no va a pasar nada —le aseguro en un susurro incluso más bajo que el suyo—, de verdad, nadie va a enterarse. Soy la primera interesada en que no se sepa. Puedes decir en la discográfica que estén tranquilos.

—No, no, no: en la discográfica no saben nada. Esto es un secreto entre tú y yo. —Da fuerza a su mensaje señalándonos a ambas varias veces—. No he querido darle más bola y que te lo puedan recriminar formalmente o…

Pero no la escucho. Porque no sé si piensa que debería agradecérselo, pero desde luego no lo hago. Lo que siento es cómo se me revuelve el estómago y se me cierra la garganta.

Me siento traicionada.

—¿Ha sido idea tuya lo de adelantar las canciones prefabricadas, lo de que trabajen en mis canciones sin mí para acabar antes? ¿No ha sido una imposición desde arriba?

Vero se lleva las manos a la cara y se aprieta el puente de la nariz.

—Mira, Olivia…, yo solo quiero ayudarte. Protegerte. Nos jugamos mucho y, cuanto más tardemos, más riesgos, más… todo. Ahora mismo es mejor para todos que…

Soy incapaz de enfadarme. O, mejor dicho, soy incapaz de exteriorizar mi enfado. ¿Ayudarme? ¿Protegerme? ¿Cómo va a protegerme algo que me duele tanto?

Paso por el lado de Vero sin mirarla a los ojos.

—No pierdo más tiempo, entonces.

Supongo que este debería ser el momento en el que yo más me esforzase en darlo todo de mí. El momento en el que debería

implicarme al máximo en la creación de la canción, el momento en el que debería aprovechar para aportar todas las ideas posibles para que mi música tenga la mayor impronta posible de mí. Pero no lo hago.

De nuevo, sentada frente a Raquel Monte y Rodrigo Frías, me cierro. Estoy bloqueada, porque ya no importa. Es catastrofista y ahora sí que no podría negar que me estoy portando como una niña, pero es que mi mente solo es capaz de pensar que el par de arreglos musicales que estos dos compositores me enseñan no tienen nada de mí. Que suenan genial, me encanta cómo quedarían con la letra que hicimos…, pero me duele no haber aportado nada.

Y que aun así suene de esta manera tan chula. O quizá sea precisamente por eso: porque no he tenido nada que ver. Porque esto no es lo mío.

—Creo que, cuando empieza el estribillo después de la segunda estrofa, podrías empezar el verso susurrado y luego ya repetirlo con más fuerza y subir también la música —propone Raquel, que vuelve también a mirarme con el cuidado y la amabilidad de cuando la canción aún no existía. Me señala la parte de la letra a la que se refiere y Rodrigo busca en el ordenador el archivo que reproducir: Raquel ha grabado algunas versiones caseras de su voz con la música para hacerse a la idea de cómo podría quedar—. ¿Qué te parece?

—Sí…, suena bien. Me gusta.

Sus miradas permanecen sobre mí apenas unos segundos antes de buscarse entre ellos.

—¿Tú tienes alguna idea? Puedes proponer los cambios que quieras; va a ser tu canción. —Las palabras que Rodrigo ha elegido

se repiten en mi mente. «Va a ser». Exacto: porque aún no lo es. Ya no—. Y lo mismo con la nueva que te traemos.

Ah, claro, que no lo he dicho: también se han encargado de hacer algunos esbozos de canciones. Según me han comentado antes, han pensado en un posible concepto —como lo del amor en esta que tenemos abierta— y han escrito unos versos sobre él.

—Todo esto es provisional, Ruki —añade Raquel.

Pues esta es la situación, supongo. Ellos, unos auténticos cielos conmigo, ayudándome a involucrarme dentro de lo pisado que tenemos el acelerador…, y yo que no sé qué decir. En parte, porque no creo que haya nada que pueda mejorar la situación. Es la pescadilla que se muerde la cola.

A ellos se les nota que no entienden nada. Ya no de que de pronto todo sean prisas en producir una canción que poder sacar, aun a costa de reducir mi parte de implicación en su proceso creativo, sino que tampoco comprenden qué ha pasado para este cambio en mí ahora. Con lo bien que fue la última vez, ¿no?

Pensarían que ya se había terminado el bloqueo. Quizá no sea solo un bloqueo.

Dios, lo odio, no me gusta estar pensando esto. No, lo que pasa es que no quiero trabajar así, no que no pueda. Puedo hacerlo, joder, el otro día lo hice; no puedo permitirme pensar que fue un golpe de suerte.

No lo fue. *No* lo fue. NO LO FUE.

—Ruki… ¿Te encuentras bien?

La pregunta me lleva al conductor de esta mañana. Me animó mucho la conversación que tuvimos después, aunque pueda parecer una tontería. Un momento… ¿No fueron esas también las palabras

que pronunció Andrés la primera noche, lo primero que me dijo? Si no fueron las mismas, debieron ser parecidas.

Andrés. Me da tanta paz que forme parte de mi vida. Saber que está ahí, que no puede hacer nada por mí, pero que su presencia ya me parece *hacer* lo suficiente por mí. Hacer mucho. Por su apoyo, por su confianza, por su aliento. Me acompaña, y eso, de alguna manera, ya me consigue fuerzas renovadas. También las chicas, ser consciente de que se preocupan por mí.

Seguro que Andrés me diría que aprovechase esta sesión de estudio, que la pelease para aportar a la canción mi música. Mis amigas también lo dirían; Daniela incluso me animaría a ponerme farruca, a montar algún tipo de pollo que no acabase hasta que recuperara el tiempo sobre la canción que me han quitado.

Mis compositores no dicen nada más, continúan mirándome en silencio. Pero yo noto que algo hace clic en mi cabeza. Porque no hace falta que ellos estén aquí conmigo para que yo sepa que lo están, y les doy la razón en mi mente. Y las gracias.

Le quito el capuchón al bolígrafo con el que estaba jugando hasta hace un momento y me estiro sobre la mesa para alcanzar la letra impresa llena de garabatos que Raquel aún sostiene. Ella debe ver algo en mí, porque noto cómo también algo brilla en sus ojos ante mi movimiento.

Sigo sintiendo que ya da igual, que todo está perdido, pero no quiero que sea así. Quiero aferrarme un poco más, como una niña en una rabieta que quiere ganar. Porque dicen que soy una niña, pero quizá no tiene por qué ser malo.

Raquel y Rodrigo han puesto toda su atención sobre mí cuando la punta de mi boli casi roza el folio… tanto que los tres nos asustamos

cuando Vero irrumpe en el estudio visiblemente alterada. Tanto que la puerta golpea contra la pared. Tanto que se me cae el bolígrafo y no desvío la mirada hacia él. Ninguno lo hace.

—Aún nos queda un rato, ¿no? —pregunta Rodrigo a la vez que revisa la hora sin dejar de fruncir el ceño. Lamenta la interrupción.

—Sí, es pronto. —Raquel la lamenta incluso más, pues su voz tiene cierto deje de desesperación.

Yo soy la única que no dice nada y, aunque tuviera pensado hacerlo, tampoco es como si mi representante me diese tiempo a ello: los ignora y viene directa hacia mí, móvil en mano y desbloqueado, pues el brillo proveniente de la pantalla se refleja en su traje.

Y ese mismo brillo no tarda en estar frente a mi rostro, lo que me obliga tanto a entrecerrar los ojos como a alejarme un poco del dispositivo si quiero ver lo que, presupongo, Vero está mostrándome.

No tardo en entender la palidez de su rostro, lo acelerado de su respiración bajo la americana y su nulo respeto al horario que ella misma me había agendado.

El titular tiene dieciséis palabras: «EXCLUSIVA | Ruki de Girl-lies: novio anónimo y tentada a dejar la música. Fotos en el interior».

Capítulo 14

Ruki, quien fuera parte de Girl-lies hasta su separación hace un año, podría haberse planteado abandonar la música, siguiendo así la estela de Sol, la cara más divertida de la exitosa banda de chicas. Aunque, en palabras de la propia artista, sería su nuevo novio quien le ha devuelto la ilusión de continuar con su carrera.

Hasta ahora han trascendido pocos datos de él, pues es un chico anónimo. Tan solo que se llama Andrés García y la cantante podría estar escribiéndole una canción, con la que se presupone que comenzaría su andadura en solitario. Según fuentes cercanas a la artista, fue hablándole de la composición de este tema a su mánager, Verónica Lazar, cuando Ruki le confesó haber llegado a dudar de su continuidad en el panorama musical y que es su novio el responsable de renovar sus «ganas de seguir luchando por esto». Supuestamente, la joven cantante no estaría del todo cómoda en la industria, ni con la proyección de su imagen en redes sociales.

Parece ser que las apariencias engañan y Ruki no sentía su vida tan idílica como podía verse desde fuera. Al menos, la llegada de su

nuevo novio ha traído de vuelta el sol a la tormenta que arrastraba a la cantante.

Vero está completamente desquiciada frente a mí y camina sin parar por la sala, la misma a la que me arrastró antes. Supongo que es irónico que hace no tanto rato yo jugase aquí a asegurarle que nadie se enteraría de nada.

Nunca me han gustado demasiado las ironías.

—¿Cómo coño se han enterado de todo esto? —exclama mi representante sin dejar de hacer aspavientos con las manos y con la mandíbula desencajada. Yo tampoco puedo comprender de dónde narices sale toda esta información, ya no lo de Andrés, sino… todo lo demás—. ¿Y las fotos?

Ah, sí, yo también me he quedado blanca al ver las imágenes que acompañan la noticia. Porque ninguna es comprometida, pero es que no he tardado en reconocer mi propio portal en esa foto cuya descripción es «el supuesto novio de Ruki saliendo del edificio en el que se ubica el piso de la artista». Aunque no es esa la que más me preocupa.

La que hace saltar todas mis alarmas es esa otra en la que, justo al lado de Andrés, hay una niña pequeña agarrada de su mano. Tiene la cara pixelada y no la conozco en persona, pero sé que es María. De la misma manera, el medio de comunicación la presupone su hermana y lo tilda a él de «responsable», pues a su espalda ambos dejan atrás la fachada de una academia de verano.

—Todo el mundo sabe que eso de fuentes cercanas al artista es puta mierda, vaya deontología periodística —sigue maldiciendo Vero, que estampa su teléfono móvil contra la mesa donde minutos antes

también ha lanzado su carpeta—. Deontología periodística, mis huevos.

Mi representante se mesa el pelo una y otra vez mientras pone todos sus esfuerzos en calmar su respiración. Yo solo aparto la mirada de ella cuando veo que la pantalla de mi *smartphone*, al lado del suyo, vuelve a iluminarse. Creo que es la octava vez que Andrés me llama en cinco minutos, pero Vero no me permite descolgar.

Ahora sí que no puedo hablar.

—¿Te habrán hackeado el teléfono? —piensa en voz alta Vero, con sus ojos fijos también sobre mi móvil—. Como a Daniela. Quizá no fueran fans; los fans lo habrían sacado al momento, no habrían esperado. Dejar cocer las cosas es cosa de periodistas… Porque es que es como la otra vez. —Mi teléfono continúa sonando, pero Vero alcanza el suyo y, por la fijación con que lo mira, supongo que está leyendo el artículo de nuevo—. Lo han llamado «exclusiva» en el titular, pero luego dicen que todo viene de aquí. —Su manicura perfecta me señala un vídeo de redes sociales enlazado en el cuerpo de la noticia. Lo hemos visto antes juntas y en él un creador de contenido sobre cotilleos de *celebrities* con apenas unos miles de seguidores da los mismos cuatro datos que el artículo—. Pero es que tiene poquísimo alcance; cuando se publicó la noticia, aún no era viral. Y se publicó… nada, es que ni una hora de diferencia entre uno y otro.

Las dos nos miramos a los ojos en silencio. Huele mal, huele fatal. La otra vez también nació en las redes sociales y saltó a los medios, pero aquí parece evidente que hay algún tipo de relación entre ambos soportes, no solo una cobertura profesional de lo dicho en los

entornos de fans. ¿Un chivatazo del grande para lavarse las manos con la responsabilidad en el pequeño?

En realidad, ni siquiera tienen nada; podría pasar por solo un rumor, pero hemos visto que ya se está hablando de ello en todas partes. Y poco importan los «supuestos» si eso no acalla las habladurías.

—¿Con quién has hablado de Andrés por teléfono?

—Solo con las chicas.

—¿Seguro?

—¿Con quién si no, Vero? No tengo a nadie más.

—¿Y de nuestra conversación?

—Solo con Andrés, y fue en persona.

—¿Seguro?

Vero chasquea la lengua cuando mi teléfono móvil vuelve a sonar y se lanza sobre él para ponerlo en modo avión. Para comprobar no sé exactamente el qué —pero entiendo que su desesperación la lleve a buscar algún tipo de respuesta—, mi mánager entra en WhatsApp justo después. Echa un vistazo a mis conversaciones abiertas y entra en el grupo con las chicas.

Solo ve en él *stickers*, mensajes sin importancia… y los audios de la canción. Pero, aunque la mencionen por encima, no hay nada sobre ella en ese contenido. La conexión mental de Vero con los audios y una idea va por otro lado.

—Hablamos de todo esto en el *Unknown Car*, cuando me enseñaste la canción. Me hablaste de la canción, te equivocaste enseñándomela y me lo contaste todo. Lo de Andrés y que habías llegado a pensar en mandarlo todo a la mierda. Fue en el *Unknown Car*. —Vero, una vez más, regresa a la noticia y me señala el breve

par de veces en el que hay comillas, en el que se supone que están citando mis palabras—. Me dijiste esto, ¿verdad?

No consigo que mi cerebro vaya a la velocidad a la que parece que va el suyo, porque continúo demasiado en *shock* con todo, pero atisbos de esa conversación consiguen llegar hasta mí de nuevo.

—Sí…, creo. —Me pican los ojos, y sé que es porque el estrés empieza a desbordarme—. Pero no puede ser…

Entonces, un recuerdo más potente me golpea. Y más reciente.

—Esta mañana… esta mañana me ha pasado una cosa. —Vero se gira hacia mí como si su vida dependiera de ello y yo siento que la fuerza abandona mis piernas. Pero se lo cuento.

Que lloré en el *Unknown Car*.

Y que el conductor lo sabía.

—«Viajes privados», mis cojones —recuerda Vero en voz alta el eslogan que tanta seguridad parecía darme hasta hacía unos segundos—. Voy a salir a llamar a esa puta empresa ya mismo. Y a quien coño haga falta. Sus putos muertos. —Nunca había visto a Vero así, pero sé que es ella porque sí la reconozco en la eficiencia con la que recoge su carpeta y todo el contenido que se le había escapado de esta al perder, literalmente, los papeles—. Joder, es que en realidad es una mierda; con lo de Daniela al menos tenían los mensajes, y aquí no hay nada. —Ya casi alcanza la puerta—. Podríamos negarlo todo y quedarnos tan a gusto, no tienen nada. Pero ¡¿cómo coño se han enterado?!, ¡¡eso es lo que yo quiero saber!!

Vero ya no maldice más, pero, si lo hiciera, yo tampoco me enteraría, porque lo del *Unknown Car* sigue rondándome por la cabeza. Los he usado durante años creyéndolos seguros, he tomado

uno ¡con Andrés! Pienso en decírselo a Vero, en que todo pudiese empezar ahí, pero algo más fuerte me frena: el pensar en que ojalá, por favor, el conductor de esas veces no fuera el mismo que el de esta mañana. Que él no tenga nada que ver.

Puede que parezca una tontería pensar en eso en un momento como este; quizá lo sea. Pero no quiero que el hombre que me ayudó esta mañana sea tan de mentira como la insonorización y tintado del vehículo.

Pero, cuando Vero está a punto de salir, es su teléfono el que suena.

Hace una mueca cuando ve quién la reclama y me lo enseña.

—Anda, mira, el mandamás. —Eso me acojona aún más, en especial cuando mi representante vuelve a cerrar la puerta y me da un momento—. Recoge tú también, que nos vamos a la discográfica. A la sede central.



Estoy completamente desquiciado. Llevo estándolo como una hora y pico, pero, ahora que no puedo llamar a Olivia porque me sale como «no disponible», es mi teléfono el que no para de sonar. Mensajes de amigos, notificaciones de Instagram de solicitudes de amistad que no paran de llegar, mis padres intentando contactarme. Y yo solo he sido capaz de ponerlo en modo avión, meterlo debajo de la almohada y continuar con la vista fija en la pantalla del ordenador.

Aún no he cerrado el artículo de las narices. Lo miro y remiro en bucle, como si con eso fuese a hacerlo desaparecer. Como si eso

eliminase esas fotografías que tengo delante. Soy su protagonista. *Somos*, María y yo. Al menos han tenido la decencia de taparle la cara a mi hermana, pero se ve su colegio. Se ve su puto colegio.

¿Y si cuando vaya a llevarla o recogerla a las extraescolares de verano es como en las películas y hay paparazis? ¿Y si nos siguen a casa? Ahora todo el mundo sabe cuál es el colegio de mi hermana. ¿Y si la reconocen a pesar de los píxeles sobre la imagen?

Además, si con los pocos datos que han sacado sobre mí hay personas que han podido encontrarme en Instagram, no tardarán tampoco mucho en hacerlo en Facebook, donde tengo agregada a toda mi familia… y donde sé que mi padre sí que comparte fotos en las que sale María. Joder, siempre le he dicho que es peligroso.

Creo que no puedo respirar. No, no puedo respirar.

Entro en X, pero cierro la pestaña al segundo al ver mi nombre en los *trending topics*. Porque habrá cientos, miles de «Andrés García» a lo largo y ancho del país, pero es que también me ha dado tiempo a ver «Ruki», «Girl-lies» y hasta «Verónica Lazar» en las palabras en tendencia de esta maldita red social.

Y lo peor es que, pese a todo, además de estar preocupado por mi familia, solo puedo pensar en Olivia. Supongo que es lo que tiene ser un chico enamorado, o tener un mínimo de empatía, que en internet es algo que igual debería practicarse más. El caso es que necesito hablar con ella. Necesito escuchar su voz, mirarla a los ojos, abrazarla muy fuerte…, necesito estar para ella. Recordarle que la quiero.

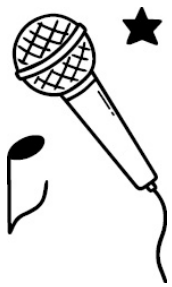
Ha pasado lo que ella más temía…, y ya he visto reacciones horribles. Porque ya no quiero estar ahí y leer más, pero mi reacción automática a la noticia fue acceder a todas las redes sociales, y las

críticas no se han hecho esperar; nunca lo hacen. Que si cómo puede hablar así de la industria cuando se lo ha dado todo. Que si es una mentirosa que contribuye a la superficialidad del mundo *celebrity* mostrando una vida idílica cuando en realidad todo es una mierda. Que si qué es eso de que «ese chico» le ha devuelto la ilusión y no sus propios fans, que llevan meses esperando por ella.

Incluso he llegado a leer cosas sobre mí, sobre «ese chico». Como que «vaya braguetazo» he pegado, teniendo en cuenta que, incluso en el supuesto de que ella dejase la música, continuaría manteniendo un dineral en su bolsillo. O que quizá por eso mismo yo le he «dado ilusión» para continuar, porque quiero motivarla a seguir con la idea de poder sacar rédito también.

Me afecta, claro que me afecta, sería una tontería intentar negarlo. Pero tengo la conciencia tranquila con mis sentimientos por Olivia, de la misma manera que sé el tipo de persona que es ella. No podría importarme menos lo que digan cuatro pringados como yo de cualquiera de los dos…, lo que me preocupa es que sé que es algo que sí le importa a Olivia.

Y no solo es que le importe a ella, sino que a la industria también le importa la opinión de los demás sobre sus estrellas. No quiero que dejen a Olivia apagarse ahora que parecía empezar a dejar atrás el eclipse.



He sentido este día como algo eterno al mismo tiempo que como un mal sueño. Una pesadilla. Pero parece que todo por fin llega a su fin con el coche particular de Vero, con su marido al volante, conduciendo hacia mi casa después de que haya venido a por nosotras. Bueno, todo no.

Todo va a costar un poco que se solucione.

El coche está en completo silencio, pero mi cabeza no. En los asientos de atrás, permanezco completamente sola y callada. Y, en realidad, así me siento: sola y callada. Porque, en cuanto en la discográfica hemos dado nuestra versión de los hechos —que si todo era real, que si Vero lo sabía pero desde hacía muy poco, dónde se dio esa conversación que se había trasladado a los medios de comunicación; en plural, porque otro gran número de diarios y portales web no habían tardado en hacerse eco de la noticia enlazando como fuente al primero, claro—, la empresa musical tuvo bien claros dos caminos a seguir: en primer lugar, contactar con la empresa de movilidad en busca de responsables, y, en segundo lugar…, pedirme a mí cautela. Y todos sabemos que esa palabra es un eufemismo de silencio hasta nuevo aviso. Mañana a primera hora tenemos que regresar e imagino que será entonces cuando se tomen decisiones de verdad sobre cómo actuar.

Miro por la ventanilla con las lágrimas corriendo por mis mejillas. Siento que Vero me observa a través del retrovisor, pero me da igual si es con pena o enfado. Nada me importa. Yo sigo en la conversación en la discográfica.

Tras muchas horas y llamadas, todo apunta a que debieron ponerse en contacto con *Unknown Car* y con sus conductores para ver si alguno quería dar información sobre Ruki, pues uno de ellos —

el que me ha llevado al estudio esta misma mañana— le ha confesado a la empresa haber recibido ese tipo de petición y, aunque no había cedido, suponía que alguien sí podría haberlo hecho. «Por eso sabía que algo me pasaba y no era un berrinche puntual: los medios solo se interesan cuando algo va mal», pensé cuando aquella revelación nos fue trasladada a nosotros.

Asimismo, *Unknown Car* también le ha confesado a la discográfica que en realidad los vehículos no están bien insonorizados desde hace meses, pero que los conductores firman acuerdos de confidencialidad para con los viajeros, por lo que se asegurarán de «tomar fuertes medidas» después de «lo ocurrido». Y, con ello, le han rogado a la discográfica que esta no las tome contra la empresa. Debo decir que el director se rio bastante alto ante esto: «Pretenden que cargue solo con el muerto el currito de turno. Claro que la ha cagado, pero una irregularidad así no se la pienso pasar por alto».

—De todas formas, debe haber algo más —apostilló Vero a sus palabras.

Y era lógico sospechar de algo más. Sería mucha casualidad que los medios se hubiesen puesto a investigar mi entorno porque sí, tenía que haber algún tipo de sospecha antes.

Por supuesto, el juicio sobre mí no se hizo esperar:

—Alguna falta de cuidado —soltó, sin anestesia y con sus ojos en los míos—. Porque esto es, ante todo, una irresponsabilidad.

Vero salió en mi defensa enseguida, pero debo reconocer que eso me irritó. Quería defenderme a mí misma. Porque, además, no era algo de lo que debiera tener que defenderme. Yo no he hecho nada

malo, más allá de saltarme una «recomendación» de la discográfica. Una recomendación que forma parte de mi vida personal.

—Ruki no ha tenido por qué cometer ningún error propiamente dicho, ni siquiera yo lo había notado, y paso más horas al día con ella que en mi propia casa —dijo mi representante a la vez que se sacaba del bolsillo mi teléfono móvil; no, aún no me lo había devuelto. Me doy cuenta ahora, recordándolo, de lo mucho que me escuece, hasta en esta situación, ser Ruki—. Lo habló con sus compañeras de Girl-lies por WhatsApp, que fue también de donde sacaron los mensajes privados de Dani con Mili hace meses. Quizá ha sido el mismo hackeo que a Dani; puede que aún la tuvieran fichada o que ella no fuera la única hackeada.

—Sea como fuere, la culpa ha sido tuya.

La insistencia del director de la discográfica se me clava aún en alguna parte del cerebro, como si verdaderamente me hubiese apuñalado con sus palabras hirientes. Porque a aquella acusación le sumó mi «inocencia» a la hora de meterme «en algo así en un momento como este». Y entonces lo dijo.

Una vez más:

—Eres una niña.

«Una niña». Resonó más en mi mente entonces que en este momento. Porque estaba harta de que me llamaran así cuando yo hacía todo para que no fuese cierto. Creo que escuché un clic en mi cabeza.

Que, de alguna forma, algo se desencadenó.

—No había sido una niña hasta ahora… —se me escapó en un susurro que yo misma interrumpí.

Y fue un susurro tan bajo que dos pares de ojos se posaron con aún más fuerza sobre mí, como si con eso quisieran preguntarme qué diantres había dicho.

Siempre callada, siempre hablando en voz baja.

Entonces, llegó la explosión.

—Esto es una puta mierda —espeté sin contenerme un mínimo ni en las formas del mensaje ni en el tono—. Llevo meses jodida. Meses aceptando convertirme de pronto en una *seudoinfluencer* y aguantando que absolutamente todo el mundo me diga lo que espera o no de mí y opine sobre lo que hago o dejo de hacer. Sí, soy cantante. No es que quiera serlo, lo soy y lo he demostrado mil veces. Pero también soy una puta persona que echa de menos tener una vida normal sin que estén pendientes de todo. Sin tener que estar *yo* pendiente de todo lo que digo o hago. —Di una palmada en el aire que hizo al director de la discográfica fruncir el ceño aún más —. Supongo que *siento mucho* —forcé voz de niña pequeña en las dos últimas palabras— haber conocido a una persona que me hace feliz; no recordaba que la gente deja de tener sentimientos cuando suena en la radio y sale en la tele.

—Así funciona esto. —Fue toda la respuesta del hombre a mis palabras cargadas de furia. Las suyas, por contra, eran todo temple. Qué pena que las niñas no tengan miedo a montar numeritos—. Nosotros no hacemos las normas del juego.

—Pero no lo hacéis más fácil.

Les acusé —también a Vero, aunque ahora me arrepiento un poco de eso— de complicarlo todo aún más por no dar la cara por nosotros, por no intentar echarnos una mano a los artistas más allá de para poder hacer dinero a nuestra costa. Eso le irritó. Eso le hizo

subir el volumen. Y las voces que intercambiamos sí que las recuerdo a la perfección a la vez que quiero olvidarlas. Porque las niñas somos unas lloronas y no lo evita tener público.

El automóvil se detiene y siento un pinchazo en el pecho cuando, por un segundo, tengo el impulso de buscar mi tarjeta de crédito. Pero esta vez no hay una mampara biselada entre mi asiento y los delanteros.

—No se ve a nadie merodeando por el portal —asegura Vero, como si no pudiese ver que ya es lo bastante tarde como para que las calles estén oscuras y vacías. Yo también me siento un poco así: oscura y vacía—. Puedes bajar del coche cuando quieras.

Mi representante se gira hacia mí y busca mis ojos. Los suyos también están enrojecidos y nunca le había visto tan mal aspecto en general, con la americana arrugada de la cantidad de veces que se la ha quitado y puesto de cualquier manera.

—Estoy aquí para lo que necesites, ¿vale? Lo estoy de verdad. —Se muerde inconscientemente el labio inferior y resopla—. Tú misma lo dijiste: no durará mucho.

Lo recuerdo, recuerdo cuando admití en voz alta lo volátil que es la memoria de los medios de comunicación y de la sociedad en general. Pero eso tampoco impide que salga del vehículo sin pronunciar aún palabra alguna.

Y, cuando entro en casa, ignoro todos los mensajes que aparecen frente a mí al desbloquear mi teléfono móvil nada más cerrar la puerta. Voy directamente a mis contactos y marco a Andrés…, que apenas tarda unos segundos en aceptar mi llamada.

—¡Dios, Olivia, menos mal! —Aunque sus palabras parezcan de alivio, siento en su voz la misma desesperación que yo también he

sentido a lo largo del día; no ahora, que me siento extrañamente tranquila desde que salí de la discográfica. Quizá tranquila no sea la palabra. A lo mejor es más bien algo como… paralizada. No pienso en nada, no siento nada—. ¿Cómo estás?

Claro. Eso es muy Andrés. Él, ante todo, frente a cualquier situación, priorizaría hacerme justo esa pregunta. Pero no tengo respuesta.

—¿Tú cómo estás?

No insiste cuando evito su pregunta. Solo deja unos segundos de silencio y se aclara la garganta en un carraspeo muy ronco; pienso, sin remedio, en lo malo que es eso para la voz como instrumento.

—Bueno…, me ha pillado todo por sorpresa, pero…, bien, sí. Yo estoy bien, creo. O sea, es… raro, pero sí. Mis padres están un poco nerviosos, no te lo niego. Aunque… —Más silencio. Entonces le noto sonreír—. A mis padres les gustaría conocerte.

A eso tampoco respondo.

Su silencio es un poco más largo esta vez, pero acaba terminándolo igual que el anterior.

—Aunque igual mejor… —Vuelve a carraspear, con más fuerza si cabe, y, por cómo suena su voz cuando sigue hablando, estoy segura de que está con algún dedo ya metido en la boca—. Igual ahora deberíamos darnos un pequeño espacio. Esperar a que se asiente todo un poco, ¿no? —Me paso una mano por la cara porque, a pesar de todo, a pesar de la inseguridad, de que le tiemble la voz…, también siento ese tono esperanzador que tiene siempre conmigo—. Yo… estoy un poco asustado. O sea…, me cuesta un poco entender por qué de pronto todo el país puede saber dónde

estudia mi hermana o puede… no sé. Pero… yo quiero estar para ti, ¿vale? Aún no tanto contigo, pero sí para ti.

Es precioso. Andrés lo es.

Pero yo no digo nada.

No. Digo. Nada.

—¿Olivia?

—*Esto* es mi problema, Andrés, lo que yo elegí. Supongo. Así que… es mejor acabar con esto y que no te… salpique aún más. A ti y a los tuyos. No es justo para ti.

—Pero, Olivia, yo te elegí a ti. Y quiero seguir eligiéndote.

—¿Sabes? Puedes elegir a la industria, pero esta también tiene que elegirte a ti. —Me muerdo el labio y llego a sentir el sabor metálico de la sangre empapándome la lengua. Pero no me escuece, o, al menos, hay cosas que me escuecen más—. Yo no quiero elegirte, Andrés. Bueno, mejor dicho, sí quiero elegirte, pero no puedo. Y esto es lo mejor para ti.

—Olivia, creo que estás…

—Gracias por todo, Andrés.

—Olivia…

Pero es demasiado tarde. Porque yo ya he colgado. Me siento tan cobarde.

Y al mismo tiempo valiente. Creo que hay que ser valiente para no ser egoísta, para saber cuándo arramplar con todo no te afecta solo a ti.

Lloro. Lloro tanto que Profiterol corre hacia mí y se acurruca en mi pecho; me cuesta recordar cuándo he llegado hasta mi cama durante la conversación telefónica.

El peso de mi gato sobre mí me corta la respiración unos segundos, pero no me impide seguir llorando. Quizá esto es lo mejor, lo más cómodo. Tenerme a mí misma y a Profiterol. Sin embargo, por un momento, hago el amago de hablarle a Profiterol…, pero me detengo a mí misma cuando pienso que no va a responderme, y ahora mismo me resulta doloroso escucharme hablar en voz alta y que solo haya silencio.

Otro clic quizá, puede ser, pero me encuentro a mí misma abriendo mi libreta.

Y en ella lo vuelco todo. Lo que le diría a Profiterol, a Andrés, a la industria… y lo que nunca me he dicho a mí misma.

Capítulo 15

Han pasado tres días desde que todo saltó por los aires y todavía no sé nada de Olivia. Es como si hubiese desaparecido de la faz de la Tierra. Ni responde a mis mensajes y llamadas ni tampoco ha subido ningún tipo de contenido a sus redes sociales. Lo sé porque las reviso varias veces a lo largo del día, como un fan más, como si esperase ya no que diese señales de vida, sino algún tipo de comunicación o yo qué sé. Algo que logre que esta situación no parezca tan irreal.

Y parece que no soy el único.

He visto que todo el mundo está pendiente de lo mismo, puesto que desde la filtración ni se ha dejado ver ni ha compartido nada… ni tampoco lo ha hecho la discográfica en su nombre. ¿No van a confirmarlo, a negarlo? ¿A dar algún tipo de explicaciones, ya no sobre su relación conmigo, sino sobre la carrera de su estrella? ¿Desaparecerá como hizo Luisa? Me paso el día empapándome de teorías de fans, viendo tertulias y programas; me llama la atención cómo, para los primeros, todo versa sobre esto. Todo lo que les preocupa es que Ruki, que Olivia, deje de cantar. Sus teorías son, en

gran parte, calculando las posibilidades de que eso ocurra o aferrándose a que no pasará. Apenas he visto comentarios sobre mí en las publicaciones del *fandom* y la verdad es que eso me deja más tranquilo. Tanto por ver a qué dan importancia en su ídolo como por mí mismo al ser ignorado; es justo lo que quería.

Porque, de hecho, es para ellos para los que he caído ya casi en el olvido, pero no para otros muchos. En las últimas setenta y dos horas, han sido varios los medios de comunicación que han intentado contactar conmigo para preguntarme por mi versión. Pero yo he hecho oídos sordos. No quiero focos, y menos aún si es sin Olivia.

Por Olivia podría aceptarlo, acabaría viviendo con ello, pero sin ella es un rotundo no.

En realidad, yo también he desaparecido un poco. Quizá no del imaginario colectivo, ese del que yo no formaba parte la semana pasada ni la anterior, pero sí de todo mi entorno. Olivia no responde a mis llamadas, pero yo tampoco a las de mis amigos o compañeros de universidad. Tampoco hablo apenas con mis padres.

Como ahora, que estoy tirado en el sofá con el móvil en la mano y todos mis sentidos puestos en él, con mi madre en la mesa del salón haciendo… ni siquiera sé qué está haciendo. Soy incapaz de soltar el teléfono; tengo todo el rato la incertidumbre conmigo, el miedo tomándome la mano y tirando de mí. La incertidumbre sobre qué pasará con todo esto, el miedo a perderme cualquier cosa. Soy generación Z, supongo que el FOMO es parte de mi personalidad en general, y esta situación en particular solo lo ha hecho llegar a su pico.

Aun leyendo tonterías sobre Olivia, aun comiéndome mucha bilis y opiniones horribles de gente que en realidad no tiene ni idea de nada, no puedo dejar de mirar. Todo ese *hate*, de alguna forma, me enciende y repugna, pero también me engancha. Me engancha a ver si alguien de pronto muestra tener cabeza, a rebatirlo todo solo en mi cabeza…, y me engancha aún más a Olivia. A estar preocupado, a querer abrazarla; a quererla.

El repiqueteo de un bolígrafo sobre la mesa llega hasta mis oídos, pero lo ignoro. Estoy metiéndome entre pecho y espalda un TikTok tras otro sobre la chica que mi algoritmo ha debido interpretar ya como mi cantante favorita; mi «Para ti» parece conocer solo a la líder de Girl-lies y, gracias a los subtítulos automáticos, ni siquiera necesito estar solo o usar auriculares para dejar de consumir basura sin parar. Por eso oigo ese ruidito, ese toque de atención, aunque finja no hacerlo.

Mis padres han pasado de la incredulidad y el enfado —por estar metido en algo tan gordo y haberlo mantenido en completo silencio — a la verdadera preocupación. No los juzgo, es bastante evidente que su primogénito no está bien, yo también lo noto. Pero ¿qué más puedo hacer?

Literalmente, nada. Solo esperar.

Aun sin saber muy bien qué es lo que espero.

—Cariño, ¿por qué no juegas un rato con tu hermana? —me propone mi madre, dándose por vencida con lo de que el bolígrafo fuese a ser suficiente. Nuevamente no la juzgo: en esta casa nunca se ha sido estricto con el uso del teléfono y las nuevas tecnologías, pero salta a la vista que ahora me estoy pasando y que no me está haciendo bien.

Sí, no me está haciendo bien.

Sacudo la cabeza y lanzo mi móvil a la otra punta del sofá antes de levantarme de un salto.

Cuando entro en el cuarto de María, llevo conmigo la caja enorme, decorada con mil y una pegatinas, en la que tenemos guardada una ingente cantidad de coleteros, diademas y horquillas. Mi hermana no tarda en reparar en ella —y en el peine que llevo en la otra mano—, así que da un chillido, suelta sus muñecos y se baja de la cama de un salto.

Me hace feliz verla así de contenta. María siempre ha sido una niña muy risueña y ahora no iba a ser diferente, sobre todo teniendo en cuenta que no se ha enterado de mucho. Sabe que hay una chica y que pasa algo, pero nada más. Proteger a mi hermana es mi prioridad. Solo ella me hizo plantearme que Olivia y yo nos distanciásemos un poco y solo ella consigue alejarme de todo.

Se me escapa una sonrisa cuando me fijo en que le he puesto en la trenza una goma con unos muñequitos de plástico en forma de pompa. Es bonito, porque María siempre me construye una burbuja a su alrededor.

Nada más colocarle la última horquilla, la abrazo, atrayéndola hacia mi pecho. Sentados ambos en el suelo, en esta postura, casi la cubro por completo. Como si yo fuese una burbuja, como si así la tapase y protegiera.

—Te quiero mucho, enana —le susurro a su pelo mientras la aprieto un poco más.

—Yo más, tato —dice ella sin inmutarse. De hecho, se levanta con un nuevo y alegre saltito y corre hasta el espejo de su armario para verse.

Mientras ella parlotea sobre lo mucho que le gusta y lo guapa que está, yo me fijo en los pósteres que decoran las paredes de su habitación. Veo a la Olivia de muchos años diferentes, veo a Olivia con sus amigas. O no. Quizá veo a Ruki. A veces es complicado marcar la diferencia entre ambas.

Dejo de pensar en ello, de nuevo gracias a María. Concretamente, a María tirándose encima de mí.

—¿Vamos al parque? Quiero que todo el mundo vea mi trenza tan chuli. —Su voz denota muchísima ternura, pero no consigue que no me tense—. A veces las abuelas de otros niños me dicen que estoy muy guapa, y eso me gusta.

Le sonrío y le toqueteo los mofletes…, pero también le doy largas.

—No, María, hoy mejor no, porque…

—¿Por qué?

Sus ojos, tan marrones como los míos, me miran curiosos. Sin embargo, yo no sé cómo paliar su curiosidad. No sé cómo explicarle algo que yo tampoco entiendo muy bien.

Porque igual yo soy el primero que está exagerando y no sería para tanto. Quizá no pasa nada, no hay periodistas que surjan de la nada en búsqueda de que sacie sus dudas, ni tampoco gente dándose la vuelta para mirarme con un «¿es ese?» instalado en la garganta. Pero me da miedo.

Me da miedo que eso pase y no solo no sepa qué decir, porque debería ser Olivia la que decida hablar, sino también por tener a mi hermana pequeña al lado.

—Otro día, ¿vale? Y jugamos a la comba o te empujo en el columpio, pero hoy… no me apetece mucho. Además, hace mucho calor, ¿no te apetece más que veamos una peli? —Me arrepiento un

poco de la sugerencia cuando pienso en que eso me daría la excusa perfecta para coger el teléfono de vez en cuando; quizá por eso mismo lo he propuesto—. O hacemos algo rico de merendar. Y ya otro día te compro un helado. Un refresco.

Eso me pone un poco triste. Saboreo las burbujas de naranja en mi lengua. Y las manos de Olivia en mi nuca cuando sus labios buscan los míos.

—Quiero conocer a tu novia —suelta de repente María, con sus habituales cambios de tema y opinión en segundos. Nunca sabes por dónde te va a salir—. ¿La quieres mucho?

Me la quedo mirando unos segundos antes de sonreír.

—Sí —le confieso, recolocándole un mechón en su correspondiente horquilla.

—¿Y ella a ti? —Noto las mejillas ardiendo, pero me río y asiento con la cabeza—. Entonces, ¿por qué estás tan triste?

Lo que yo decía: nunca sabes por dónde va a salir. O quizá es solo que tendemos a pensar que, porque sea una niña, no sabe leer la situación. Es una niña, pero no es tonta; tener siete años no tiene nada que ver con eso.

—A veces es más complicado que eso —me limito a responder, porque no quiero explicárselo todo, no porque no lo entienda. Puede que lo pillase mejor que yo.

De todas formas, salvado por la campana, el timbre hace su interrupción y me levanto del suelo para ir a abrir la puerta. Me sorprende y no al mismo tiempo que tras ella esté Marcos. Con su expresión seria habitual y las manos en los bolsillos.

Sé qué hace aquí, no me hace falta ni que hable ni preguntar, así que sin palabras y con un simple gesto de cabeza lo invito a pasar y

nos conduzco a ambos hasta mi habitación. Me alegra notar cómo mi madre lo ve caminar por el pasillo, pero no hace el amago de interrumpir de ninguna manera; tampoco mi padre, que le dedica un escueto saludo cuando pasamos por delante de la cocina.

Apenas he cerrado la puerta de mi cuarto cuando lo suelta. Como si yo aún necesitase que lo soltara, ya ves tú…

—Todos estamos muy preocupados por ti, Andrés.

—Ya me imagino —mascullo al mismo tiempo que me dejo caer en la cama.

Marcos alza una ceja y camina hasta mi escritorio, en el que se apoya. Cruza los brazos y me siento como si fuera un niño pequeño a punto de recibir una bronca.

—No ha sido tu mejor momento para hacer bomba de humo, la verdad —me echa en cara, aunque termina por resoplar—. ¿Cómo está la situación con Ruki? Porque asumo que no es solo un rumor o algo así. ¿A cuenta de qué, vaya? —Sus desgastadas deportivas suenan contra el parqué por culpa de la manera ansiosa con la que cambia el peso de un pie al otro sin parar—. O sea, no por nada, pero… es como surrealista.

Me río porque es cierto. Es surrealista; siempre lo he vivido de ese modo. Aunque también me ha hecho sentir mal muchas veces el pensar así: es famosa, pero no menos persona que cualquiera de nosotros. Tiene sentimientos, se relaciona con gente, quiere.

Nos resulta complicado sacar a las *celebrities* del mundo de la farándula y recordar que se codean con el resto de la sociedad. Y también que, incluso sin salir de sus propios círculos, siguen pasando por los mismos sucesos vitales que el resto. No son personajes de ficción, como a veces nos parece al verlos de lejos;

las pantallas nos hacen disociarlos de la realidad cuando son de carne y hueso como los demás.

—Olivia —le recuerdo, ignorando todo lo demás—. Se llama Olivia.

Y no hace falta que diga más para que Marcos tenga la última confirmación que necesitaba.

Lo veo quedarse en silencio durante unos segundos más, justo antes de cuadrar los hombros y taparse el rostro con las manos.

—Joder, Andrés…, vaya movida. —«Sí, supongo que no lo habría descrito mejor», pienso para mis adentros—. Pero ¿y ahora qué? En plan, lo que te preguntaba antes, ¿cuál es la situación?

—¿Entre nosotros? —Sacudo la cabeza y soy quien juega ahora con los pies, estirándolos y encogiéndolos para alcanzar y rechazar el toque del suelo—. Ni idea, porque, cuando explotó todo, me dijo que era mejor acabar con todo esto para que no me salpicase aún más, y yo no quiero eso tampoco, pero… no he vuelto a saber nada de ella desde entonces. Estoy como todos, vaya, esperando a que diga algo y lleno de ansiedad cada vez que suelto el móvil por si me pierdo algo.

No soy consciente de que mi barbilla prácticamente toca mi pecho de lo cabizbajo que estoy hasta que Marcos me pone una mano en el hombro; ni siquiera le he escuchado acercarse. Me incorporo como un resorte y busco sus ojos con los míos como lo he hecho siempre: queriendo encontrar algún tipo de tranquilidad en mi mejor amigo.

Ahora más que nunca, me arrepiento de en qué se ha convertido nuestra relación. Me niego a no volver a tenerlo justo así, en mi habitación y con esa cara de preocupación cuando tengo un día malo.

—Todos estamos aquí para ti, ¿vale? Para lo que necesites. Ya sea hablar de lo que quieras, jugar a algo, venir a entretener un rato a María… Lo que necesites, porque todo esto no tiene que ser nada fácil y no tienes que pasarlo solo. —Me aprieta un poco más el hombro antes de puntualizar—: Yo también estoy.

Como un resorte, otra vez, me pongo en pie y lo abrazo. Marcos me corresponde al momento y lo siento suspirar casi a la vez que yo también lo hago. Y creo que todo es tan sencillo como esto. Que, en realidad, nunca fue tan difícil como quisimos hacer que fuera.

—Lo siento mucho —digo al final, mientras lo abrazo con aún más fuerza—. Siento mucho haberlo enrarecido todo por decirte lo que sentía por ti. Fue una tontería, y más aún cómo me alejé por eso. Cómo lo mandamos a la mierda por nada.

Mi amigo niega con la cabeza, eliminando con un gesto tan pequeño la importancia que le hemos dado a esto durante demasiado tiempo.

—Lo entiendo. Te entiendo, porque tuvo que ser muy difícil… dar ese paso y… Lo fue para mí con Antón y ni siquiera me arriesgaba a perder tanto.

Se me escapa una sonrisa.

—¿Lo podemos volver a encontrar? Recuperar nuestra amistad, digo.

Marcos aprovecha que me he separado de él lo justo como para mirarlo a la cara para darme un empujón amistoso.

—Claro. Y sigue en pie lo de que lo conozcas. Si no te incomoda o…, no sé, creo que igual es mejor porque te caerá genial y me cambiarás por él.

Lo pienso y no. No me incomoda. No porque quiera recuperar a mi amigo a toda costa, no porque ahora esté enamorado de otra persona, sino porque ya no pienso que no fuera suficiente para él. Ni siquiera ser suficiente lo es todo.

Olivia sí me quiere, y yo a ella…, pero con eso no vale.

—Me encantará conocerlo.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Marcos.

—Y a mí a Olivia…, cuando todo se calme, supongo.

No me convence demasiado. Todo este silencio… En fin, estoy empezando a pensar que quizá sea permanente. No tengo ni la más remota idea de cómo todo esto le ha complicado la vida a Olivia, así que desconozco también si hay la posibilidad de que entre en sus planes algo entre nosotros. Bueno, y ya no en sus planes, en los de la discográfica, ¿no?

Veo que mi mejor amigo nota mi duda, pero no insiste. Y tampoco tarda mucho más en marcharse y dejarme solo.

Es en ese momento, cuando me quedo solo, cuando al fin recupero mi teléfono móvil del salón y me encierro en mi cuarto. Mi limitadísima batería social se ha agotado y tengo la necesidad de volver a torturarme con lo que me espera al otro lado de la pantalla. Pero esta vez una notificación de Instagram me llama la atención por encima de las demás.

No es de un medio de comunicación, es de una chica. Y se llama Luisa.

Lo cierto es que no dudaba que fuera Luisa, la amiga y compañera de Olivia —quizá eso no habla demasiado bien de mí, debería ser más desconfiado—, pero ella ha sumado a su mensaje varias fotos con las que intenta convencerme de que es ella de verdad.

¿Y por qué la desaparecida Sol de Girl-lies, desde su cuenta sin verificar y con apenas seguidores, se pondría en contacto conmigo? Pues dice hacerlo en nombre de todo el grupo y añade su número de teléfono para que «por favor, por favor, por favor» la llame sin falta.

No me hago esperar y le escribo; me sorprende comprobar que su foto en WhatsApp es como la de cualquier chavala de su edad, en un sitio sin importancia, con una ropa sin importancia y con una mueca divertida. Tampoco me sorprende, y sí que debería porque esto sí que es surrealista, acabar minutos más tarde en una videollamada con cuatro cantantes exitosas. Como ya me ha adelantado Luisa en nuestra breve conversación escrita, ellas tampoco saben nada de Olivia.

—Es que ni siquiera le responde a Vero —dice al otro lado de la pantalla Daniela, acompañada de Laia y completamente exasperada —. Ha intentado ir a su casa y tampoco abre. Como si se hubiese volatilizado, la tía.

—Tampoco su madre sabe decirnos nada más allá de que está bien —añade por su parte Emma, a la que reconozco que me desubica ver sin las gafas de pasta que siempre luce Plash.

—Que ya me parece hasta mucho. —Esta vez la que interviene es Luisa—. Que esté bien, quiero decir.

De verdad que, para la verborrea que tienen y siendo quienes son, esta situación me impone menos de lo que creo que debería. Supongo que he activado el piloto automático por saber que todo esto trata de Olivia. O que ya me he curado del *shock* que me producía tener delante a gente de relevancia para los medios.

—Lo que sí conocemos bien es la postura de la discográfica, que es otra cosita. —Laia toma asiento sobre las piernas de su novia para que la cámara de su ordenador recoja mejor tanto su imagen como su voz—. Muy bien se está portando, honestamente.

—¿Qué piensa hacer la discográfica? —pregunto yo con miedo, ignorando por completo ese deje de optimismo que tiene Laia, porque… no me fío un pelo, siendo honestos.

—Nada —suelta con diversión Daniela; casi puedo ver un brillo de orgullo en sus ojos.

La conversación se queda en silencio por unos segundos y yo asumo que soy el único que no tiene ni idea de qué significa eso, pues nadie se lanza a recabar más información tras una palabra tan abstracta. Ni siquiera Luisa parece sorprendida. De hecho, tiene una sonrisa similar a la de su amiga, aunque noto que no está relajada del todo por cómo mantiene rígidos los hombros.

—¿Cómo que «nada»? ¿Qué coño significa eso en este contexto?

Daniela suelta una sonora carcajada y es Emma la que toma la voz cantante:

—No tienen pensado hacer ningún movimiento hasta que Olivia retome las comunicaciones con ellos. Algo que también se han asegurado de dejarle claro a ella en mensajes y *emails*, según nos ha chivado Vero. —Me deja un momento para que procese lo que acaba de decir y continúa hablando—. Por lo visto, ni ellos tienen muy claro aún si, por no decir nada, la bola mediática se hará más grande por generarse mayor expectación, o si, por no darle bombo, todo bajará. Pero no creen que ninguna de las dos opciones sea mejor que decir algo sin contar con Olivia, sin saber si querrá

romper con todo definitivamente o… si aceptará lo que sea por seguir y aguantará el chaparrón.

Otra vez, la videollamada parece entrar en pausa y yo reflexiono sobre lo que acabo de escuchar. No puedo evitar pensar que, de alguna manera, por primera vez, Olivia ha conseguido lo que quería: todo está en su mano y la discográfica no piensa dirigirla a ningún lado.

Es Olivia quien tiene la primera y última palabra ahora mismo, la que tiene en su mano la llave sobre cómo actuar y qué decir a todos aquellos que quieren una respuesta. Solo Olivia.

—Yo estoy muy preocupada —reconoce en medio de un suspiro Luisa—. Mi vida tampoco es lo que ella quería.

—¿De verdad piensas que…? —Pero Laia no tiene tiempo de terminar su frase.

Porque es entonces, en ese preciso momento, cuando una notificación nos suena a los cinco en nuestros teléfonos móviles.

Es un aviso de Instagram: Olivia ha subido un nuevo *post*.

Sin avisar ni contar con nadie.

Nadie interrumpe la llamada, pero tampoco pronunciamos ni una sola palabra más. Directamente, entro en la red social y supongo que ellas hacen lo mismo por el silencio que se produce.

En realidad, no tengo ni la más remota idea de qué esperaba encontrar, pero creo que esto no era lo que quería ver. Olivia ha colgado un vídeo y en él aparece con la cara lavada y en pijama, y no se ha molestado en cortar el trozo inicial del fragmento, por lo que se la ve terminando de colocar su teléfono móvil y sentándose en el suelo de ese salón que yo ya tan bien conozco. Tiene unos

papeles en la mano y Profiterol merodea de aquí para allá a sus espaldas.

—*Bueno, pues… esta soy yo* —empieza diciendo la Olivia de la pantalla con una sonrisa tímida y señalándose a sí misma—. *Por si no lo sabéis, me llamo Olivia*. —Se le escapa una risa nerviosa—. *Me vais a disculpar, pero voy a leer lo que he escrito para no dejarme nada. No soy… oradora ni nada de eso.*

Así, Olivia empieza a hablar y no parece que vaya a dejar de hacerlo nunca. Ya no.

—*Siempre he sentido sobre mí una presión enorme. A mostrarme feliz, a ser perfecta… A ser lo que se esperaba de mí. Tengo solo veinte años, pero llevo en la industria musical desde los trece y he vivido las imposiciones de no hacer determinadas cosas o de tener que ocultarlas.* —No sé si es por lo mucho que la conozco, pero noto que le tiemblan las manos con las que sujeta los papeles. Sus ojos se mueven entre su discurso y la cámara continuamente, como si no quisiera perder de vista a ese interlocutor al que se dirige, pero tampoco estuviera dispuesta a dejar algo por decir—. *Y ni siquiera estoy hablando de que esto viniese solo desde mi discográfica o desde todo lo que es el sector de la música…, hablo de todo. De los medios de comunicación, de las redes sociales. De todo aquel que está esperando por más y más, y así, a su manera, les dicen a medios, industria y artistas lo que quieren o no de estos últimos, más allá de las personas que son. De las personas que somos.*

»*Estos últimos días suponen un paso más en todo esto, en este bucle de querer ser lo que queréis que sea o quedarme para mí lo que no os gusta saber.* —Olivia se queda callada un momento y se toquetea el pelo; soy capaz de ver, incluso al otro lado de la

pantalla, un leve temblor en sus dedos—. *Hablo de mi vida privada. O, bueno, mejor, del respeto a la vida privada. Tanto a compartirla si es lo que yo quiero sin que nadie tenga derecho a negármelo u opinar… como a si quiero mantenerla oculta. A decidir qué quiero hacer con ella.*

»En mi vida me he visto muchas veces obligada a lo que se quería de mí y a lo que no, tanto en forma de ser como en con quién serlo, o a hablar y a callar en función de otros. Y sé que no soy la única, y eso no es justo.

»Yo no soy especial. También la cago, tengo días malos, no sé qué hacer. Yo también tengo mucho miedo. Pero también sueños, aunque a veces… tampoco estoy muy segura de cuáles son. Sí, a veces he pensado en dejarlo, pero porque tengo miedo a no hacerlo bien, a decepcionar a todo el mundo, a que no os guste. —Por un momento, me cuesta ver a Olivia. Parpadeo un par de veces y soy consciente de que mis ojos estaban llenos de lágrimas—. *Yo solo quiero cantar… y haceros cantar conmigo. Sin que importe si soy más o menos feliz, porque eso no lo sabéis cuando me oís cantar, ni siquiera cuando me veis en Instagram. No lo sabéis… Aunque creo que me gustaría poder contároslo.*

»Si no he tenido un buen día. O si me lo he pasado genial. Estos días he llorado mucho, y no pasa nada. También lloré un poco cuando Andrés quiso enseñarme a montar en bici y me caí. La verdad es que me hice bastante daño, pero me lo pasé genial. Con Andrés me lo paso genial casi siempre. Y me gustaría poder contaros ese tipo de cosas. O no, si no me apetece. Pero… dejadme decidirlo a mí. Quién quiero ser y qué quiero mostraros. Igual hasta os lo canto.

Antes de que se termine el vídeo con esa broma, de que Olivia sonría a Profiterol y se levante a coger su teléfono móvil para dejar de grabar, yo ya sé que esto se va a hacer viral.

Aunque aún no sé hasta qué punto.

Capítulo 16

No pensaba que la situación de la industria y el grueso de la sociedad cambiase de un plumazo con mi vídeo, pero tampoco contaba con que se viralizase al nivel de convertirse en un discurso en favor de la privacidad y en contra de la presión mediática.

En apenas unas horas, no había rincón de internet al que no hubiese llegado mi vídeo ni medio de comunicación que no se hubiese hecho eco de mi reivindicativa reaparición, ya tildada de alegato. Y, aunque tampoco había querido pararme a pensar en cómo sería recibida aquella publicación, lo que sí que no vi venir fue que mi imagen pública diese un giro de ciento ochenta grados.

Todo el mundo comprendió mi posición, empatizó conmigo y valoró mi completa sinceridad frente a la cámara en un momento que ya llamaban «complicado». Lejos quedaban todas aquellas críticas de los últimos días; ni siquiera quienes las volcaban parecían ya recordar que yo era la misma «niñata» a la que ahora llaman «juguete roto». Porque la sociedad se criticó a sí misma desde el momento en el que yo dejé de mirar a cámara en ese vídeo…, pero también la discográfica que siempre ha colocado su nombre junto al

mío asumió el palo que se le lanzaba en parte de ese improvisado discurso.

Y, entonces sí, la empresa musical también habló a los tres días, y lo hizo para dar «todo su apoyo» a su joven estrella, para secundar cada coma de mi mensaje. Un mensaje que ni siquiera me pertenecía ya solo a mí, pues tanto otros artistas como figuras públicas de todo tipo —creadores de contenido, actrices y actores… — tuvieron a bien apoyar mi discurso, alegando también haber sentido miedos como los míos.

Quizá por eso mismo me he sentido lo suficientemente cómoda como para volver a hacerlo, seguir la estela de ese primer vídeo: mis redes sociales han dejado de ser el espejo de una chica feliz y perfecta para contar también con fotos sin preparación o *stories* naturales en los que solo hablo a cámara de mi día a día, incluido cuando me sale algo mal en la cocina o se me atasca la letra de una canción.

Porque esa es otra. En mis tres días de silencio mediático, en realidad, hablé como nunca. No solo por cocinar ese mensaje que, sin yo saberlo, me trajo aire fresco, sino porque vomité en mi libreta todas mis emociones, toda la rabia y la tristeza que tenía por lo que me había pasado… y por lo que llevaba pasándome tanto tiempo. No dejé títere con cabeza, que se suele decir. Aproveché que el candado se había roto para soltar todo lo que este había estado reteniendo, para permitirme maldecir sobre todo lo que no había dicho hasta ahora. Y también para valorar lo que no había sabido ver al estar oculto entre la marabunta de infelicidad que se había extendido sobre todo.

A todo eso, a ese vómito de ideas inconexas, pero a la vez tan relacionadas, le di forma, una y otra vez, hasta que páginas y páginas estaban llenas de tinta en forma de palabras, tachones y garabatos que, a su vez, en realidad eran canciones.

Así, a principios de octubre y bajo el simple nombre de Olivia, Ruki moría completamente con un *single* que hablaba de extrañar una vida lejos de focos, de fingir ser feliz… y de Andrés. Pero voy a hacer un pequeño paréntesis antes de seguir escarbando en los temas de mi primera canción y en cómo fueron recibidos.

Porque quiero gritar de orgullo por haber también encontrado mi camino, ya no en mis letras sencillas, cotidianas y «al grano», como siempre dicen Raquel Monte y Rodrigo Frías, que valoran como nadie —como ni siquiera lo hago yo— mi capacidad para crear imágenes concretas, pero que pueden llevarse a la experiencia de cada uno. Según ellos, se empatiza con las generalidades por su facilidad para hacerlas sentir nuestras, pero también con los sentimientos que emanan de las anécdotas de otros y que nos acercan a las propias, aun siendo muy distintas.

También fueron ellos quienes me hablaron de ese género musical que creían que podía encajar con este tipo de letras, de ese que Rodrigo trabaja a menudo con su grupo Mi Amor… y de ese que al mismo tiempo les daba miedo sugerirme por las implicaciones que podía tener. Hablo del *tontipop*, ese pop que coquetea con el *indie* y el tecno, pero que, sobre todo, ni tiene grandes pretensiones musicales… ni grandes admiradores por su falso tono despreocupado para hablar de temas profundos y por sus aires infantiles. Ellos estaban bien enterados de cómo la gran acusación volcada sobre mí desde la separación de Girl-lies era la de «niña», por lo que quizá no

era el género más adecuado, pero… ¿sabes qué? Eso hizo que me gustase aún más.

Porque decidí abrazar el ser una niña. Me he cansado de escuchar que soy una niña y he decidido que voy a ser una niña de verdad. Que quiero hacer canciones tontitas que no lo son tanto. Y también que quiero jugar con mi imagen y lo que muestro o no como me dé la gana. Porque las niñas no piensan tanto en comerse la cabeza. ¿No?

Y el *tontipop* estará todo lo denostado que quieras y sonará poco en la radio —como buen género no comercial que se precie—, pero lo cierto es que a la crítica musical le encantó que una cantante surgida de la mayor *girl band* del país renaciese como icono alejado del *mainstream*. Lógico, teniendo en cuenta que ahora está de moda fingir que te dan igual las modas y que ser alternativo cotiza al alza.

Vuelvo ahora a mi primer *single* y a lo de que girase alrededor tanto de la presión por las apariencias de alegría como de mi novio. No fue planeado, pero la promo de aquella canción se hizo sola. ¿Con todo el escándalo previo tan relacionado con lo que subyacía bajo la letra? Un verdadero pelotazo.

Tan yo, tan mis miedos y mis deseos… Por eso también contenía cierta alusión a Andrés.

Porque yo quiero a Andrés y él me quiere a mí, así que lo demás dio igual. Da igual. También en el resto de mi vida e imagen.

Al fin y al cabo, yo ya he dejado claro que quiero dejar de ser perfecta, ¿no? Así, mi chico anónimo aparece en mis redes sociales siempre que a los dos nos apetece que así sea y al mismo tiempo no respondo a las preguntas de los periodistas sobre mi vida privada cuando no quiero hacerlo.

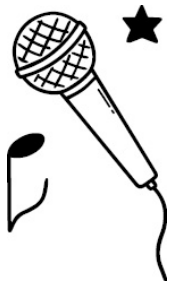
Y Andrés, bueno, se limita a asumir que los ojos de alguien se posen sobre él más de la cuenta por la calle, aunque siempre se asegura de recordar que él no es famoso cuando se le intenta abordar. Pero también se ha acostumbrado rápido a que le quite el peine de las manos en el suelo de su habitación para hacerle trenzas a María con canciones de Girl-lies de fondo.

Tampoco puede negar, porque me he dado cuenta, aunque no le diga nada, que en este mismo momento está poniendo todos sus esfuerzos en pestañear más rápido de lo normal. Porque quiere a su hermana con locura y esta se ha puesto a llorar de repente por tener enfrente a su grupo favorito cantando con ella.



Mira que no quería yo tener que hacerlo, pero me toca interrumpir un momentito a Olivia. Y no solo porque no me avergüenza reconocer que estoy a punto de ponerme a sollozar como un crío, sino porque el motivo es mi hermana, pero, de alguna forma, también lo es Olivia.

Esta Olivia que sonríe rodeada de sus amigas…, tan distinta a la que lloraba sola a las puertas de una fiesta pensando que jamás volvería a sacar una sonrisa con su música a otros, y a sí misma. Esta Olivia que ahora es capaz de cantarles a sus inicios porque ya vislumbra un futuro. Porque se ha encontrado en su presente.



Es verdad, ni me había dado cuenta de que, a la vez que he abrazado el ser una niña, también he vuelto a darle la mano a la que fui. Y a la que siempre seré. Fui y seré Ruki, pero siempre siempre siempre soy Olivia.

Solo Olivia.

Agradecimientos

Esta historia nació aquel verano de 2021 en el que me volví loca con «Spice Girls» de Lola Índigo. O, mejor dicho, puede que me volviera loca con esa canción porque cada vez que la escuchaba solo podía pensar en Olivia, y eso me hacía recrearme en su historia una y otra y otra vez. Eso sí, este universo de una *girl band* que llega a su fin y deja a una estrella en busca de aprender a brillar sola permaneció únicamente en mi cabeza mucho tiempo. No fue hasta otoño de 2023 que tomé la decisión de que, en cuanto terminase los proyectos que tenía abiertos, me pondría con lo que hoy es esta novela.

Así, el verano de 2024 me vio planificarla y en apenas un mes y medio, de septiembre a octubre, la escribí. Nunca había escrito una novela en tan poco tiempo. Pero no podía parar. Por eso, mi primer «gracias» —solo por detrás del que es para «Spice Girls», entiéndeme— es para Olivia y Andrés. Me gusta agradecer la compañía de mis personajes: por dejarme jugar con ellos, por las penurias que les hago pasar y por lo feliz que me hace tenerlos en mi cabeza a diario, todo el proceso. Y ellos lo pusieron muy fácil esta

vez. Les irá bien sin mí; sobre todo porque ahora, además, te tienen a ti.

También lo hace más fácil una familia que te apoya porque confía en lo que a ti te hace feliz. Esa también es mi suerte. Junto a la de todas esas amigas que, a su vez, siento —y sé que son— mi familia.

Tampoco me gustaría dejar pasar la oportunidad de agradecer la presencia en mi vida de otro gran producto audiovisual: *Operación Triunfo 2023*. Me pilló en un muy mal momento personal y supuso un refugio. Tanto por los propios concursantes como por las personas a las que me hizo conocer o con las que me reencontré. Además, cuando me senté a escribir esta historia, gracias a seguir muy vinculada al *fandom* de mis favoritos, pude incorporar algunos detalles más sobre la conducta fan o la atención mediática. Una hiperfijación muy bien aprovechada en todos los aspectos de mi vida, si me lo preguntas a mí.

Y no puedo cerrar estas líneas sin agradecer a todo el equipo de Plataforma Neo. Sois los responsables de haber cumplido un sueño por partida doble: mi sueño vital de publicar y mi sueño adolescente de formar parte de vuestro catálogo. Recuerdo contemplar con admiración a las escritoras que ganaban vuestro premio, leer en detalle sus bases incluso cuando no iba a presentarme. Esa cría también os daría las gracias; aunque hoy os las doy también por vuestro cariño y trabajo a mi lado.

Gracias a quienes vienen a esta novela tras haberme leído en internet, en *Mundo vivo*, en *He vuelto a aparecer*: gracias por seguir apoyando mis historias. Gracias también a quien, en esta, me haya dado la oportunidad de conocerme; ojalá haya disfrutado del viaje y quiera continuar en mi camino durante más historias.

Gracias a ti, que lees estas líneas. Porque es el mejor regalo que puedes hacerme.

Si al terminar de leer este libro, o en cualquier otro contexto, te apetece ponerte en contacto conmigo, puedes escribirme cuando quieras por mis redes sociales o a través de mi correo electrónico:

@LorenaCiudad13
contacto.lorenaciudad@gmail.com

Me encantará ser yo quien te lea a ti.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través
de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com
www.facebook.com/plataformaneo
@plataformaneo

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.



Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Agradecimientos